CORONEL MALONE
MIEMBRO DEL PARLAMENTO BRITÁNICO

LA REPÚBLICA RUSA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

J. MENÉNDEZ Y ARRANZ

MADRID CALPE BARCELONA

LA REPÚBLICA RUSA

ES PROPIEDAD
COPYRIGHT BY CALPE 1920

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española

OCEANO GLACIAL ARTICO
SUECIA
FINLANDIA
Golfo de Botnia
Arkángel
Stocolmo
A. Göthenburg
Abo
Helsingfors
Golfo de Finlandia
Kronstadt
Petrogrado
REPÚBLICA RUSA
Estonia
Yakhma
Felem
Dorpat
Nuen
Walk
Staksi
Weoden
Mariemburg
BÁLTICO
Riga
Letonia
Stockmannshof
Krissburg
Velini
Hjojitsa
Velikilaki
Lituania
Duna
Moscow
Bogorodsk
Tula
Polonia
Koslov
Yeletz
Tambov
Ukrania
MAR NEGRO
MAR CASPIO
Constantinopla
Armenia
Georgia
Azerbaijan

CORONEL MALONE
MIEMBRO DEL PARLAMENTO BRITÁNICO

LA REPÚBLICA RUSA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

J. MENÉNDEZ Y ARRANZ

CALPE
MADRID
1 9 2 0

Gran Establecimiento Tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

NOTA DEL TRADUCTOR

Aparte del interés que ofrece, por ser una impresión directa de la vida rusa bajo el nuevo régimen—¡cuánto valor no damos hoy a los relatos hechos por testigos oculares de las grandes conmociones sociales, políticas, religiosas del pasado!—tiene, a nuestro juicio, este libro, una importancia excepcional entre los que se escriben estos días sobre Rusia. En el transcurso de la lectura surge la sospecha de si el Coronel Malone no llevaría a Rusia una misión, ya que no oficial, muy parecida a oficiosa. Acaso representó a alguna importante personalidad del gobierno inglés cerca de Lenine, con quien cambió impresiones sobre las condiciones de la paz con los soviets. Dos o tres veces alude Malone en «The Russian Republic» a los importantísimos documentos que llevaba consigo «The imprint of His Majesty's halfpenny on the top of a Bolshevik seal, allowed my heavy suit case, containing valuable documents, to pass unopened« *(página 107 de la edición inglesa). Además compárense los diversos puntos de vista que Malone exponc sobre los varios problemas rusos (condiciones de paz, reconocimiento de la deuda exterior, comercio, entrega de materias primas a los aliados a cambio de víveres y maquinaria, etc., etc.), con el contenido de los últimos discursos de Lloyd George y con el tono general de la prensa inglesa al tratar del restableci-*

miento de las relaciones con Rusia. Apenas si se advierte diferencia alguna.

El libro de Malone estaba ya impreso a 1.º de diciembre del año pasado, aunque no fué puesto a la venta hasta últimos de enero de 1920. En las pruebas que la casa editorial inglesa nos envió en diciembre para hacer la traducción, aparecía esta dedicatoria, que después ha sido suprimida en la tirada definitiva:

Dedicated to

Rt. Hon Lloyd George M. P. primer Minister in memory of his declaration in the House of Commons on novenber 17, 1919, in which he declared himself resolutely opposed to te policy of intervention.

Acaso estas palabras resultaban demasiado indiscretas, al coincidir la publicación del libro con la nueva actitud de Inglaterra respecto de Rusia; actitud política, previsora y clarividente con la que la gran nación se adelanta a los otros pueblos de la Entente.

Hay en el libro de Malone unas páginas dedicadas a relatar los horrores que, según el gobierno bolchevique, cometieron los ejércitos de Denikin con los judíos. Malone está al tanto de la enorme influencia que entre los políticos de Inglaterra, de Francia, y sobre todo de los Estados Unidos, ejerce el mundo judío.

J. M. A.

28 de febrero de 1920.

PREFACIO

La gran guerra alcanzó su plena intensidad dramática. Pero cuando se esperaba que el telón descendiese sobre un mundo todavía estremecido por los golpes titánicos de la contienda, somos todavía espectadores de una serie de escenas que nos abruman con la sensación de que el drama, en sus postrimerías, se resiste a terminar.

La política internacional ofrece una serie de situaciones embrolladas, y es imposible juzgar cuándo será desenredada la madeja y restaurada sobre la tierra la armonía de las naciones. El objeto con que fué escrito este libro no requiere mucha explicación. El autor buscó la ocasión de visitar la Rusia de los soviets con la mira de comprobar si era viable la idea de intentar algo por la paz de la Europa oriental, y con el propósito de explorar las bases para la negociación de dicha paz. A fin de formar una opinión respecto a la posibilidad de estas negociaciones, consideré imprescindible hacer un examen por mí mismo de la situación política, social y militar de la Rusia de los soviets.

Antes de escribir estas notas se me presentó la alternativa de analizar cuidadosamente la voluminosa documentación que hube de adquirir y los resultados de las interviús y conversaciones—trabajo que me habría llevado muchos meses—, o, por lo contrario, encomendar al papel una breve cronología del viaje y de las impresiones que en éste había recibido.

Me decidí por esto último; quizá más adelante y con tiempo sobrado lleve a cabo lo primero.

Desde luego, este folleto no se ha escrito para aquellos que esperen encontrar una exposición detallada del régimen de los soviets, ni un inventario del trabajo realizado por los distintos departamentos, ni una exposición comprensiva de la maquinaria, del armazón del nuevo estado. Este librito dará a los lectores una pintura viva y verdadera del aspecto externo de la marcha de los asuntos en la república más nueva del mundo, tal como los directores de ésta lo hacen ver al extranjero. Si cuando este libro se publique continúa el bloqueo, confío en que él inclinará a la opinión pública a acabar con la causa más grande de la miseria que sufre el pueblo ruso. Pero si para entonces el bloqueo fuera levantado, la labor personal, emprendida y realizada tal como va descrita aquí, y las repetidas manifestaciones del autor en la Cámara de los Comunes y en la prensa, no habrán dejado de tener un resultado práctico.

CECIL L'EXTRANGE MALONE.

ÍNDICE

	Páginas
Nota del traductor	9
Prefacio	11

CAPITULOS

I.	Introducción	17
II.	Camino de Petrogrado	25
III.	Moscú	45
IV.	Reconstrucción social	53
V.	Trotsky y el ejército rojo	67
VI.	La Industria	81
VII.	La Religión y las mujeres	103
VIII.	Las condiciones de la paz	113
IX.	De regreso	121
X.	Conclusiones	143
Apéndice: Prinkipo y Nansen		177

«Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»

CAPÍTULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

Las cortas notas que siguen son, en sustancia, un diario de la visita realizada a la República rusa, y, en su mayoría, tratan de los diversos asuntos por el orden en que ellos se me iban presentando día por día. Les he dado esta forma de diario a fin de presentar una pintura tan viva como fuera posible de las cosas vistas, entretejiéndolas con detalles de interviús, de conversaciones y con propias reflexiones, según unas y otras ocurrían. Sin embargo, pensando en aquellos lectores que hasta ahora han dedicado muy poca atención a los asuntos políticos de Rusia, y que, por lo tanto, no están *au fait* de la cadena de sucesos que han conducido a la situación presente, traigo a este libro una breve recapitulación de los hechos esenciales, recapitulación que me ha de perdonar el lector bien informado.

No es necesario hacer la historia de los hechos concernientes al régimen zarista, sus

errores, su incapacidad. Son muy conocidos y están fácilmente al alcance de cuantos se interesan por la historia rusa. La lucha entre la autocracia y la democracia en Rusia, que culminó en la revolución triunfante de Marzo de 1917 fué, en su género, una de las más largas y duras que se conocen en el mundo.

Ni aun la misma revolución francesa pasó por fases más sangrientas. Se recordará que la revolución comenzó la primera semana de Marzo de 1917, en Petrogrado, con una serie de huelgas en pequeña escala. Es creencia muy extendida que la Revolución era de carácter político, y que hubo en ella gran parte de escenografía, y que contó, ya que no con la cooperación material de los aliados, con el apoyo moral de éstos. Ocurrieron pequeños tumultos; testigos oculares me informaron de que aquéllos no fueron otra cosa que comedias más o menos preparadas. Sin embargo, comenzó a extenderse el movimiento huelguístico. El 7 de Marzo abandonaron las fábricas y talleres los obreros textiles; el 9 de Marzo, viernes, se declaró en huelga parte de los tranviarios. Se sumaron al espontáneo movimiento otros trabajadores. El movimiento adquiere una fuerza, un impulso, del que ni las mismas autoridades ni las gentes se dan clara cuenta. La amplia perspectiva Nevsky, la principal vía pública de Petrogrado, estaba invadida por un

gentío numeroso que acudió allí a disfrutar de la vista de las manifestaciones. La excitación era intensa. Había electricidad en el aire: se advertía un espíritu de solemnidad bulliciosa por todas partes. Siguiendo el precedente de la Revolución de 1905, los obreros de Petrogrado organizaron un consejo para dirigir la huelga general y sus derivaciones. Fué en este período cuando se libertó a gentes maleantes, irresponsables, y cuando los saqueos y otros actos de violencia dieron comienzo. La Duma se hallaba en sesión permanente. Hasta entonces no había habido ninguna demostración de hostilidad entre los cosacos, la policía y el pueblo. Se hicieron esfuerzos para aislar el centro de Petrogrado de las otras partes de la ciudad; para ello se puso policía en los puentes; pero aquellos esfuerzos no fueron suficientes y las muchedumbres lograron congregarse en la perspectiva Nevsky y en la plaza situada enfrente de la estación de Nicolás. Policías apostados ocultamente en los tejados de las casas, hicieron fuego de ametralladora sobre los manifestantes.

Otros policías, disfrazados de soldados del regimiento de Volynski, foguearon a la multitud desde una de las calles laterales. Esto enfureció al pueblo. También irritó a los soldados del regimiento Volymski, que hicieron cargos a su jefe por haber éste permitido a la policía usar

el uniforme de su regimiento, y a las cinco de la tarde del 11 de Marzo se sublevaban. Hasta entonces las manifestaciones sólo habían sido meras protestas, pero desde aquel momento asumieron un carácter revolucionario. Por una cadena de circunstancias muy larga y complicada para narrar al por menor, la función del gobierno estaba de hecho en manos de dos organismos: de un comité nombrado por la Duma y del Consejo de los delegados de obreros y soldados. El 14 de Marzo, los embajadores franceses y británicos anunciaron al presidente de la Duma que sus gobiernos habían decidido entrar en relaciones con el comité de la Duma. Entre tanto, el zar no se movía. El 15 de Marzo de 1917, Nicolás II era destronado. Al siguiente día abdicaba su hermano; de este modo terminaba el poder de la dinastía de los Romanof en Rusia. El príncipe Jorge Lvof fué presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior.

Pablo Miliukof llega a ser ministro de Estado. Fué desterrado de Rusia por sus ideas liberales a fines del siglo XIX. La figura más relevante en el Gobierno provisional era Kerensky, Ministro de Justicia. Al mismo tiempo que el Gobierno provisional, funcionaba como un poder ejecutivo independiente, el Consejo de los delegados de obreros y soldados. Pero como tenía que suceder inevitablemente en un

caso semejante, surgió un violento conflicto entre el Gobierno y el Consejo de los delegados de obreros y soldados. Este ejercía cada vez más presión sobre el Gobierno provisional. Estaba presidido por Nicolás Lenín (príncipe Vladimiro Ulianof), e iba gradualmente asumiendo las funciones ejecutivas. El poder iba pasando completamente a las manos del soviet, en el Instituto Smolny, y estos acontecimientos culminaron en la Revolución bolchevista contra la Duma, ocurrida en los meses de Octubre y Noviembre de 1917.

La analogía entre la Revolución francesa de 1785 a 1793, y la Revolución rusa de 1917 a la fecha, es profunda y de gran significación.

Las demandas iniciales, moderadas y limitadas a los cambios constitucionales; la coexistencia de la Municipalidad de París con la Convención—la primera inspirada por un espíritu extremadamente revolucionario, la segunda por miras altamente idealistas—; el choque final que se produce entre ambas, con la destrucción de los moderados por los extremistas, encuentran su paralelo en la coexistencia de la Duma y el Consejo de soldados y obreros de Smolny y en la caída de la Duma.

El período transitorio de anarquía y terror; los combates violentos y sangrientos en las provincias; las atrocidades cometidas por unos y otros—comenzadas por los elementos más

extremistas de la Revolución y devueltas por los monárquicos—y el surgimiento, por último, de una burocracia con poderes ilimitados, revelan, fase por fase, las mismas causas y los mismos efectos.

La historia de las fuerzas armadas muestra grandes diferencias y grandes parecidos.

La desaparición de los antiguos cuerpos de oficiales, el quebrantamiento de la disciplina, la degeneración del ejército en una multitud de clubs demagógicos, fueron en Rusia acelerados por la presencia de las masas de reclutas.

El nombramiento de comisarios para el ejército, con los desastrosos efectos sobre su eficiencia; la supresión de dichos comisarios, la reconstrucción gradual de la disciplina, la atracción de los antiguos oficiales hacia la nueva *carrière ouverte aux talentes*, todo, en fin, anuncia que un nuevo ejército, por el estilo de los ejércitos de la Revolución francesa, está en vías de formación. La guerra que el extranjero hace a Rusia—guerra de invasión—está produciendo los mismos efectos de unión, de solidaridad que en Francia.

Trotsky es un discípulo de Carnot nada despreciable, un discípulo del organizador de la victoria de los ejércitos republicanos y napoleónicos.

Las diferencias más grandes en el paralelo estriban en el atraso relativo de la instrucción

rusa, de la ciencia, de la industria y comercio. La Francia de la Revolución era uno de los países más adelantados del mundo. Su industria no era inferior ni a la de la misma Inglaterra. Sus hombres de ciencia eran los maestros del mundo.

Los *leaders* de la Rusia de los soviets parecen tener clara conciencia de lo débil en este punto de su situación, y por eso entre los hechos más significativos de la Revolución rusa figuran los esfuerzos que aquéllos hacen para difundir la instrucción y la enseñanza técnica.

Probablemente es una suerte para el mundo el que la guerra moderna en gran escala no pueda emprenderse, a menos de tener por base un desarrollo de la industria nacional, semejante al que sólo se encuentra hoy día en el Imperio británico, los Estados Unidos, Alemania y Francia. Los ejércitos nacionales no pueden siquiera formarse sin el auxilio, sin la cooperación de toda la moderna maquinaria de la industria nacional; menos todavía han de poder equiparse. Y sin estar equipados a la moderna, los grandes ejércitos no son sino rebaños para el matadero. No hay ya duda de que la revolución rusa ha lanzado a aquella nación en medio de la corriente del progreso. Con el acicate de la continua amenaza de la guerra, los rusos, en diez años, serán formidables; en una generación llegarán a

poseer el poder militar más grande del mundo, un poder militar semejante al perdido por Alemania recientemente. El número de hombres de que disponen está casi intacto comparado con el de Francia y Alemania. Los estadistas de más aguda vista de la Europa occidental y de los Estados Unidos debieran preocuparse antes que nada en resolver el problema de incorporar la nueva Rusia a la Liga de las Naciones, de modo que su gigantesca energía nacional sea encaminada hacia una producción pacífica.

CAPITULO II

CAMINO DE PETROGRADO

No cansaré a los lectores de este libro con el relato de las dificultades que se me presentaron al principio para conseguir trasladarme de Inglaterra a Rusia. Según explicaré más adelante, no fué posible organizar una misión integrada por todos los partidos políticos para ir a Rusia, y creo no haber encontrado muchos ánimos en mi empresa por parte de Mr. Cecil Harmsworth, a quien hablé varias veces de ella. Sin embargo, el ministro de Estado respaldó mi pasaporte y el sábado 13 de Septiembre dejé Hull, a bordo del *Arcturus*, con dirección a Helsingfors.

Pasamos un día en Copenhague y llegamos a Hango el 19 de Septiembre, y a Helsingfors el 20. Desde aquí mi viaje lo hice a través de los Estados Bálticos, y por una felicísima coincidencia (completamente inesperada) me encontré con cierta persona que iba también a Petrogrado.

Como la guerra civil todavía sigue y los

países por que nosotros pasamos se hallan todavía revueltos, omito aquí los nombres de las gentes a quienes encontré en mi camino, las regiones y los lugares que atravesamos, y debo, por lo tanto, pasar por alto los medios de que nos hubimos de valer para conseguir viajar por mar y por tierra; los desagradables sucesos que nos ocurrieron al pasar la frontera, las largas marchas a pie, con frecuencia, durante la noche, y en medio de bosques, y por terrenos pantanosos.

Por fin el domingo 28 de Septiembre, después de una noche muy húmeda, verdaderamente desagradable, pasada al aire libre, en que logré cruzar la frontera bolchevique poniendo en juego varios recursos, llegué a X. Los centinelas bolcheviques no parecieron advertir que yo era un extranjero y me encaminé sin ser molestado a una vivienda de aldeanos que consistía en un ancho cuarto en forma de pajar. Me acompañaba mi amigo A., de un país neutral, que iba también a Petrogrado. Entramos en la casa a eso de las seis y cuarto de la mañana. Sobre unos bancos arrimados a las paredes había varios bultos dormidos, amontonados unos sobre otros. Nuestra llegada despertó a los inquilinos del pajar, y a medida que bulto tras bulto se levantaba, yo me preguntaba cuántos irían a aparecer. Resultaron ser once hombres, dos mujeres, un

chico pequeño y un niño de pecho. Dudaba de si eran soldados o aldeanos. Tenían un aspecto muy sucio; estaban todos desgreñados y podrían haber pasado ante nuestros caricaturistas como tipos de bolcheviques. Mi sentido de lo dramático sufrió una decepción cuando supe que eran simples aldeanos. Después de beber mucha agua para apagar nuestra sed producida por la larga caminata, nos dieron café y comimos nuestro propio pan moreno; a las diez de la mañana continuamos el viaje. La siguiente etapa fué de cuatro kilómetros a campo traviesa, por praderas, hasta una casa de labor habitada por agricultores de la clase media (a juzgar por el hecho de que usaban cuellos postizos). En la vecindad se veían bastantes soldados, que debían de estar alojados en algunos de los pajares. Pedimos a los dueños que nos alquilaran unos carros, pues la próxima etapa era larga. Cansados de una espera interminable, comenzamos a enganchar un caballo a un carricoche, lo cual ocasionó una acelerada discusión entre A. y algunos soldados que habían venido a inspeccionar lo que estábamos haciendo. El principal punto de la discusión se refería a los permisos, etc., y todo hacía suponer que nos iba a suceder algo parecido a una detención; pues tuvimos que permanecer dos horas sin poder partir, mientras los soldados deliberaban en la casa

de labor. Durante este tiempo conseguí hacerme una *toilet* improvisada con los escasos medios que llevaba conmigo. Uno de los hombres, que debía de mandar a los otros, salió de la casa y me hizo una señal para que entrase; revisó cuidadosamente toda mi documentación, incluyendo, claro está, mi pasaporte. También fué examinado nuestro equipaje, no de un modo muy escrupuloso. Al parecer, con aquel examen trataban de cerciorarse de si llevábamos armas o municiones, las cuales habíamos de entregar. Mi amigo llevaba dos bombas Mills, una en cada bolsillo del pantalón; yo una browing automática y una caja de municiones. Pero hicimos una especie de contrato. Se nos entregó unos resguardos, y las armas quedaron bajo la custodia de nuestra escolta, para sernos devueltas a su debido tiempo. Luego nos dejaron marchar. En un carricoche íbamos A. y yo y un chico de la alquería; en otro, dos soldados bolcheviques, a modo de escolta. Era difícil saber si su misión era protegernos o vigilarnos. A las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde emprendimos una marcha pesadísima por caminos en muy mal estado y en los que había baches de tal naturaleza que el carricoche de nuestra escolta volcó dos veces. Al muchacho de la alquería, que guiaba, le dió por poner nuestro caballo al galope, lo que sacó de quicio (otra

vez) a los bolcheviques, que dispararon al aire sus fusiles. Nos encontramos con tres o cuatro patrullas que nos pidieron les enseñásemos los pasaportes y nos dejaron pasar adelante sin novedad. A las siete y media de la tarde llegamos a otra casa, al parecer residencia del jefe local de las fuerzas. Era difícil conocer pór los uniformes la graduación de los militares que allí había; por la instrucción que revelaban, aquellos hombres debían pertenecer a la clase de oficiales. Uno de ellos hablaba con facilidad inglés, francés y alemán. Pernoctamos allí sobre unos colchones, en un cuartucho, en compañía de otros cinco individuos. Hicimos una cena que consistió en pan moreno, *kasha* y el inevitable té. El jefe me pidió le diera algunas municiones de mi revólver para su pistola automática que era del mismo calibre, y me quedó muy agradecido por doce cartuchos que le regalé. A. y yo nos repartimos el colchón; despertamos a las seis y media de la mañana del

Lunes 29 de Septiembre,

y media hora más tarde salimos provistos de un nuevo carricoche y una nueva escolta. Estuvimos caminando hasta las once y media de la mañana, en que llegamos a la residencia-cuartel de otro jefe. Esta caminata, que duró cuatro horas y media, con un tiempo lluvioso y

frío, y por carreteras malísimas, en las que las ruedas se hundían a veces en el agua hasta los ejes, no resultó muy agradable.

Entrábamos ahora en un país civilizado y nos encontramos, por fin, en la pequeña ciudad de Q., de cerca de 4.000 habitantes. Al cabo de media hora, el jefe de las fuerzas visó nuestros pasaportes, y con nuestros equipajes al hombro nos encaminamos a la estación del ferrocarril, a unas dos verstas del pueblo. Recorrimos otra versta vía adelante, para llegar a lo que nos pareció ser una caseta de empleado de tren. Durante el recorrido paramos a un muchacho que llevaba una cacharra de leche y le compramos un cuartillo de ella por 20 marcos filandeses.

Aquí pasamos de manos de la escolta militar a las de la policía, y nos dieron un billete para el tren; los cuatro hombres que nos escoltaban se ocupaban afanosamente en limpiar su variada colección de revólvers y pistolas automáticas, de reciente fabricación. Hicimos una comida de pan moreno, manteca y leche fresca, y luego, en compañía de dos hombres, una mujer y un soldado, todos los cuales se dirigían a Petrogrado, volvimos a la estación y montamos en tren, que partió puntualmente a las 2,45 de la tarde, la hora fijada. He de decir en este punto, que mi pistola automática me fué devuelta. El tren iba lleno de gente, y

lo formaban, al partir de Q., siete coches de tercera. Pasadas unas pocas estaciones se detuvo, y nuestra escolta, que debía conocer de otras veces el motivo de la parada, abandonó rápidamente el vagón y tomó asientos para nosotros en un coche de segunda, que había sido añadido al tren en esta estación. Así que hicimos el resto del viaje con relativa comodidad.

Llegamos a las seis de la tarde a Petrogrado y fuímos al despacho del jefe de estación, donde se nos reunió Z., uno de los funcionarios de Petrogrado, el cual habla inglés. Después de despedirme de A. y de los policías, salimos de la estación, que se parece a todas las estaciones de término, y nos dirigimos al Hotel Astoria. A este hotel se le conoce ahora con el nombre de *Dom Soviet*, o casa de los Soviets, y está reservado para acomodar en él a los funcionarios del soviet. Después de una corta espera me designaron un cuarto, que estaba vacante. Se hallaba en buenas condiciones, como en realidad lo estaban todos los otros cuartos que ví. Funcionaban los teléfonos, los timbres eléctricos, las luces. Esperaba yo ver aquella noche a Zinovief, jefe del soviet de Petrogrado, pero le retuvieron en una reunión. Nos dieron una comida, que consistió en pan moreno, mantequilla, patatas y te. Las camas eran decentes, las sábanas limpias y la

servidumbre del hotel, por el estilo, al parecer, de la que había habido antes de la Revolución.

Martes 30 de Septiembre.

Por la tarde, después de tomar un poco de pan moreno y te, salí con Z. a dar un paseo por la ciudad y recorrí alguna de las principales vistas. Anduvimos desde el boulevard Konno-Guardeiskri, hasta el puente Nicolauski; vimos luego la Embajada británica; caminamos después a lo largo del Neva, por Angliskaya Naverezhnaya, hasta encontrarnos ante la notable estatua ecuestre de Pedro el Grande. El Zar, subiendo a caballo una cuesta de rocas, vuelve la cara hacia el Neva y señala con la mano derecha el escenario de sus obras; el caballo descansa sobre sus cuartos traseros, mientras con los cascos aplasta una serpiente, que se retuerce en la agonía. Esta hermosa estatua, que se levanta sobre un bloque enorme de granito, no ha sufrido daño alguno. Aquella contradicción manifiesta de los informes extendidos por la Europa Occidental, según los cuales todas las obras de arte habían sido destruídas por los bolcheviques, produjo en mí viva impresión. Fuimos desde el Almirantazgo al Palacio de Invierno, lugar de tantas luchas y tantas crisis durante las distintas fases progresivas del movimiento revolucionario. Los altos muros que rodean el jardín del Palacio de In-

vierno habían sido derribados por la parte occidental, con la mira, creo yo, de abrir dichos jardines al público; signo inequívoco de los tiempos.

Excepto en esto, el Palacio no ha sido tocado, aunque sus paredes, es cierto, están desconchadas por innumerables balazos, pues la lucha fué muy viva en sus alrededores. Luego encaminamos nuestros pasos a la perspectiva Newski, que recorrimos; pasamos el puente Anichkof, que ostentaba sus notables estatuas en los cuatro ángulos, y nos dirigimos a la estación Nicolás, donde tomamos un tranvía eléctrico para ir a Smolny. En nuestro paseo entramos en la catedral de San Isaac, la cual, por lo que pude advertir, tampoco ha sufrido daño alguno. No dejé de ver que buena parte del mobiliario lo estaban «trasladando» en camiones automóviles, carros y carretillas. Lo mismo pudo verse en Moscú.

El ambiente general de la ciudad, desde el punto de vista «burgués», era sin duda deprimente. La perspectiva Newski no resplandecía con ningún destello aristocrático; las tiendas, en su mayoría, aparecían vacías. Los artículos de primera necesidad, se hallan bajo la inspección inmediata del Estado, y se veían muchos letreros que decían: «Depósito número 17 de calzado», «Barbería número 9», «Depósito número 15 de telas», «Depósito núme-

ro 19 de comestibles», etc., etc. Seguían abiertas algunas tiendas de objetos de arte y de antigüedades.

Una cosa noté: que la parte más baja de las fachadas de las casas—como hasta la altura del pecho—estaba ahora más sucia que lo habitual en las ciudades rusas por los millares de proclamas que allí habían sido pegadas, unas sobre otras—incidente éste inevitable en los movimientos revolucionarios—. Aquel derroche de carteles le traía a uno a la mente los innumerables *affiches* que cubrieron las paredes de Francia durante la Revolución.

Se ven mujeres policías. Cuanto se dice de que las calles están sucias y llenas de cadáveres es falso; por lo menos, las calles que yo ví estaban limpísimas. Se me dijo que aquella limpieza formaba parte de los esfuerzos enérgicos realizados por el Gobierno en su lucha contra las epidemias. Las estatuas y otros adornos de la ciudad permanecían intactos; pero el hermoso grupo escultórico que coronaba la fachada de la embajada alemana y que fué quitado de su sitio al estallar la guerra, aún no había sido restituído a su lugar. Smolny, que antes de la guerra era un colegio de señoritas de la aristocracia, es ahora el hogar verdadero de la revolución. Fué en Smolny donde las asociaciones obreras se organizaron para encargarse del poder. Es el cuartel

general del soviet de Petrogrado y de la tercera internacional. A la entrada del Instituto hay un tosco busto de Carlos Marx. Encontré en el Instituto a Zinovief, le expliqué el objeto de mi visita y pedíle me procurase toda clase de facilidades. No ahorró ningún medio para poner a prueba mi *bona fide*, y hablamos de mis discursos sobre Rusia en la Cámara de los Comunes y de mis artículos en la prensa. Mostró cierto recelo porque yo no traía conmigo ninguna carta de presentación firmada por alguna *persona grata* en Inglaterra. Almorzamos en Smolny por el precio de 10 rublos, un estofado, con escasos trozos de carne, una especie de empanada de pescado, pan moreno y te. El comedor era una habitación de regular tamaño y había en él una mesa capaz para treinta personas. Desde la una de la tarde a las cinco, en cualquier momento, los trabajadores del soviet, entraban a tomar su comida. Así que se advertía un continuo ir y venir de gentes, lo que constituía para mí un verdadero panorama de tipos de republicanos del soviet, de hombres y mujeres. Los tipos variaban desde el melenudo bolchevique de caricatura, hasta las jóvenes vestidas bastante bien, que podrían pasar por estudiantes en uno de nuestros colegios universitarios. Una de las paredes de la habitación estaba cubierta por banderas rojas y blancas combinadas en forma que imitaban

los rayos de un gran sol rojo; aquello representaba la salida del sol del ideal comunista. Los retratos de Lenin y Trosky, que en grandes grabados se ven por doquiera, ocupan el puesto de honor en las paredes.

Terminado el almuerzo tomamos prestado un coche del soviet, y nos encaminamos a casa de la condesa B. La lengua inglesa fué el medio de que nos servimos para discutir acerca de la situación de Europa y de la Europa Oriental y de sus relaciones con las potencias del Occidente; después del te volvimos al hotel.

Esperábamos coger un tren especial que salía aquella misma noche, lleno de tropas, para Moscú, pero a media noche supimos que lo habían suprimido. Fuí presentado a R., un americano que se aloja en nuestro Hotel; estuvimos conversando hasta las primeras horas de la madrugada. R. está encargado de la escuela de los trabajadores del soviet de Moscú, por lo que supuse me sería fácil hacer en su compañía el viaje a dicha ciudad.

Puede hacerse ahora una breve descripción de los principios que informan el Gobierno de los soviets. Son los de un riguroso socialismo; se basan sobre el principio moral de que toda persona capacitada debe producir un trabajo útil para el Estado. El derecho al voto o a ser elegido se extiende, por lo tanto, a todos aquellos que ganan su vida produciendo un

trabajo útil a la comunidad y que han llegado a la edad de diez y ocho años. Están privados de los derechos civiles los soldados y los marineros y cualquiera otra persona que por una u otra causa hayan llegado a incapacitarse para el trabajo; los que alquilan los brazos de los demás en su provecho, los que viven ociosamente de sus rentas, los frailes, los curas, los enfermos mentales.

En el régimen sovietista la unidad más pequeña de gobierno es el soviet de la aldea. Este soviet está establecido en los pueblos rurales, sobre la base de un delegado por cada 100 habitantes, y no puede haber en cada aldea menos de tres delegados y más de 50.

Un soviet de *volost* lo integran los representantes de todos los soviets de las aldeas del *volost* sobre la base de un delegado por cada diez miembros del soviet.

Un soviet de distrito consta de representantes de todos los soviets de las aldeas del distrito sobre la base de un delegado por cada 1.000 habitantes, con un máximum de 300 delegados.

Un soviet provincial lo forman los representantes de los soviets de los pueblos y de los *volost* sobre la base de un delegado por cada 1.000 habitantes y de los representantes de las ciudades sobre la base de un delegado por

cada 2.000 electores, con un máximum de 300 por provincia.

Al principio se trató de organizar una unidad más amplia, a saber: el soviet regional; pero el organismo central, es decir, el Congreso de los Soviets de toda la Rusia, lo componen los representantes de los soviets de las ciudades a razón de un delegado por cada 2.500 electores y los representantes de los soviets provinciales a razón de un delegado por cada 125.000. El Congreso de los soviets de toda la Rusia elige un Comité central ejecutivo que consta de 200 miembros. Este Comité nombra el Consejo de los comisarios del pueblo, los cuales son diez y ocho, a saber:

Estado.
Interior.
Asistencia social.
Nacionalidades.
Agricultura.
Intervención del Estado.
Asuntos militares.
Justicia.
Educación.
Hacienda.
Comercio exterior.
Higiene pública.
Asuntos navales.
Correos y Telégrafos.
Trabajo.

Comunicaciones.
Abastecimientos.
Consejo Supremo de la economía nacional.

Esto nos muestra muy someramente la constitución de la República de los Soviets. La primera impresión es de que se trata de una inmensa burocracia algo similar —aunque todavía más extensa—al régimen de «hotel governement» establecido en Inglaterra durante la guerra, y le hace a uno pensar en todas las características de aquella complicada burocracia; pero esa idea se desvanece gradualmente cuando uno se percata de que el gobierno y el país son términos sinónimos, que aquél asume el noventa por ciento de las funciones directivas de los asuntos del país y no se concreta meramente a *controlar* un mundo extraño a él. En un plano ideal, deja de existir la necesidad de cualquier forma de dictadura.

Miércoles 1.° de Octubre.

Desayuno, como de costumbre. Salí para Smolny con R. Intentamos hacer algunas compras en las tiendas, y con este motivo, me encontré con uno de los inconvenientes del Estado comunista: tuve que perder mucho tiempo en un interminable expediente para conseguir el permiso de comprar algunos artículos de vestir, y cuando, finalmente, hube conseguido el tal permiso, el establecimiento

había cerrado sus puertas. Luego tomamos el tranvía de Smolny. Como estábamos a 1.° de mes, todos los precios de las cosas habían variado. El tranvía, en vez de dos rublos, nos costó tres, y el almuerzo 20, en lugar de 10. El almuerzo consistió en una sopa de coliflor y el pan moreno y el te acostumbrados. Adquirimos billetes y autorizaciones para el viaje a Moscú; volvimos al hotel y preparamos los equipajes con tiempo para poder coger el tren de las siete de la tarde. Pero en el mismo instante en que partíamos de la casa del soviet (el hotel), a las seis en punto, nos enteran de que las horas de los trenes habían también cambiado. Nos vimos obligados a pasar otro día en Petrogrado. Fuímos al teatro con Z. y R., y una señora, amiga de ellos; se representaba el *Don Carlos*. Los funcionarios del soviet tenían derecho a ir al palco imperial, y allí me llevaron mis amigos. En la parte del fondo se hallaban varios departamentos o vestíbulos imperiales, cuya dorada ornamentación no había sufrido ningún deterioro. Uno de estos departamentos lo utilizaban ahora como despacho del director del teatro. Dicho director venía ejerciendo su cargo desde los días anteriores a la Revolución, y parecía muy feliz y contento con su suerte, y, por su aspecto, debía de estar bien alimentado.

Llegamos un instante antes de comenzar la

función y nos encontramos con que en el escenario, un orador con uniforme de marinero (muy probablemente un marinero de verdad) pronunciaba un improvisado discurso sobre las condiciones de la vida en el tiempo de «Don Carlos» y las condiciones bajo el comunismo. La función duró hasta las once y treinta. Estaba dedicada a los soldados que marchaban al frente, y en las butacas dominaba el color kaki.

Jueves 2 de Octubre.

Tomé te y pan con R., a las diez de la mañana. Por la tarde hicimos algunas compras en las tiendas: el día antes había conseguido las cartas-permiso, y ahora me fué muy fácil obtener los artículos pedidos (una camisa y un par de calcetines); visitamos en la perspectiva de la Unión del Trabajo, el Soviet de Petrogrado de las Asociaciones Obreras; en esta calle, un gran número de pisos ha sido convertido en oficinas y demás establecimientos de los sindicatos obreros, y en ella están centralizadas las alianzas profesionales (como se las llama).

La avenida de «La Unión del Trabajo» y el despacho central de las Asociaciones Obreras son realmente el cuartel general de la población industrial de Petrogrado. En él reside el centro nervioso, vital, de la población obrera.

Sostuve una larga conversación con el presidente de las Asociaciones Obreras de Petrogrado, que me proporcionó algunos documentos, en los que se describe su funcionamiento y organización, documentos que logré traer conmigo a Inglaterra. Luego tomamos un tranvía con dirección a Smolny, donde hicimos la comida acostumbrada, a las cuatro de la tarde. Nos habíamos retrasado, así que, tomamos prestado un auto y volvimos a toda prisa al hotel, preparamos el equipaje y cogimos el tren de Moscú. En la estación había una densa multitud, debido a que marchaban también unas tropas, y con dificultad logramos abrirnos paso; las bandas de música tocaban *La Internacional*, y al arrancar el tren de la estación, la muchedumbre se puso a cantar—con gran entusiasmo—este himno. Nos acomodaron en un departamento de segunda clase, que llevaba cuatro literas, y que tuvimos que compartir con otros dos viajeros.

La significación militar y política de Petrogrado es al presente tan grande, que puse especial empeño en conocer bien las distintas opiniones en la República de los Soviets.

Una Conferencia de la paz había sido preparada en Dorpart con los Estados bálticos para el 25 de Octubre; pero el resultado inmediato de la ofensiva de Yudenitch y el prematuro comunicado que éste lanzó anunciando la toma

de Petrogrado, obligaron a suspenderla. Los pequeños estados bálticos son fatalmente zarandeados de un lado a otro por los acontecimientos cambiantes de la política mundial. De un lado, temen el éxito completo de Koltchak, Denikin y Yudenitch, ninguno de los cuales ha reconocido la independencia de dichos Estados, pensando reabsorberlos en un imperio ruso restaurado. Por otra parte, no desean la imposición en sus propios países de los procedimientos revolucionarios. Si la República de los Soviets les da garantías serias, serán atraídos indudablemente por la perspectiva de una independencia, paz y comercio asegurados. En cuanto a aquel prematuro comunicado, había mucho de agio sobre el rublo en Helsingfors y en otras partes, una operación que explica muchas cosas.

Respecto a la defensa de Petrogrado, mis informantes no expresaron temor alguno. El número de tropas, en las cercanías de la ciudad, según diversas personas a quienes interrogué por separado, era de 100.000 hombres. Desde entonces acá, seguramente que habrán reconcentrado allí nuevas fuerzas.

De haber Filandia y los Estados bálticos ayudado a Yudenitch con todas sus fuerzas y con verdadero entusiasmo, la República de los Soviets se habría encontrado frente a un peligro abrumador, aplastante. Pero el entusias-

mo no es fácil sentirlo y expresarlo ante el temor de perder la propia libertad a manos de un imperio ruso reconstituído.

Hubiera caído Petrogrado, y ello hubiera significado indudablemente un golpe inmenso para el prestigio y cohesión de la República de los Soviets. Fracasado el intento, la posición de la nueva Rusia se consolida de un modo incalculable.

CAPÍTULO III

MOSCÚ

Viernes 3 de Octubre.

El coche cama estaba en muy buen estado; las alfombras y los asientos no habían sufrido ningún deterioro y se hallaban bastante limpios; no se advertía señal alguna de molestos insectos. Dormí toda la noche casi de un tirón, con relativo *comfort*.

Entre siete y ocho de la mañana se nos revisó el pasaporte; los encargados de ello esta vez pertenecían a la armada. La región es de sobra conocida por las descripciones de los viajeros, pero como era la primera vez que yo la atravesaba, me impresionó aquel vasto desfile de bosques y llanuras, éstas bien cultivadas y salpicadas de ganados y aldeanos, bañado todo en un brillante sol matutino.

Llegamos a Moscú a las 10,45 de la mañana. Felizmente, uno de nuestros amigos, a quien encontramos en el tren, contaba con que le enviaran un coche a la estación, y después

de aguardar un rato por el vehículo, salimos a la calle. Las impresiones que se reciben a la llegada a Moscú son similares a aquellas que uno siente cuando procedente de Europa entra en Argel o Port-Said. Moscú es una verdadera puerta de entrada del mundo Oriental, y está bañada en esa atmósfera peculiar que se crea al contacto del comercio y del intercambio de relaciones del Occidente con el misterioso Oriente. Conservo de Moscú las imágenes más vivas: la abigarrada multitud en las afueras de la estación, los bulliciosos conductores de los *izvoshtchik*, la policía militar que intentaba hacerlos callar, los vendedores de periódicos, los mozos de equipajes, los vendedores de frutas y los mil pregones callejeros.

En el coche íbamos R. y dos amigos, a quienes dejamos en la Casa segunda de los soviets. Luego nos dirigimos a un edificio de grandes dimensiones, cuyo empleo no conozco exactamente, donde quedó mi equipaje; desde allí marchamos a la Casa primera de los Soviets, en la que R. tiene su habitación. Llevaba una pesadísima maleta que le ayudé a transportar a su gabinete, situado en el cuarto piso.

Luego nos dirigimos a la Comisaría de asuntos extranjeros; mientras esperábamos el momento de ver a Livinof, apareció L., representante de un periódico americano. R. pareció

mostrar deseo de que no entablásemos con él una conversación muy sostenida, y me llamó aparte para decirme que sería preferible que mi visita a la ciudad pasase inadvertida. Pero esta recomendación no sirvió de nada. Volví más tarde a encontrar a L. repetidas veces, e hice por último en su compañía, hasta Reval, el viaje de regreso. L. me proporcionó muchos datos.

Cada Comisaría está a cargo de un Comité de tres individuos: el comisario y sus auxiliares. Es éste un organismo parecido en su constitución al Consejo de Almirantazgo, al Consejo del Ejército, etc., etc., en los Ministerios británicos. En la Comisaría de asuntos extranjeros, Chicherin es el Comisario y el auxiliar en sus funciones Litvinof, que tiene a su cargo los asuntos de la Europa occidental y Karakhan, de origen armenio, que lleva la política de Oriente, Asia, la India, etc.

Celebré una larga conversación con Litvinof, a quien expliqué el objeto de mi visita.

El objeto principal de mi viaje era entrevistarme con los directores solventes de la República de los Soviets, como miembro de la Cámara de los Comunes y, en calidad de tal, explorar las posibilidades de negociaciones conducentes a establecer la paz en los campos en que todavía quedan rescoldos de de la gran hoguera de la guerra. Le invité a

que fijase las bases sobre las cuales se hallaban dispuestos a cooperar en esta obra. Me comprometí a comunicar sus ideas al Gobierno y al pueblo inglés por medio de la Cámara de los Comunes y la prensa.

El objeto inmediato, sin embargo, era ver por mí mismo la Rusia de la República de los Soviets, tal como se revela en sus ciudades, en sus gobiernos *de facto*, en sus instituciones, en las actividades de su vida cotidiana, y verla del mejor modo que me fuera posible en una breve visita.

De todo esto —añadí— aunque la cortesía no me autorizaba a expresarme en términos tan rudos, esperaba formar una opinión acerca de si prevalecía la anarquía y el desorden o si habían surgido de entre el naufragio del régimen imperial fuerzas legales y de orden, de modo que pudiera entablar formalmente relaciones con ellas un gobierno democrático.

Díjele a Litvinof de qué modo deseaba yo emplear los días de que disponía, y la fecha en que quería volver a Reval, para coger el vapor de Inglaterra. Los diferentes interrogatorios a que fuí sometido en la frontera, en Petrogrado y por todas partes, hacían necesarios nuevos exámenes; pero al llegar a este punto, le enseñé la única carta de presentación que llevaba conmigo, si así puede ser llamada. Era de Arturo Ransome un personaje decidi-

damente «burgués». Litvinof no había visto todavía ningún ejemplar del libro *Seis semanas en Rusia*; yo llevaba uno que se lo dí. Ambos, cada cual desde nuestro punto de vista, lo juzgamos como un cuadro discretamente trazado de la situación. Creo que el libro de Ransome está escrito con muchas reservas, con demasiadas reservas. No es muy sólido, aunque todo cuanto Ransome dice es absolutamente cierto y ofrece, creo yo, un cuadro animado a la imaginación del lector.

Mediante los buenos oficios de Litvinof, conseguí un permiso de la Comisaría por el que se me autorizaba para andar libremente por la ciudad, que se hallaba en estado de guerra, y en compañía de madame Z., empleada a las órdenes de Litvinof y que habla inglés—es inglesa de nacimiento, según supe—nos dirigimos en un auto a la casa en que se me había designado una habitación, y de pasada recogimos el equipaje.

Por una casualidad supe que la casa donde estuvo mi equipaje la destinaban a los delegados de la India y de Egipto.

La vida en la ciudad, como desde luego noté al llegar, era más animada que en Petrogrado. Los pequeños puestos callejeros no cesaban día tras día en sus operaciones, y se advertía la misma actividad en las calles.

La casa de la calle Neberezhnaya, núme-

ro 14, donde estaba alojado, se halla a orillas del río Moskva, enfrente de los viejos muros del Kremlin. Perteneció a un multimillonario, magnate del azúcar, llamado Charitonenko. Es, en verdad, una hermosa casa de una clase de belleza que sólo la pueden producir la riqueza y el gusto combinados. Está llena de maravillosos tesoros de arte de todas las partes del mundo, del Este y del Oeste; preciosos cuadros, bronces, porcelanas del Japón, tapicerías de Francia y otras cosas parecidas. No había sufrido ningún daño, ni aun en el más insignificante de sus *bibelots;* pero el espacioso jardín de detrás de la casa se hallaba abandonado, cubierto de malezas. Todavía estaba a cargo de ella el ayuda de cámara de Charitonenko y, a pesar de los años de revolución, dicho individuo no había perdido ninguno de sus tranquillos profesionales. Acaso esto no era otra cosa que una sutil propaganda para impresionar la imaginación del «burgués» dándole a entender que Rusia, bajo Lenin y Trotsky, ofrecerá a las clases directoras posibilidades no menos deslumbrantes que Francia bajo el Directorio.

Después de lavarme y de una hora de descanso, Litvinof me llamó a eso de las cinco y media de la tarde y al anochecer fuimos a la Opera. Se trataba de Opera Rusa. Me informaron de que la compañía y la orquesta eran

las mismas que antes de la guerra, y si una comparación con Covent Garden ilustra claramente la cosa, compañía y orquesta pertenecían sin duda a la mejor clase de artistas. Había allí otros miembros del Gobierno, entre ellos Semashko, Comisario de higiene pública, con quien entré en conversación durante los entreactos, siendo el francés la lengua de que nos servimos.

No puede decirse que la administración zarista se haya preocupado mucho de la salud de las clases proletarias. Las instituciones médicas que existían entonces estaban sólo al alcance de las gentes acomodadas de las ciudades; los pobres rurales y urbanos carecían de recursos para pagar tal asistencia. Era, por lo tanto, evidente la necesidad de cambios radicales. La organización del gobierno y de sus distintos departamentos, entre ellos los departamentos médicos y sanitarios, están ahora al servicio del proletariado. Todo ciudadano de la República de los Soviets tiene derecho a la asistencia pública del Estado, y se le dan de balde medicinas, médico y hospital. Esto ha conducido a la nacionalización de la profesión médica. El Estado echa sobre sí la obligación de proveer a todo ciudadano con asistencia médica, gratis y garantizada. El cólera, habitual visitante de Rusia, fué conjurado debido a las medidas tomadas por la Comisaría. Según

las estadísticas, hasta el 1.° de Junio no había habido ni un solo caso de cólera en la República Rusa. Además, a consecuencia de heroicos esfuerzos, el tifus decrece y muchas otras enfermedades desaparecen.

Esta conversación llenó los paréntesis de la función, que acabó a las once. Después volvimos a casa, contento yo de gozar del descanso ganado en horas y días un poco agitados.

CAPITULO IV

RECONSTRUCCIÓN SOCIAL

Sábado 4 de Octubre

Al despertar y encontrarme en esta ciudad, experimenté esa sensación de extrañeza que todo aquel que viaja conoce. Después de cuanto había oído y leído sobre los acontecimientos ocurridos en esta histórica capital, que dieron al traste con el Imperio, no podía allanarme a la realidad de la vida normal, que seguía tranquilamente su curso. Un novelista sentimental representa en cierto libro al mundo como parado todavía, debido a que un papiro encontrado en Egipto reveló que el *Nuevo Testamento* había sido una superchería, una falsificación. Pero H. G. Wells, el gran artista de la psicología humana, concibió la profunda verdad de que el mundo camina con sus días agitados, no por la proximidad, sino por la actuación de una gran catástrofe. Sin embargo, yo no podía al principio comprender la realidad de lo que estaba viendo: las gentes que, en la mañana,

iban y venían de sus quehaceres cotidianos; el hecho palpable de que por las orillas del río, y sobre los puentes, corrían los tranvías, delante de mi ventana. Advertí que algunos tranvías arrastraban vagones cargados de leña; muestra de los esfuerzos que se están haciendo para prevenir las necesidades del próximo invierno. La silueta del Kremlin ocupaba el fondo con la multitud de doradas cúpulas en su bella arquitectura bizantina. Cada tres horas, las sagradas campanas tocaban chillonamente los aires revolucionarios de *La Internacional*, y sus sonidos hacían surgir del pasado la visión simbólica de los clérigos franceses con sus bandas tricolores sobre la sotana.

No me levanté hasta después de las nueve, pues las noches anteriores había dormido mal. Al poco rato llegó P., el secretario de Livinof, para ayudarme a poner en práctica mi extenso programa. Lo primero, marchamos al Museo de Higiene.

En este edificio me enseñaron lo que allí se exhibía como típicos ejemplos de los esfuerzos que se están haciendo para mejorar la salud del pueblo ruso por medio de la propaganda. Había modelos en yeso y grandes carteles con figuras, que mostraban los síntomas visibles que presentan ciertas enfermedades y epidemias; los medios que deben ser puestos inmediatamente en práctica para aislar a los enfer-

mos, tratar las enfermedades y preservarse de ellas. Por estos procedimientos era posible poner al alcance de las personas analfabetas los principios elementales de la higiene. Otros dibujos se referían a los principios elementales de la higiene escolar, la higiene del taller, etc. Había modelos que mostraban cómo debían estar organizadas y dispuestas las escuelas, cómo las casas de los aldeanos, amuebladas y ventiladas; la necesidad de la cuidadosa desecación de los terrenos, y así otras muchas cosas. Se veía un buen modelo que ponía de manifiesto el peligro de sacar agua del río para beberla. Representaba un río, con una fábrica en las orillas y montones de resíduos, que iban a parar al agua, aldeanas lavando en el río, etcétera, etc. Se trataba de hacer ver de un modo gráfico la importancia de no emplear este agua para beber; se debía buscar otra a cierta profundidad del suelo, ya suficientemente filtrada, por medio de bombas y cisternas. Luego fuí a un edificio donde estos modelos eran reproducidos en grandes cantidades para distribuirlos por todo el país.

Después nos dirigimos a la escuela de Santa Catalina. Parte de este edificio escuela estaba todavía reservado para los niños; la otra mitad se destina a la preparación de maestros, especialmente maestros de trabajos técnicos. Había allí muchos modelos científicos. A fin de

dar a los estudiantes para maestros—estudiantes que son designados por los sindicatos obreros—la enseñanza de los principios elementales de la mecánica, había modelos de minas, ruedas, máquinas de vapor, etc. También contaba la escuela con secciones especiales para los trabajos en maderas, textiles, agrícolas y otros oficios e industrias.

Pienso que cuando este núcleo sea adiestrado y dispersado luego por toda Rusia, podrá ser posible la formación de un gran pueblo industrial, cuya fuerza potencial contará a través del mundo entero como un factor no despreciable. Hay cerebros muy sutiles y capaces, dedicados a esta labor, que acaso haga del régimen bolchevique algo enteramente diferente de lo que las gentes piensan; algo que en vez de ser anarquía suelta, como se suele decir, sea un nuevo y formidable tipo de oligarquía industrial. Si ese desenvolvimiento se efectúa, y en realidad ya ha empezado, será imposible cerrar los ojos a la evidencia, y absurdo seguir considerando la Rusia de los soviets como una forma de anarquía ultrademocrática, con la cual nada tienen que ver los celosos constitucionalistas. Cuando ese grado a que me refiero sea alcanzado—si ese grado se logra—, Rusia estará sometida al más drástico y despiadado régimen de ley y de orden que el mundo viera jamás, y será un

formidable ejemplo, tanto para los trabajadores de los pueblos occidentales, como para los dueños de la propiedad. Capitalistas, tomad nota.

La otra parte de la escuela la ocupaban los niños, que parecían sanos y bien alimentados, a pesar de la escasez de los alimentos. Se toman especiales medidas con estos niños, acaso privilegiados, que reciben raciones de leche, miel, pan y pescado, de que no siempre puede disponer la población adulta. Los niños tienen un jardín grande detrás de la escuela. Parece que proceden de diversas clases sociales; algunos de ellos, de la más alta aristocracia. Saltaba a la vista que esta escuela era mejor que la mayoría de las escuelas.

Visitadas estas instituciones, volvimos a casa. A eso de las nueve de la noche vinieron a verme unos señores, entre ellos la señora de R. y madame L. La primera sólo habla el ruso, pero desea vivamente reunirse a su marido, que está en Inglaterra, y discutimos sobre las restricciones y su aplicación en el caso particular de esta señora.

Acaba de ser adoptado en la Rusia de los soviets el libre franqueo para las comunicaciones postales. Se introdujo esta medida porque se pensó que por este medio habría una mayor intercomunicación entre todas las partes de Rusia, lo cual produciría un efecto educativo sobre las masas del pueblo ruso.

Domingo 5 de Octubre.

Por la tarde fuimos a visitar la Exposición de la Maternidad y Asistencia del Niño. Es esta otra forma de la propaganda médica, con arreglo a procedimientos parecidos a los de la Comisaría de la Higiene Pública, pero opera bajo la inspección de la Comisaría de Asistencia social, aunque, según tengo entendido, se ha tomado en consideración una proposición para colocarla bajo la inspección de la Comisaría de la Higiene Pública. La Exposición estaba atestada de público. Varias mujeres, rodeadas de gente, daban conferencias. Había secciones dedicadas al cuidado del niño, y por medio de grandes diagramas y de modelos, se pretendían mostrar detalles tales como el modo más conveniente de llevar un niño, de vestirlo, de alimentarlo, de darle leche, etc. Había también diagramas con cuadros comparativos del término medio de defunciones en los distintos países en relación con la incultura de las madres. Otra sección estaba dedicada a la alimentación; los tipos de alimentación que debía proporcionárseles a los niños, lo que las madres debían tomar antes de dar a luz, los utensilios que debían ser empleados, la necesidad del aseo, los peligros de las moscas y mil remedios caseros que producen la diferencia entre la salud y la enfermedad, entre la

fuerza y la debilidad de la generación que ahora comienza a vivir. La necesidad de emplear tales procedimientos como carteles, diagramas y modelos ponían de relieve la incultura en que el antiguo régimen había dejado a las masas del pueblo ruso.

Me dieron el cuadro siguiente, que muestra el desarrollo de varios tipos de instituciones ocurrido desde Octubre de 1918 a Julio de 1919.

INSTITUCIONES DE MATERNIDAD Y ASISTENCIA DEL NIÑO

en Moscú y otras ciudades principales, según estados recibidos en Octubre de 1918 y en Julio de 1919.

POBLACIONES	Asilos para recien nacidos		Asilos para niños de uno a tres años		Casas cunas		Ambulancias para consulta de niños recien nacidos		Gota de leche		Asilos para madres con niños de pecho	
	1918	1919	1918	1919	1918	1919	1918	1919	1918	1919	1918	1919
Moscú.....	1	2	2	6	4	26	8	17	8	10	1	3
Yarosslaff....	1	1	—	—	1	3	—	2	—	1	—	—
Kostroma ...	1	2	—	1	2	2	—	2	—	1	—	1
Ivanevavoznesk	—	1	—	1	2	3	—	—	—	2	—	—
Tula	1	1	—	1	—	1	—	—	—	—	—	—
Saratoff....	1	1	—	1	—	—	3	4	3	4	—	1
Voronej.....	1	1	—	1	—	—	1	1	1	1	1	2
Tver.....	1	8	—	6	3	6	—	2	—	1	—	—
Tambof.....	1	9	—	7	2	2	1	1	1	1	—	—
Minsk.....	1	2	—	1	—	2	1	2	1	2	—	—
Kaluga.....	1	1	—	4	2	6	—	1	—	1	—	—
Vilebsk.....	1	1	—	1	—	—	1	2	1	2	—	—
Tomsk.....	1	1	—	1	—	—	1	4	—	4	—	—
Total..	12	31	2	31	16	51	16	38	15	30	2	7

No puedo comprobar, si es cierto o no, lo que éstos datos afirman, pero evidentemente no fueron tomados, pensando en la contingencia de una visita inesperada, aunque esta visita sea la de persona tan importante como el más humilde miembro de la Madre de los Parlamentos. Se ha dicho de la hipocresía que es un tributo que el vicio rinde a la virtud. En último caso, por lo menos, esos datos significarían que la República de los soviets quiere aparecer ante el mundo occidental, como prestando cuidadosa atención a todas esas cosas.

Creo que en realidad se preocupa de esas cosas, que realmente está luchando por llevar a cabo proyectos de instrucción obligatoria— ¡qué contraste con la Rusia inculta de los días anteriores a la Revolución!—; que está realmente tratando de formar, ingenieros, científicos, médicos— aquellos cuerpos profesionales sin los cuales no puede un país ser considerado como civilizado. Creo que la necesidad de la organización del comercio la comprenden todos: el artesano que desea géneros, el aldeano que desea productos de fábrica, el gobierno que tiene que cambiar sus trigos, la sobreproducción de lino y la madera por productos extranjeros. El tiempo demostrará y desechará lo que en los ideales de Rusia exista irrealizable.

Estoy al tanto de las debatidas ventajas y

desventajas del comunismo. Siendo como es la naturaleza humana, creo que ni aun en Rusia puede la introducción repentina de los principios comunistas ofrecer sanas bases para un régimen social permanente; pero será un profeta audaz quien diga que la Humanidad nada aprenderá de estos experimentos que tan arriesgados parecen.

Habiendo alcanzado el límite de mi receptividad para las cosas útiles, busqué alivio proponiendo una visita al Museo de Pinturas. Fuimos a la famosa Galería Tretyakof, que contiene una colección magnífica de cuadros de pintores rusos, entre ellos de Shishkin, Verestchagin, Perof, Kranskoi, Ryepin y Makovski, y la cual ha aumentado bastante desde la revolución acá, según me informaron, con cuadros sacados de las galerías particulares; medio éste un poco radical que sirvió para completar las colecciones de notables maestros.

La multitud que circulaba por el Museo se componía de gentes de varia condición, y me permití sospechar de si no habría en cuanto estaba viendo algo de artificiosa parada; pero en realidad no tenía ningún motivo especial para pensar así, fuera de la natural prudencia del observador imparcial. Nos detuvimos allí hasta que fué cerrado el Museo, lo que fué dado a conocer por el repiqueteo de los titulares.

Fuimos a casa y tomamos nuestro alimento.

Por lo general hacíamos una comida fuerte al dia, entre las tres y las cinco de la tarde, según la hora que nos dejase libre nuestra labor. Después de comer nos dirigimos a la Comisaría de negocios extranjeros. Al cruzar la llamada Plaza Roja (Krasnya) se ve al pie de las murallas del Kremlin, en la parte Nordeste, el cementerio de las víctimas rojas. Conté once tumbas nuevas, profusamente cubiertas de flores; apoyadas en las paredes había banderas rojas. En estas tumbas estaban enterradas las víctimas de un intento contrarrevolucionario ocurrido hacía unas semanas, en que fué arrojada una bomba en el local donde se hallaba reunido uno de los soviets de Moscú. Murieron once hombres, y resultaron gravemente heridos alrededor de treinta. Los conspiradores trataron de producir la impresión de que aquel atentado había sido obra de los anarquistas, y con tal objeto pegaron, durante la noche, carteles por la ciudad; pero aquellas personas que estaban al tanto de la organización de los anarquistas, dijeron que ellas podian demostrar en seguida que los carteles eran simples imitaciones. Me contaron que el entierro de las víctimas constituyó un gran espectáculo.

En varios lugares de Moscú, ví, colocados en medio de las calles, unos mapas en gran escala, pintados sobre lienzos de unos diez a

quince pies cuadrados. Todos los dias se indicaba en estos mapas la posición de las tropas de los diversos frentes.

Los un dia afamados restauranes, escenario de brillantes orgías en la época zarista, estaban convertidos, la mayoría de ellos, en clubs de trabajadores.

Creo que los caballos están mejor alimentados en Moscú que en Petrogrado. Reciben una ración de avena, mientras que en Petrogrado se les alimenta con paja.

El tiempo entre las seis y las siete lo dediqué a Chicherin. Chicherin no puede ser clasificado como un proletario, un judio o un melenudo bolchevique. Es hombre de aristocrático origen, casado con una mujer de la aristocracia. Estuvo de agregado militar en París, y posee no poca experiencia en asuntos diplomáticos. Después de esta conferencia nos dirigimos, con Máximo Litvinof, a lo que se acostumbraba a llamar antes de la Revolución la Sala de la nobleza, y en uno de los amplios departamentos anexos, encontramos a Trotsky presidiendo una reunión de jóvenes comunistas. Supuse que aquello correspondía a la Liga de la juventud y del progreso social, de que tanto oímos hablar en Inglaterra. Pronunciaba un discurso muy enérgico, lleno de fuego, y las palabras de «Churchillo» y «Lloy Georgio» se oían con frecuencia; pero, mis cono-

cimientos de ruso no me bastaban para seguir el hilo del discurso. Terminada la arenga, Trotsky abandonó la sala; al salir se detuvo para preguntarle a uno de los muchachos que llevaba un brazo en cabestrillo, dónde se había lastimado. Al mismo tiempo, le dió palmaditas en el hombro. Instantáneamente cruzó por mi cerebro la idea de que aquel acto de cordialidad vulgar estaba fuera de sitio; pero quede para los biógrafos y psicólogos analizarlo y valorarlo.

Convinimos en que acompañaríamos a Trotsky en una revista especial de tropas, que se verificaría en Tula, importante población, situada a unos cientos de verstas al Sur de Moscú. De vuelta para mi casa, me crucé con tres soldados chinos.

El no saber chino me impidió interrogarles respecto a su situación. Fueron los únicos soldados chinos que ví. Había oído decir que hay unos miles, y que se les emplea en aquellos frentes donde el ejército rojo es inclinado a guardar menos lealtad al movimiento bolchevista. A las once de la mañana vino a buscarme un automóvil y nos dirigimos al lugar donde paraba L.; allí tuvimos que aguardar un par de horas, pues la salida del tren había sido retrasada. A la una y media de la tarde nos dirigimos a la estación, situada en los suburbios. Había una guardia de honor, tendida en-

tre el puente de entrada y el tren. A las dos de la tarde salimos en el tren especial de Trotsky, tren que merece alguna descripción. Trotsky, el ministro de la Guerra, pasa gran parte de su vida viajando, como ministro de la Guerra que dirige guerras en inmensos frentes, que atraviesan la Rusia Europea y la Rusia Asiática. Su equipo, tal como le ví, lo forman dos trenes completos, que conducen un total de más de 350 personas. Entre otras cosas, los trenes constan del coche salón especial de Trotsky, de *sleepincars*, de departamentos para la Plana Mayor, de coche oficina para los mecanógrafos, etc., de vagón imprenta, de estación radiotelegráfica (el tren va provisto de telegrafía sin hilos, y por este medio, está en comunicación con Moscú), de sección de ametralladoras y de vagones garages.

Por la mañana recibíamos un resumen, claramente escrito a máquina, de los despachos de Poldú, París y otras estaciones radiográficas. Esto me recordaba la guerra, cuando, al mando de S. M. S. Bem-My-Chree, teníamos que contentarnos, durante semanas enteras, con las escasas noticias que podíamos obtener a través de nuestro aparato radiotelegráfico.

Además, siempre que Trotsky está de viaje hace imprimir un boletín con los extractos de los despachos y con artículos de su propia pluma y de la de sus colegas.

CAPÍTULO V

TROTSKY Y EL EJÉRCITO ROJO

Lunes, 6 de octubre

Llegamos a Tula a las siete de la mañana, pero no dejamos el tren hasta más tarde. Una gran multitud se hallaba congregada en las salas de espera de la estación y en los alrededores. Las calles no estaban cubiertas por las tropas, y las invadía un inmenso gentío, en el que ponían orden algunos soldados diseminados entre la muchedumbre.

Dejamos la estación a las nueve cuarenta y cinco de la mañana, y ocupamos once automóviles. Nos acompañaban altos funcionarios, entre ellos Rykof, el presidente del Consejo Supremo de Economía Pública, Tsuriupa, el inspector de Subsistencias y Lunacharski, el comisario de Instrucción. Durante el camino, aproveché todas las ocasiones que se me presentaron para hacer hablar a estos funcionarios sobre los asuntos que me interesaban. Nos dirigimos al campo por las calles, muy

mal empedradas de la población y atravesando los suburbios de casas sórdidas y ruinosas. Llegamos a una amplia pradera donde se iba a verificar la revista. Había allí 7.000 soldados, entre infantería, lanceros, exploradores montados y a pie, secciones de ametralladoras, artillería, una sección de globos cometas, automóviles blindados, etc. Las armas que los lanceros llevaban sobre sí parecían verdaderos árboles de Noel, y no me hubiera gustado encontrármelos enfrente; iban muy bien equipados, y parecían ser gente fuerte, dura y robusta. Dos aeroplanos volaban por encima de las tropas.

Estas estaban tendidas formando tres lados de un amplio paralelogramo, y las bandas de música tocaban «La Internacional». Trotsky se adelantó acompañado y seguido de su Estado Mayor, del autor de estas líneas y de uno o dos extranjeros.

Cada «compañero comandante de batallón» daba cuenta del estado de las fuerzas de su mando cuando el ministro de la Guerra pasaba ante él. Trotsky saludaba por su nombre a cada batallón, y su saludo era contestado desde las filas. Terminada la revista, los soldados se acercaron al auto de Trotsky, y éste les dirigió un breve discurso; Trotsky se congratulaba de ver a tantos soldados vestidos con los uniformes americanos del frente de Koltchak, y

esperaba verlos pronto vestidos con los uniformes ingleses del ejército de Denikin. Después de esto, las tropas desfilaron por compañías; su instrucción era perfecta. El ministro de la Guerra presenció el desfile desde su auto, en el cual me encontraba yo de modo que pude verlas desde muy cerca. Parecían alegres y muy bien alimentadas, y me sentí inclinado a inferir de la expresión de las caras que muchos soldados sentían algo así como un culto heroico por el mismo Trotsky. Los caballos de las tropas montadas estaban en buenas condiciones.

Durante la revista, una diputación de las Asociaciones obreras locales pidió permiso para que éstas tomasen parte en el desfile; siéndoles concedido, se colocaron en el sitio que se les asignó, y varios cientos de trabajadores, con las banderas acostumbradas en las organizaciones obreras, tales como las que se ven los domingos por las tardes en Hyde Park, marcharon, acompañadas también de su banda de música, detrás de las tropas. Esto pareció ser la señal para los espectadores de que también ellos tenían algún derecho a formar en la manifestación, y dos o tres mil personas invadieron el campo y desfilaron a continuación de las Asociaciones Obreras.

En la parada no faltaron los acostumbrados fotógrafos, operadores de cine y corresponsa-

les; uno de éstos, que hablaba francés, me pidió una interviú. Cuando todo hubo terminado, partimos de nuevo en auto. Los vítores de la muchedumbre nos seguían. Pueden ser tomados como una prueba del entusiasmo del pueblo. La multitud me pareció—acostumbrado por entonces a ver multitudes rusas—estar compuesta principalmente de aldeanos. No logré ver ninguna cabeza cuadrada de alemán, ni las características faciales de los judíos. Aunque siempre en guardia, contra la insinceridad que se filtra a través de los acontecimientos preparados de antemano, no podía honradamente reprimir el sentimiento de que aquélla era una verdadera asamblea representativa de un acendrado espíritu nacional, que ofrecía a sus delegados espontáneas manifestaciones de entusiasmo y asentimiento.

A mi juicio, había en cuanto acababa de ver una cierta cantidad del espíritu de cuerpo de las Asociaciones Obreras. Y se explica. Los funcionarios de los soviets son enviados por cortos períodos a los distintos frentes para ponerse en comunicación con los regimientos y explicarles por qué luchan, qué defienden, y, principalmente, los fines de la Revolución. Una clase de propaganda bastante mejor conducida que la adoptada por nosotros en la gran guerra, y tan eficiente como lo demostraban los resultados con ella obtenidos.

Atravesamos por en medio de la ciudad, escoltados por un destacamento de lanceros de a caballo, que causó no pequeña impresión en la población con el sonar de los cascos sobre las mal empedradas calles, pues la velocidad que llevaban nuestros autos le obligaban a ir al galope. Sin embargo, cesaron los caballos en su carrera e hicieron alto. Nos dirigimos a inspeccionar uno de los grupos más importantes de fábricas de municiones del distrito. Visité tres de ellas. En la primera trabajaban unos once mil obreros hombres y mujeres. No puedo presumir de ser gran técnico, pero había visto cierto número de fábricas durante la guerra, y, por lo que pude observar, no había ninguna diferencia entre aquélla y las de Inglaterra y otras partes. Las municiones eran fabricadas con la gran rapidez que permite el empleo de la maquinaria automática, que estaba a cargo, como es costumbre, de mujeres.

Tuve varias conversaciones con Trotsky. Parecía tener especial empeño en hacerme comprender que el pueblo ruso no sentía animadversión alguna contra la Gran Bretaña. Díjome que confiaba en que pronto la paz y el levantamiento del bloqueo serían un hecho; que la actual situación sólo la deseaba una pequeña minoría de la opinión británica. Confiaba en que Denikin sería derrotado. La ventaja con que ahora contaba este general estribaba en la

Caballería; pero dicha ventaja disminuiría considerablemente cúando aparecieran la nieve y el barro, que ya empezaban a hacerlo. Confesaba que él, Trotsky, había cometido varios errores estratégicos; por ejemplo: había permitido que el avance contra Koltchak fuera muy allá, y había estimado en poco la cantidad de municiones de que la Gran Bretaña provee al almirante. No concedía mucho valor a los tanques que poseía Denikin. La guerra que sostiene es una guerra de amplísima maniobra, y los tanques se perdían en áreas tan vastas.

Preguntéle si creía que pudiera presentarse el peligro de que la República de los Soviets derivara hacia un imperio basado en el creciente espíritu militar de que ahora daba tan señaladas muestras. Contestó que el espíritu militar era debido al espíritu revolucionario y no a otra cosa, y pensaba en un futuro en que toda aquella energía belicosa fuera empleada en las artes de la paz. No expresó ningún temor respecto a la suerte de Petrogrado, y en verdad, el ataque a Petrogrado parecía haber sido emprendido más bien con miras políticas que con la esperanza real del éxito. Admitía la crítica situación de Moscú, pero esperaba entendérselas pronto con Denikin (1), como se las había entendido con Koltchak. Si Petro-

(1) Las esperanzas de Trotsky se confirmaron.

grado y Moscú fuesen capturados, dijo, los peligros para la Gran Bretaña serían mayores todavía. Me apuntó que la República bolchevique se extiende ahora hacia el Turkestán, y que su organización avanza hacia el Este. Los chinos se mostraban muy impresionados por los ideales de los soviets (como todo aquel que haya estado en China puede confirmarlo), y el despertar de la China constituiría un peligro para la India y el Oriente.

A mi juicio, la situación militar es muy crítica. No hemos ayudado a Denikin y a Koltchak, con todo entusiasmo, ni puesto todos nuestros recursos en el ejército antibolchevista; así, que no se ha perdido ningún afecto entre Koltchak, Denikin y el Gobierno británico. Pero además nunca hubo por parte de la oficialidad rusa gran simpatía hacia nuestra nación.

En confirmación de esto, voy a citar el telegrama siguiente que los bolcheviques publicaron:

Copia de un telegrama dirigido desde Londres por el general Disino al jefe del Estado Mayor del cuartel general:

«La llamada crisis rusa, que está pasando, mostró muy a las claras los verdaderos sentimientos de los ingleses con respecto a Rusia. El recelo reina por todas partes. Los ingleses han dicho sin eufemismos que no vale la pena cuidarse de Rusia, que el ejército ruso es in-

capaz de nada, que Rusia hace traición a sus promesas. Han aparecido varias publicaciones expresándose así. La situación aquí es muy difícil. He visto al coronel Repington y le he manifestado a él y a otras personas del Ministerio de la Guerra, que nuestros conflictos, nuestros desórdenes, aunque dañosos para la causa común, habían hecho menos daño que la inactividad inglesa de estos dos años. Hablando en general, no se debía hacer mucho caso de los ingleses; sólo así se decidirían a ser más atentos con nosotros. A nosotros nos perjudica el ser tan corteses con sus representantes en Rusia. Los ingleses están muy lejos de tratarnos de la misma manera. Estoy en buenas relaciones con ellos y sé que me estiman, pero comprendemos en todo su valor la gravedad de la crisis por que atraviesa Rusia. Es necesario que nuestros agentes de aquí se muestren más altivos. Es imposible confiar para nada en Inglaterra. Es buena con nosotros cuando todo marcha bien en Rusia; pero cuando algo anda torcido, no hay que contar con su ayuda, por cuya razón no vale la pena guardarles muchas consideraciones. Precisamente en estos momentos, nuestra actuación diplomática debía basarse en una plena conciencia de nuestra dignidad nacional.—*Disino*, Estado Mayor.»

Por otra parte, estamos de hecho en guerra con el gobierno de los soviets. Se demostró hasta la saciedad que no era cierto, en absoluto, que el gobierno de los soviets fuese sostenido y apoyado por Alemania. Existen infi-

nidad de pruebas que ponen de manifiesto que el gobierno de los soviets hizo cuanto estaba en sus manos para venir a un acuerdo con los aliados; que Lenín y Trotsky hicieron, antes de firmar la paz de Brest-Litovsk, toda clase de esfuerzos para llegar a una alianza con la Gran Bretaña, y que ofrecieron además continuar la lucha contra Alemania. Ningún documento referente a estos intentos ha llegado a conocimiento del público inglés; pero al presente, la mayoría de ellos están en condiciones de ser leídos por aquél. Espero que en breve serán publicados, pues cuanta más luz se haga sobre este asunto, más fácil será desembrollar el enmarañado problema ruso.

Dado el estado actual de cosas, no hay razón que impida que la Rusia de los soviets se entienda con Alemania si las potencias de la Entente lo consienten. A Rusia le toca ganar en todos los sentidos, y no pierde nada entendiéndose con Alemania y utilizando los ingenieros y los técnicos de esta nación para desenvolver los inmensos recursos naturales que posee. El único intento hasta ahora de establecer relaciones entre los dos países tuvo lugar a principios de este año, en que una diputación rusa se presentó en Berlín con tal propósito. No dió ningún resultado; quizá el gobierno alemán carecía de la fuerza o le faltaba valor para acceder a aquella demanda: pero el

peligro subsiste enfrente nuestro y podemos encontrarnos el mejor día con una gran alianza militar entre Alemania y Rusia; y así como antes de la guerra nos infundía temor la frase «Hamburgo-Berlín-Bagdad», acaso vivamos bastante para temer esta otra: «Hamburgo-Moscú-Vladivostock». Hay además un peligro militar manifiesto. El ejército rojo aumenta de día en día en fuerza, en recursos técnicos, en eficiencia militar. En prueba de ello, no tenéis sino que preguntárselo al general Yudenitch, a Koltchak, a Denikin.

Un ejemplo ilustrará lo que digo:

Hace unas semanas apareció en *Investia* la carta siguiente, dirigida por oficiales rusos de uno de los ejércitos rojos del Sur a los oficiales de los ejércitos blancos.

La firman con sus nombres, apellidos y los grados que tenían en el antiguo ejército, unos 177 oficiales. Es un documento valioso, pues muestra el efecto de esta lucha inacabable sobre los espíritus militares, y la moderación de tono que en él se advierte es digna de tenerse en cuenta.

«Compañeros oficiales: Os dirigimos esta carta con la intención de evitar un inútil derramamiento de sangre. Sabemos con toda certeza que el ejército del general Denikin será aplastado como lo ha sido el de Koltchak y el de tantos otros que han intentado esclavizar a

un pueblo trabajador de muchos millones de hombres. Sabemos igualmente que la justicia y la verdad están al lado del ejército rojo, y que sólo seguís en las filas del ejército blanco por ignorancia de lo que es la República de los soviets y el ejército rojo, o debido a que teméis por vuestra suerte cuando llegue la victoria definitiva. Creemos que nuestro primer deber es contaros la verdad con respecto a nuestra situación en el ejército rojo. Antes que nada os aseguramos que a ningún oficial del ejército blanco que se pase a nuestro campo se le fusila. Tal es la orden del Consejo supremo revolucionario de la guerra.

Si venís con el único deseo de aliviar los sufrimientos de la población trabajadora, de disminuir el derramamiento de sangre, nadie os tocará el pelo de la ropa. A los oficiales que manifiestan el deseo de servir lealmente en el ejército rojo, se les recibe con respeto y afabilidad extrema. Nosotros no tuvimos que someternos a ninguna clase de ultraje y de humillación. Por dondequiera se atiende a nuestras necesidades. Un absoluto respeto para la labor de los especialistas en cualquier actividad es la base fundamental de la conducta de este Gobierno y de sus representantes oficiales en el ejército rojo. Completamente diferente a lo que ocurría en la antigua milicia, aquí no se os pregunta «¿quiénes son vuestros padres?», sino sólo una cosa: «¿sois leales?» Un oficial leal, que es instruído y que trabaja, avanza rápidamente en su carrera; se le recibe dondequiera con respeto, cortesía y cariño. Ha sido introducida entre las tropas una disciplina ejemplar.

Desde el punto de vista material, no podemos estar mejor tratados. En la gran mayoría de los casos, trabajamos en estrecha unión con los comisarios, y en caso de surgir algún desacuerdo, los representantes más altos del poder de los soviets toman rápidamente las medidas necesarias para terminar con las querellas. En una palabra, cuanto más tiempo llevamos al servicio del ejército rojo, más nos convencemos de que el servicio no es una carga para nosotros. Muchos hemos entrado en él para ganarnos la vida; pero según pasaba el tiempo, nos hemos ido convenciendo de la posibilidad de servir leal y conscientemente en dicho ejército. Entre nosotros, la palabra «compañero» indica relaciones de cordialidad y respeto mutuo. Por eso os damos este nombre al comienzo de esta carta. Sin que con ello pretendamos exigiros toméis decisión alguna, os rogamos consideréis lo aquí propuesto, y tengáis en cuenta, en vuestra conducta futura, las anteriores palabras. Para terminar: nosotros nos felicitamos de que al cumplir con nuestras obligaciones, no somos lacayos de ningún Gobierno extranjero. No servimos al imperialismo alemán ni a ese otro imperialismo anglo-franco-americano. Hacemos lo que la conciencia nos dicta en interés de millones y millones de trabajadores, a los cuales pertenece la gran mayoría de los oficiales».

Quisiera recomendar a las gentes que andan tratando de comprender lo que tienen delante los ojos, leyesen la historia de la Revolución francesa, e imaginaran lo que puede ocurrir si

el espíritu revolucionario que inspira el ejército rojo se convierte en espíritu militar y surge de la Rusia actual un Napoleón ruso.

Volvimos al tren, donde comimos, a eso de las tres y media, y a las siete menos cuarto partimos para Moscú, donde llegamos a las once y media de la noche.

Estando en Tula me encontré con Peters, uno de los que formaron parte de la Comisión extraordinaria para suprimir la contrarrevolución en Petrogrado. Es un carácter reposado, tranquilo, apacible, lo contrario de como se le pinta. Ahora reside en Tula.

CAPÍTULO VI

LA INDUSTRIA

Martes 17 de Octubre.

Por la tarde fuimos a ver a Vinokurof, Comisario de Asistencia social. Su departamento entiende en aquellas materias que comprende nuestro Ministerio de Pensiones. También interviene en las pensiones e indemnizaciones para obreros. Si un obrero se incapacita totalmente para el trabajo, se le indemniza a expensas de la localidad donde trabaja; si temporalmente, continúa recibiendo su salario. El número de pensiones para soldados es grande. Está pendiente de firma un decreto por el cual las víctimas de la gran guerra tendrán los mismos derechos que los soldados del ejército rojo.

A las dos de la tarde, fuimos a la Exposición industrial que ha organizado el Consejo Supremo de Economía pública. Las manufacturas se hallaban agrupadas con arreglo a las diferentes clases de profesiones o alianzas

profesionales, como se las llama. Se trataba con esta exposición de mostrar algunos productos de las diversas industrias que comienzan a desarrollarse en Rusia; se veían allí objetos de lino, seda, cristal, cuero, aparatos eléctricos, de navegación aérea, etc. Debe recordarse que Rusia está en comunicación directa con el Turquestán, y las posibilidades de la producción de algodón en el Turquestán son grandísimas.

Por la noche fuimos al renombrado teatro de Arte, donde vi una obra de Máximo Gorky en la que se retrataba la vida típica de los aldeanos. Lo que más me chocó fué el carácter notablemente «bourgeois» del auditorio, pues muchas señoras llevaban en realidad trajes de *soirée*. A fin de evitar todo ruido inoportuno, no se permitía la entrada en la sala durante la representación.

Miércoles 8 de Octubre.

Empleé algún tiempo durante la mañana en poner en limpio las notas recogidas en las interviús que había celebrado con varios funcionarios y las que hube de sacar de los documentos por mí recibidos, y a las doce me dirigí al Hotel Nacional, que ahora se le llama Casa Primera del Soviet; allí encontré a R. Está R. al frente de una escuela dedicada a la enseñanza de los trabajadores de los soviets.

Esta escuela lleva unos tres o cuatro meses funcionando. Ha sido instalada en el hermoso edificio que perteneció al Club de los comerciantes de Moscú. En ella reciben instrucción unos 700 alumnos que aprenden a actuar como trabajadores de los soviets de provincias. Los cursos duran unos cuatro meses. Los alumnos son seleccionados por los soviets locales, y en su mayoría, proceden del campo. En la escuela aprenden la teoría, y para las prácticas se les lleva a los departamentos. Se les enseña a actuar como secretarios de los soviets locales y de jefes de las secciones encargadas de los asuntos relacionados con la tierra, la instrucción pública, los ferrocarriles, etc. Además, a la escuela asisten otros 600 estudiantes, que reciben enseñanza sobre materias políticas. Esta última enseñanza tiene por objeto la educación política de la clase media de aldeanos; pretende, por medio de ella, el Poder ejecutivo central atraer insensiblemente al socialismo, a la gran masa campesina, que por su número y posición en Rusia constituye un factor político fundamental. El trabajo se halla dividido en secciones, que corresponden al número de Comisarías, y cada alumno entra en la sección correspondiente a la labor que desea realizar en la provincia de donde él procede. Se trata de una enseñanza intensiva. Ahí van algunas nociones de las materias que com-

prende. El curso de agricultura comprende el problema de la tierra, la cooperación en agricultura y ganadería; la sección de transportes entiende en ferrocarriles, construcción y conservación de los caminos, administración de ferrocarriles y explotación de los mismos. La sección de abastecimientos comprende el régimen de la carta de racionamiento, la política de subsistencias de los soviets, la organización de los aprovisionamientos en relación con la nacionalización de la producción; la participación de los trabajadores en la producción, las existencias de trigo y el estudio de los transportes para distribuir las subsistencias. Imagínese por un momento el lector el efecto que ha de producir esta escuela en el país; ella envía cada tres meses, a través de la nación, estos organizadores del régimen sovietista, organizadores que lo invaden todo, imbuídos de las ideas comunistas y prestos a laborar por el socialismo, a cuyos ideales tratarán de convertir a la clase campesina.

Después telefoneé al capitán Sadoul, que vino en seguida; conversamos durante dos horas sobre la situación actual de Rusia. Sandoul es francés; ha sido abogado; estuvo agregado a la Misión francesa en Rusia, y fué en cierta ocasión *chef de Cabinet* con Albert Thomas. Fué uno de los hombres que gastaron en vano más tiempo y esfuerzos para conseguir

una paz entre Rusia y los aliados, antes de la firma de Brest-Litovsk. Me dió copias de las cartas cruzadas entre él y Albert Thomas.

Por lo que pude ver en dichas cartas, no es cierto que el Gobierno bolchevique fuese progermano. A Sadoul, en premio de su labor en favor de los intereses de su patria, se le ha formado en Francia, no ha mucho, *in absentia*, un consejo de guerra, el cual le condenó a la última pena. El esfuerzo del capitán Sadoul no fué sino uno más entre los muchos que se hicieron por numerosos individuos en el tiempo que media entre la Revolución y la firma del tratado de Brest-Litovsk.

Por otra parte, la actuación política de los aliados no está enteramente mal descrita con estas palabras, que, según creo, se publicaron en un periódico reaccionario de Londres: «Haríamos mejor la paz con Alemania que con un gobierno socialista».

La correspondencia completa cruzada entre el gobierno de los soviets y los representantes británicos, franceses y americanos, en la que se contiene la cadena de las negociaciones realizadas hasta llegar a la ruptura, fué publicada por el gobierno bolchevique, el cual al hacerlo, obró de acuerdo con los principios generales que profesa de abolir la diplomacia secreta y publicar todos los documentos relacionados con el antiguo régimen y dicha

diplomacia. Tal publicación constituye, creo yo, un interesante episodio que contribuye a poner ante el público la verdadera historia de la Revolución rusa y la parte que en ella tomaron los aliados.

En Moscú hay un edificio al que por falta de mejor título, llamaré «Museo de las reliquias de la diplomacia secreta». En él se encuentra reunido cuanto contenían los archivos de las distintas Embajadas y los Ministerios del gobierno zarista. Es fácil entresacar de allí una colección de documentos tan variada como de excepcional interés que comprenda desde los tratados secretos hasta la correspondencia Willy-Niky (1), juntamente con las cartas y despachos cruzados entre los aliados y Rusia hasta la ruptura de las relaciones diplomáticas, etc., etc. Todos estos documentos constituirán más tarde una lectura que arrojará viva luz sobre la historia presente, y serán de incalculable valor cuando el tiempo permita que se les coordene y reproduzca

P. me acompañó a mi casa aquella noche y sostuvimos una larga conversación, entre otros asuntos, sobre el problema judío.

Creo firmemente que este problema es uno de los más importantes. Existe en Inglaterra un equívoco al asociar a los judíos con el bol-

(1) El Kaiser y el Zar.

chevismo, y es conveniente publicar una franca exposición de todos los hechos relativos a este asunto. ¿Cómo se originó el bolchevismo? Los detalles internos quizá no se conozcan jamás del todo: pero sí es cierto que el bolchevismo formó parte de un gran plan concebido por ciertos caballeros cuyos intereses no pueden ser calificados ni de muy progermanos, ni de muy pro-británicos.

La historia interior de las relaciones entre los judíos y la Revolución rusa está muy lejos de ser conocida por ninguna persona de la parte de fuera.

Sabemos que Lenín se trasladó de Suiza a Rusia sin ser molestado y que Trotsky fué conducido desde una prisión británica de Halifax (Canadá) a Petrogrado, y que otros jefes bolcheviques llegaron a Rusia con la ayuda de los gobiernos inglés y americano.

Qué instrucciones llevaban, no lo sabemos, pero una vez en Petrogrado procedieron por su propia cuenta, emprendieron su camino, el camino que conduce a través de la Revolución al presente régimen burocrático. El autor de estas líneas ha oído decir que los grandes banqueros, que en un principio alentaron la Revolución —una Revolución «limitada»— están haciendo ahora grandes esfuerzos para detener su desarrollo.

Ataques absurdos han sido lanzados contra

los judíos a través de todo el mundo y durante largos siglos. Ataques basados en prejuicios religiosos, rivalidades y otras causas. Los judíos de Rusia no están ahora sujetos de ningún modo a las persecuciones del pasado, y acaso debido a la gran parte que tomaron en el primer impulso del movimiento bolchevique, un crecido número de ellos pertenece hoy a la clase gobernante. Actualmente, en el gabinete, sólo hay uno: Trotsky. Comparad ésto con el número de judíos, o de origen judío, que hay en el gobierno británico. Estos hechos, juntos con el viejo prejuicio antisemita, los emplean las fuerzas antibolcheviques para fomentar un «odio» que de ningún modo toleraría un pueblo cristiano. Conseguí el original de un documento que fué distribuído por las fuerzas del general Denikin en las ciudades de Kozlof, Tambof, Yeletf y de cuya autenticidad no me cabe duda de ninguna clase. Traducido, dice así:

«¡Aldeanos!: armaos y levantaos contra el enemigo común de nuestra tierra rusa, contra el judío, el bolchevique y los comunistas; echad abajo ese poder del demonio.

»Un gran ejército de cosacos y de voluntarios marcha sobre Moscú y pronto, pronto respiraremos desahogadamente y nos veremos libertados de las manos del diablo que nos sometieron a la esclavitud, destruyeron nuestra religión, nuestras iglesias, atormenta-

ron a nuestros sacerdotes, a los ancianos y a los nniños y lazaron a nuestra patria al hambre y a la miseria.

»A las armas en nombre de Dios.

»Paerzca el poder del diablo que reside en las almes delos comunistas judíos.

General Mamonter.»

(Juntamente con él firman los aldeanos y ciudadanos rebeldes de aquellas ciudades.)
Septiembre, 1919.

He aquí a lo que ayuda con su dinero el contribuyente británico. Si los periódicos que emplean la absurda retórica contra el *pueblo escogido* se dieran cuenta de los efectos que causan, la fuerza de la propaganda la dedicarían a producir mejores resultados. Como saben bien las personas que están al tanto de las cosas judías, existe en el mundo judío una división entre internacionalistas y nacionalistas, entre aquellos que sólo se preocupan de su religión y aquellos que se consideran como una raza con sentimientos y aspiraciones de nacionalidad.

Rusia no es en esto una excepción, y por lo tanto, hallamos en ella a los judíos divididos entre judíos comunistas y sionistas o nacionalistas. Existe no pequeña enemistad entre estas dos ramas. Los sionistas son naturalmente contrarios a los bolcheviques, y los miembros del Comité sionista han sido dete-

nidos recientemente por un motivo insignificante, hecho que no es muy conocido. Desde el punto de vista de la lengua, los judíos comunistas utilizan el Yiddish, entre tanto que los sionistas se muestran ansiosos de emplear el hebreo. Los comunistas acaban de ser favorecidos en su causa, pues no ha mucho ha sido prohibida por el gobierno la enseñanza oficial en hebreo. En adelante la enseñanza en esta lengua, sólo podrá ser dada en las escuelas privadas.

Creo que no cabe duda que el progreso y desarrollo del movimiento sionista modificará profundamente la constitución del gobierno de los soviets. Debilitará su fuerza y minará su desenvolvimiento. Creo también que muchos judíos que ocupan ahora altos cargos en el régimen comunista se inclinan en su fuero interno hacia al sionismo.

Esto es un ejemplo que muestra el efecto del sionismo sobre la política de Rusia; pero hay otros aspectos más amplios, desde donde deberíamos considerar la relación que existe entre el sionismo y el término del desasosiego mundial.

Ante todo está la cuestión racial. Cuando una raza dotada de gran inteligencia vive esparcida sobre toda la tierra, sin hogar fijo, sin otros intereses que los de la banca, y sin contacto directo con el suelo, ¿no ha de

contribuir a la intranquilidad, no ha de ser causa de inquietudes sin fin? Cuando se tiene el padre en Berlín, el tío en Viena, el sobrino en París y el primo en Nueva York, y todos ellos, quizá, ocupando altas posiciones en la Banca, ¿qué otra cosa puede esperarse sino intrigas internacionales? Careciendo de un centro fijo de orientación, sus obras tienen que ser por fuerza de un carácter más destructivo que constructivo.

El aspecto etnográfico es no menos importante. Si la cuestión de Palestina y los problemas de los países asociados de Siria y Armenia se resuelven, quedará a salvo la integridad de Mesopotamia. Sin aquellos Estados límites, se eternizarán en la frontera de Mesopotamia análogos conflictos a los del Afghanistan y otros países fronterizos de la India.

Es difícil discutir un asunto tan delicado como el problema judío sin correr el peligro de que le clasifiquen a uno entre aquellos que emplean la retórica antisemita. Personalmente, el autor de estas líneas es pro-judío y pro-sionista, y al escribirlas espera contribuir en algún modo a que el público se percate de la importancia de la cuestión judía en su relación con la paz mundial.

Jueves 9 de Octubre

Dispusimos las cosas para visitar hoy la

estación de energía eléctrica, situada a unas sesenta verstas de Moscú, en la población de Bogorotsk. Litvinof me llamó a las nueve de la mañana, y después de recoger el resto de los excursionistas en el Kremlin (creo que formaban la expedición unos cinco automóviles), partimos. Tuvimos la mala suerte de que se nos rompiera un neumático por el camino; el freno se salió y sólo la destreza del chofer pudo evitar un grave percance. Mientras nos hallábamos parados para reponer la avería, pasó un artel (1), dedicado a la corta de árboles; lo componía un grupo de aldeanos que se habían asociado para explotar la madera de un bosque de los alrededores.

La estación de Bogorotsk provee a Moscú de fuerza eléctrica. Es una estación de unos 60 millones de kilovatios, con una corriente de 70.000 voltios. Funciona por medio del carbón de turba, y en las cercanías de la fábrica se verifican en gran escala los trabajos para cortar ésta. Recorrimos los alrededores; entre nosotros se hallaba Krassin, antiguamente uno de los directores de la Casa Siemens Schuckert y ahora la mano derecha de Rikoff. Creo que Krassin es en realidad el hombre

---

(1) *Artel*, palabra rusa; asociación de trabajadores para emprender un trabajo colectivo y repartirse los beneficios. *(N. del T.)*

más poderoso que actúa en Rusia detrás de la escena; es hombre de grandes planes de reconstrucción industrial. Otros de los presentes eran Trotsky, Rikoff, L. y Rutger; este es un ingeniero alemán que hacía muchos meses que estaba en Rusia.

En la vecindad de la fábrica se veía cierto número de casas de campo de un aspecto agradable destinadas a los empleados. El lugar era tan apacible, en el centro de un bosque de pinos, que le hacía a uno pensar que no había nada mejor en esta vida que tener una ocupación en aquella fábrica con un hogar confortable, lejos de los afanes de este mundo.

Se nos sirvió el almuerzo en la casa del jefe de la fábrica. Luego de almorzar nos dirigimos a inspeccionar los campos de preparación del carbón de turba. Montados en una pequeña locomotora, los atravesamos de un extremo a otro. La turba la extraen por medio de una bomba eléctrica de succión y luego la extienden sobre la superficie del suelo; tiene la apariencia de lodo. Se la deja secar y, una vez seca, se la corta en pedazos triangulares. El empleo de la turba puede adquirir en Rusia grandes proporciones, especialmente en aquellas regiones donde haya escasez de carbón. Desde luego, dedicada a fines especiales es un combustible excelente.

El comité de trabajadores de esta fábrica,

lo forman cinco individuos, dos nombrados por los obreros, dos por los técnicos y uno que es el representante local del Consejo de Economía Pública. Se verá que los trabajadores están en minoría, como en efecto lo están en todas las fábricas que funcionan en Rusia. Se ha puesto de manifiesto que no es posible hacer marchar una industria sobre bases puramente electorales; otros factores han de tenerse en cuenta. Esto es un ejemplo típico de las muchas concesiones que fué preciso ir haciendo y que modifican las aspiraciones puramente comunistas de los comienzos. De este modo se va evolutivamente reaccionando hacia una situación muy parecida en el fondo a la que persiguen en nuestro país los consejos Whitley. La constitución del Comité director que acabamos de descubrir tiene algún parecido con un *trade beard.*

Soy un firme creyente en el método de los Consejos Whtiley y considero este interesante desenvolvimiento que se verifica en Rusia como una valiosa muestra de que es posible una situación de estabilidad y de que no existe el temor de un deslizamiento progresivo hacia la anarquía y la disolución. Los industriales de la Gran Bretaña y de los países aliados que se imaginan poder seguir manteniendo ideas anticuadas sobre la organización de la industria y rechazan la introducción de principios demo-

cráticos, recojan esta advertencia; están patinando sobre una capa de hielo muy delgada, y el más pequeño incidente puede traer consigo el hundimiento a nuestra estructura social.

Rycoff, el comisario de Economía pública, me enseñó la siguiente lista, que iba a ser enviada a América, con destino a los comerciantes americanos. Las casas americanas de exportación no tardarán en apreciar los horizontes que se les abren con el abastecimiento de Rusia, y si la industria británica toma también su buena parte en esto, no habrá en el Reino Unido, en mucho tiempo, crisis de trabajo.

He aquí la lista:

1.000.000 de pares de botas.
500.000 de vestidos.
5.000.000 de toneladas de jabón.
10.000.000 de toneladas de grasa para usos domésticos.
2.000.000 de toneladas de conservas.
6.000 toneladas de clavos.
5.000.000 de toneladas de carbón.
2.000 formones.
14.000 martillos pequeños.
100.000 cortafríos.
300.000 limas.
400 toneladas de máquinas cortadoras acero
15.000 barrenas.
200 toneladas de estaño.
1.000 toneladas de plomo.

Además de esto, inmensas provisiones de aceites lubricantes, máquinas de vapor y eléctricas para ferrocarriles, etc., mil clases de instrumentos; en fin, toda aquella maquinaria que requiere la civilización moderna.

También me dieron detalles de las cantidades de materias primas, tales como algodón, lino, etc., que Rusia se halla dispuesta a exportar inmediatamente.

Además, dado el actual estado de Rusia, se presenta la perspectiva de contratas de obras importantísimas. Tengo una copia de la concesión que fué propuesta a una casa neutral para la construcción de una vía férrea desde Obi a Kolta, que atravesaría países riquísimos. Todos los que estudian las cuestiones económicas de Rusia conocen las perspectivas sin límites que ofrece en este aspecto el oriente ruso. Nada hay de nuevo en esto, pero lo que sí es nuevo y significativo es que sean los mismos funcionarios de la República de los soviets quienes lo hagan valer.

Mientras dure la guerra, la principal ocupación de Rykoff consistirá, naturalmente, en proveer al ejército; es una especie de ministro de Municiones.

Volvimos a la tarde a Moscú; tuvimos que detenernos dos veces por el camino a causa de los pinchazos en los neumáticos; felizmente, sin embargo, a las dos llegamos a la capital.

Los periódicos de hoy dan detalles de las detenciones llevadas a cabo durante el mes de Septiembre en Moscú, por faltas a la ley que prohibe la especulación. Durante dicho mes habían sido detenidas 1.700 personas: 763 hombres y 332 mujeres. Cuando estos individuos fueron conducidos ante los Tribunales se vió que de ellos 110 eran desertores del ejército, y once, criminales escapados de las cárceles. Unos 480, fueron sentenciados a reclusión en los campos de concentración; 240, a penas pequeñas; estaba pendiente de resolución el castigo de 90; el resto había sido absuelto.

Viernes, 10 de Octubre

Comencé a pensar en volverme a Inglaterra y en el mejor medio de efectuar el viaje con la mayor rapidez y el mínimum de peligro, pues no deseaba ser detenido a la mitad del camino, ya que llevaba conmigo valiosos documentos. Llegó a mi conocimiento que iba a celebrarse en Dorpart una conferencia, entre los Estados Bálticos y el gobierno de los soviets, y alguien me indicó que el mejor plan para mí sería acompañar a los delegados de los soviets y cruzar con ellos la frontera. Pero aún no se había recibido contestación de los Estados Bálticos, sobre la fecha de la conferencia y, como se verá después, ésta fué apla-

zada debido al ataque simulado sobre Petrogrado.

Por la tarde fuí a las oficinas centrales de la Asociación de Trabajadores de Moscú y sostuve una conversación de una hora con Melnichansky, secretario del Consejo de las Alianzas profesionales. El domicilio social del Consejo de las Alianzas profesionales está instalado en el antiguo palacio donde se celebraban, bajo el régimen zarista, las grandes reuniones de la nobleza. El edificio es muy grande y hay en él un gran *hall* central en forma oblonga, que es uno de los mayores de Rusia. A los lados de este *hall*, una hilera de columnas de mármol blanco soporta elegante cornisamento; detrás de estas columnas hay dos anchos pasillos y sobre ellos corre una galería. La disposición de las luces era brillante. No es difícil imaginarse la resplandeciente concurrencia de cortesanos y nobles, cargados de oro y diamantes, que en los tiempos zaristas llenaba el local. Este ofrece ahora un aspecto más bien de suciedad y abandono, pues fué destinado durante la guerra a talleres para la fabricación de uniformes. En los tiempos pasados, las peredes de las largas galerías se hallaban cubiertas de armaduras y otros símbolos de la nobleza. Ahora habían sido reemplazados por escudos, modelados en yeso, con los emblemas de la República y de

las distintas asociaciones de oficio o sindicatos obreros, y donde antes, según me informaron, aparecían dos bustos de unos zares, se ven los de Carlos Marx y Nicolás Lenín. El contraste entre el pasado y el presente, merece unos minutos de reflexión: tan cargado está de significación cuanto veo, y de tal modo viene a ser símbolo de lo acaecido. Melnichansky me explicó que, debido a que hasta el período de la Revolución la organización de los sindicatos obreros casi se hizo notar por su ausencia, había sido tarea más fácil reconstruir el mundo del trabajo. Fué, por lo tanto, posible agrupar a los trabajadores por industrias, en vez de por oficios, con lo que quedan eliminados una porción de sindicatos de secciones, como los que se encuentran en Inglaterra y todas partes, los cuales son un obstáculo no pequeño a la evolución social de la industria. Hay, al presente, treinta principales alianzas profesionales; son las siguientes:

Industrias químicas.
Obreros de las ciudades.
Servidumbre de baños.
Obreros de las fábricas de guerra.
Obreros en madera.
Servicio doméstico.
Obreros ferroviarios.
Obreros en papel.
Obreros en cuero.

Obreros de la sanidad.
Artes.
Obreros en metal.
Alimentación.
Artes gráficas.
Agricultura.
Correos y Telégrafos.
Peluqueros.
Cristalería y porcelana.
Repartidores de víveres.
Instituciones bancarias.
Construcción.
Tabaco.
Textiles.
Transportes.
Finanzas e impuestos.
Instituciones de industrias generales.
Vestido.
Fotografía.
Farmacéuticos.
Transportes fluviales.
Educación.

Las une un organismo central: el Consejo de las Alianzas profesionales de toda la Rusia. Se hallan también organizadas por localidades, por provincias, y mediante Consejos nacionales. La coordinación, en todo lo que a las condiciones del trabajo respecta, culmina en la Comisaría del Trabajo, que se ocupa en el registro y distribución del trabajo a través

de Rusia, en fijar las horas de trabajo, su duración, etc., de modo que dicha Comisaría viene a asumir, combinándolas las funciones de Bolsa del Trabajo y de inspección de fábricas. Ha sido publicado un código, con las leyes dictadas sobre esta materia. La coordinación en todo aquello que a la Industria y a la Producción se refiere, está a cargo del Consejo Supremo de Economía Pública. Lo dicho significa que cada género de industria forma un gran Trust del Estado, que contribuye al desarrollo de la economía y de la producción intensiva. Es interesante lo que sucede ahora con las huelgas. Mientras en Inglaterra los amarillos son considerados traidores, en Rusia, bajo el régimen de los soviets, lo son aquellos individuos que tratan de ir a la huelga.

Muchas veces, el año pasado, en la Cámara de los Comunes, indiqué la conveniencia de enviar a Rusia una comisión, compuesta de representantes de todos los partidos, para que estudiase la situación de aquel país. No es necesario decir que encontré gran oposición en el Gobierno, que mostró no tener ningún deseo de que se nombrase tal comisión. Por eso me alegró mucho que el lunes 12 de Noviembre, suscitase el mismo asunto Arturo Henderson. Es una lástima que dicha comisión no haya sido nombrada, pues el gobierno bolchevique la hubiera recibido muy bien.

Habría esta comisión dado a sus opiniones una autoridad y peso que no pueden tener las de los periodistas y políticos que proceden en este asunto por su cuenta, y habría contribuído en no pequeña parte a aliviar el desasosiego e inquietud que reinan al presente, y que guardan estrecha relación con el problema ruso.

El mundo occidental tiene mucho que aprender de estos experimentos sociales.

Estuve desde las ocho de la noche hasta las once en el Ministerio de Estado, copiando a máquina ciertos documentos.

CAPITULO VII

LA RELIGIÓN Y LAS MUJERES

Domingo 12 de Octubre.

Pasé este día visitando los teatros para niños. Se me había dicho que en Moscú hay 13 teatros abiertos los domingos, dedicados especialmente a los niños. Las obras que en ellos se representan varían: dramáticas, instructivas, humorísticas, etc. Fuí a tres de dichos teatros, pues quería comprobar que no se trataba de una exageración ni de una mentira. Estaban atestados de un auditorio juvenil y entusiasta, y no pude por menos de preguntarme, al ver a tanto pequeñito gozar con aquella nueva experiencia que les conducía a tal plenitud de vida, si era en realidad necesario que sufrieran las terribles calamidades que el próximo invierno les depararía, debido al bloqueo de los aliados.

Después de la acostumbrada comida de la tarde fuímos a la renombrada iglesia de San Basilio, situada a las mismas puertas del Krem-

lin. Es una obra extraordinaria de arquitectura. Se dice que el arquitecto fué muerto por el Zar cuando la terminó. A mí apenas me choca. Aparece al que la contempla como un conglomerado de minaretes, torres y cúpulas todos diferentes de forma y color. Tiene, con todo, su atractivo. Están pintados con los colores del arco iris, y ofrecen las formas más variadas. Algunos adoptan figuras de pináculos, otros se retuercen en espiral, etc., etc. El efecto general es fantástico. El interior es como un sepulcro, algo como una serie de bóvedas. Cuando entramos se celebraba una misa, y la iglesia estaba abarrotada de gente. Yo creía, después de lo que había leído tan a menudo, que las iglesias de Rusia habían sido destruídas. Pero una vez más los detalles reales, visibles de la vida nacional, contrastaban tan fuertemente con mis nociones preconcebidas, que se operaba en mí una reacción mental favorable a la República de los soviets.

Los revolucionarios rusos han repetido la historia al romper con la Iglesia. El calendario de la Rusia ortodoxa ha sido reemplazado por el de la Europa occidental.

Denikin ha definido su posición restaurando el calendario ortodoxo en las regiones que ha reconquistado.

El clero está dividido; la mayoría de las altas dignidades eclesiásticas puede considerár-

sela como afecta a los partidos reaccionarios. Pero existe un número suficiente de sacerdotes que han hecho la distinción entre lo que es burocracia—maquinaria oficial eclesiástica—y lo que es religión, y han aceptado la separación de la Iglesia y el Estado, como lo testimonia el siguiente escrito, que apareció en la Prensa en 17 de Octubre de 1919:

«El 13 de Septiembre, varios representantes del clero y del Metropolitano de Petrogrado visitaron al Presidente del Soviet de esta capital, compañero Zinovief, y le entregaron una carta del Metropolitano, en la que se trataba de ciertos rumores que circulaban sobre unas detenciones que se decía iban a llevarse a efecto entre el clero de Petrogrado. Las líneas siguientes son un extracto de la carta:

»El clero de Petrogrado obedece y acata el decreto sobre la separación de la Iglesia y el Estado. Nosotros sólo nos limitamos a cumplir nuestros deberes religiosos, a los cuales dedicamos nuestra vida. La Religión en la República federal socialista de los soviets no está perseguida. Nosotros, que practicamos nuestra misión en la capital, lo sabemos. El decreto sobre la separación de la Iglesia y el Estado no autoriza a nadie a perseguir a los creyentes por sus creencias. En Petrogrado, el centro de los soviets, siempre los decretos se han cumplido más o menos perfectamente. La buena fe de las autoridades civiles en su política con respecto a la Iglesia, ha hecho nacer entre el clero un sentimiento sincero y leal ha-

cia aquéllas, y estamos seguros de que todos esos rumores, que producen el desasosiego natural entre los creyentes, serán desmentidos por la más alta autoridad—el Comité Ejecutivo—; pues sólo esto aseguraría la continuación de las amistosas relaciones entre las autoridades civiles y la Iglesia, relaciones que siempre hemos aceptado con un sentimiento de satisfacción.

»Además los representantes declaran oficialmente a Zinovief que el clero de Petrogrado condena resueltamente el apoyo dado por algunos individuos del clero a los «blancos», y el Metropolitano ha decidido privar a tales individuos de sus derechos. En su respuesta, el compañero Zinovief aseguró a la Comisión que no se pensaba en realizar ninguna detención entre el clero, y que abrigaba la esperanza de que éste se adheriría estrictamente al decreto relativo a la separación de la Iglesia y del Estado».

El verdadero revolucionario es un racionalista, y los jefes de la revolución rusa consideran ahora, como antes lo hicieron los jefes revolucionarios de otros países, los sentimientos religiosos del hombre de tipo corriente cual una superstición despreciable.

Los revolucionarios rusos están en camino de conocer uno de los hechos más sólidamente demostrados de la historia humana; que el cerebro del término medio de los mortales no es lo bastante firme y seguro para permitirles

vivir sin alguna sanción moral procedente del exterior.

Según observé varias veces, el cochero que me conduce se santigua siempre que pasa ante una iglesia; los hombres y las mujeres abandonan el mercado o las tiendas durante unos momentos para ir a rezar en la capilla próxima.

Las iglesias rusas, renombradas por su número y las pinturas que contienen, permanecen todavía intactas, desde las grandes catedrales de San Isaac y del Salvador, de Moscú, hasta la más pequeña ermita.

No han sido abolidos los iconos; se ven por doquiera, en las casas de aldea, en las fábricas, en el coche salón del tren especial de Trotsky.

Lunes 13 de Octubre.

No había llegado aún ninguna noticia relativa a la proyectada conferencia de la paz que en Dorpat debía celebrarse entre los Estados bálticos y el Gobierno de los soviets, y yo comenzaba a sentir temores de no poder volver a Helsingfors con tiempo para coger el vapor que tiene su salida para Hull el 23 de Octubre.

Paraba en mi casa una comisión de la Cruz Roja letona que acababa de llegar a Moscú. Se componía de tres delegados: el alcalde de Libau y dos miembros de la Dieta letona. Pronto vine en conocimiento de que no se trataba

de una comisión de la Cruz Roja, sino de una delegación secreta de Livonia encargada de discutir la paz, y los brazaletes que ostentaban los justificaba únicamente el hecho de que aquellos caballeros, al igual que otros, habían echado sobre sí la tarea de traer la paz a este mundo.

Había quedado en que visitaría hoy a los prisioneros británicos y me dirigí por la tarde al edificio donde están instalados. Se les trata con mucha consideración. Viven en una casa grande veinticinco de ellos, todos juntos y en compañía de unos franceses, también prisioneros. En general gozan de salud y parecen contentos con su suerte, al menos con aquel contento compatible con la pérdida de la libertad. Me dijeron que no tenían queja ninguna del trato que les daban. Recibían las mismas raciones de pan moreno, etc., que los civiles. Algunos no habían tenido carta de Inglaterra desde hacía doce meses. Sus vestidos aparecían deterioradísimos, lo cual me hace creer que las provisiones que se les envió el pasado invierno fueron detenidas en Finlandia a causa de los absurdos obstáculos que se han puesto a las comunicaciones con Rusia. Les prometí hacer cuanto de mí dependiera, como miembro del Parlamento, para acelerar la conclusión de las negociaciones que se están llevando a efecto para el canje de los prisione-

ros. Si esto no lo lograba, creía que me sería posible conseguir que se les enviase, antes del invierno, ropa de abrigo, botas, víveres, tabaco, cigarrillos, etc., etc. Los prisioneros que no proceden de las tropas de voluntarios gozan de completa libertad en Moscú, pero tienen que recluirse en sus cuarteles antes de las diez de la noche, pues la ciudad se halla bajo la ley marcial. No están obligados a trabajar, pero la mayoría se dedican a un trabajo manual para pasar el tiempo y distraer el espíritu, y reciben por su labor de 75 a 100 rublos al día. Les ha sido ofrecido el ingreso en las asociaciones obreras y el uso de las cartas de alimentación y de vestido en las mismas condiciones que la población civil.

Después de esta visita fuí al Departamento de Estado y me detuve allí desde las ocho y y media de la noche hasta las once.

Pregunté si me autorizarían a llevar conmigo a Inglaterra correspondencia de los soldados prisioneros, dirigida a sus parientes y amigos. Se me concedió el permiso; fueron dadas las órdenes al efecto, y pude traer a Inglaterra unos cientos de cartas que entregué, sin haberse extraviado ninguna, a los parientes y amigos de los prisioneros. De la impresión que saqué de su lectura—creí conveniente revisarlas antes de partir—, todos, sin excepción, parecían tan contentos como podía esperarse.

Las cartas de los prisioneros navales traen detalles que arrojan mucha luz sobre el atrevido raid de Kronstadt y sobre lo que le ocurrió al teniente Bremmer. Me indigna que estos valientes oficiales, que no hacen más que cumplir con su deber, estén expuestos a mil peligros y empeñados en operaciones de guerra en las cuales el Almirantazgo no tiene derecho a emplearlos. Es lamentable que haya habido un nuevo aplazamiento en el canje de los prisioneros británicos. Los radiogramas cruzados con motivo de las negociaciones para el canje de los prisioneros, ocupan 28 páginas de gran tamaño; los primeros datan de 24 de Enero de 1919 y culminan, al escribirse este libro, con el despacho que envió Mr. James O'Grady a Copenhague. Tengo la certeza que si se hubiese negociado directamente, la cosa estaría ya resuelta. No sé si los aplazamientos se debieron al temor de que los prisioneros, al volver libres a su hogar, pudieran traer consigo las ideas bolchevistas, o a que el hecho de discutir tal asunto con los bolcheviques equivaldría a tanto como al reconocimiento de la autoridad de los soviets. Los telegramas son difusos y aburridos y con frecuencia caen en personalismos estúpidos. En uno de los telegramas Lord Curzon de Kedleston manifiesta que él deseaba fijar claramente que los señores Lenín y Trotsky

«y otras personas serían directa y personalmente responsables por el trato dado a los prisioneros y a otros súbditos británicos».

La respuesta venía unos días después o quizás unas semanas después, debido a las condiciones atmosféricas, lo cual, como es natural, retrasaba las negociaciones.

«La repetición de tales amenazas, dirigidas personalmente al gobierno de Rusia, caracteriza la mentalidad de sus autores y le obligará al gobierno de los soviets a pensar si en realidad puede emprender ninguna clase de negociaciones con el actual gobierno británico, aun en asuntos como el del canje de los prisioneros.»

CAPÍTULO VIII

LAS CONDICIONES DE LA PAZ

Martes 14 de Octubre

Me encontré con que se me ofrecía la ocasión de dejar la Rusia de los soviets en compañía de la llamada Comisión de la Cruz Roja letona; así que no tenía mucho tiempo que perder y debía apresurarme a hacer los preparativos de marcha. Pedí prestada una maleta para meter dentro mis documentos y me fuí con ella al departamento de Estado para que revisaran su contenido y la sellaran. Quería evitar que surgieran inconvenientes, por lo que a los documentos se refiere, antes de haber cruzado la frontera.

Tuve una contrariedad, pues más tarde me encontré con que me habían quitado tres documentos. Uno de ellos era una voluminosa publicación titulada «La Distribución de la propiedad»; otro, una lista, cuidadosamente hecha por el Departamento de Estado, de los prisioneros militares y civiles en la Rusia de los

soviets; el tercero, un mapa Bartholemew de Europa, con las nuevas fronteras. A pesar del hecho de que todos estos documentos habían sido aprobados por el Departamento de Estado de los soviets—los dos primeros me los habían dado en el mismo Departamento—los tres fueron retenidos por las autoridades militares bolcheviques.

La posibilidad de la paz con Rusia y las bases sobre las cuales esta paz habría de ser establecida fueron inmediatamente objeto de discusión y las resoluciones cristalizaron en la siguiente declaración:

«Los gobiernos aliados y asociados proponen que cesen las hostilidades en todos los frentes del territorio del antiguo Imperio ruso, (comprendidas en él Estonia, Livonia, Lituania, Finlandia), en una fecha que será fijada con la anticipación suficiente para que llegue a conocimiento de todos los beligerantes; y que ningunas nuevas hostilidades comiencen después de esa fecha y durante una conferencia que se celebrará en un país neutral; tanto la radiotelegrafía como el telégrafo serán puestos a disposición del gobierno de los soviets.

»La duración de armisticio será de dos semanas, sin perjuicio de ampliarla por mutuo acuerdo, y los beligerantes se comprometerán a no emplear el período de armisticio en trasladar tropas y material de guerra al territorio del antiguo imperio ruso. La Conferencia deberá discutir la paz sobre los principios si-

guientes, que no podrán ser alterados en lo esencial:

«1.° Todos los gobiernos que existen *de facto* en el territorio del antiguo imperio ruso (comprendidos en él Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia) continuarán al frente de sus respectivos pueblos, en la misma forma en que se hallasen al firmarse el armisticio y entrar éste en vigor, hasta que los pueblos que dichos gobiernos dirigen decidan por sí mismos de sus destinos. Salvo el caso en que la conferencia acordase modificaciones territoriales.

»El gobierno ruso de los soviets y todos los otros gobiernos establecidos en el territorio del antiguo imperio ruso; los gobiernos aliados y asociados, y los otros gobiernos que están operando en contra del de los soviets, acuerdan no valerse de la fuerza contra los gobiernos existentes *de facto* con el territorio del antiguo Imperio ruso ni contra los otros gobiernos firmantes de este convenio.

»2.° El bloqueo deberá ser levantado y las relaciones comerciales entre la Rusia de los soviets y los países aliados y asociados, restablecidas bajo condiciones que aseguren que las provisiones procedentes de los países aliados y asociados han de ser distribuídas por igual entre todas las clases del pueblo ruso.

»3.° El gobierno de los soviets ruso tendrá derecho a utilizar todos los ferrocarriles y todos los puertos que pertenecían al antiguo Imperio ruso (comprendidas en él Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia), pues le son necesarios para el desembarque y transporte de pasajeros y mercancías. Los detalles para lle-

var a efecto este acuerdo serán ultimados en la Conferencia.

»4.° Los ciudadanos de la República rusa de los soviets tendrán el derecho de entrar libremente en los países aliados y asociados, así como en todas las naciones que se han formado en el territorio del antiguo imperio ruso comprendidas en él (Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia). También tendrán el derecho de vivir en dichos países y viajar por ellos, con tal de que no intervengan en sus asuntos políticos.

»Los ciudadanos de los países aliados y asociados tendrán el derecho de entrar libremente en la República rusa de los soviets, así como también el de vivir en ella, con tal de que no intervengan en la política interior de la República de los soviets. Los gobiernos aliados y asociados, así como los que se han establecido en el territorio del antiguo Imperio ruso (comprendidas en él Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia), tendrán el derecho de enviar representantes oficiales a la República rusa de los soviets, donde gozarán de plena libertad e inmunidad.

»El Gobierno de la Rusia de los soviets tendrá derecho a enviar representantes oficiales a los países aliados y asociados, donde gozarán de plena libertad e inmunidad; y a los Estados no sovietistas que se formaron en el antiguo Imperio ruso.

»5.° El Gobierno de los soviets y los demás gobiernos establecidos en el antiguo Imperio ruso concederán una amnistía general, que comprenderá a todos los rusos de los partidos políticos opuestos, así como a los prisioneros.

»Todos los rusos que hayan luchado en los ejércitos contrarios al gobierno de los soviets, así como aquéllos que hayan combatido a otros gobiernos establecidos en el antiguo territorio del Imperio ruso (comprendidas en él Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia), estarán incluídos en esta amnistía.

»A todos los prisioneros de las potencias no rusas detenidos en Rusia, así como a los súbditos de aquellas potencias, que ahora se encuentran en Rusia, se les dará toda clase de facilidades para su repatriación. Los prisioneros de guerra rusos, en cualquier país en que se encontrasen al igual que todos los súbditos rusos, incluídos los soldados y los oficiales, así como aquéllos que estén al servicio de ejércitos extranjeros, serán también repatriados.

»6.° Inmediatamente después de la firma de este acuerdo, todas las tropas de los gobiernos aliados y asociados y de los otros gobiernos no rusos serán retiradas de Rusia y cesará de prestarse toda ayuda militar a los gobiernos establecidos en el territorio del antiguo Imperio ruso.

»El gobierno de los soviets y los gobiernos antisovietistas establecidos en el antiguo Imperio ruso (comprendidas en él Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia) empezarán a reducir simultáneamente sus ejércitos inmediatamente después de la firma de este acuerdo.

»La Conferencia determinará el método más justo y práctico de inspeccionar esta desmovilización simultánea, como también la retirada de las tropas y el cese de la ayuda militar a los gobiernos antisovietistas.

»7.° Los gobiernos aliados y asociados, to-

mando nota del informe del gobierno de Rusia, en su Nota de 4 de Febrero respecto a las deudas extranjeras, proponen como parte integrante de este acuerdo que el gobierno de los soviets y los otros gobiernos establecidos en el antiguo Imperio ruso (comprendidas en él Estonia, Livonia, Lituania y Finlandia) reconozcan las obligaciones financieras que el antiguo Imperio ruso contrajo con los Estados extranjeros, etc. Los detalles para el pago de estas deudas serán acordados en la Conferencia, teniendo en consideración la actual situación financiera de Rusia.»

(Debe recordarse que la deuda rusa suma unos 568 millones, cantidad no despreciable en estos tiempos de economía nacional.—C. M.)

NOTA.—La declaración de 4 de Febrero de 1919, a que se refiere la cláusula anterior, es el siguiente:

1.° El Gobierno ruso de los soviets no se niega a reconocer las obligaciones financieras, ya sean sus acreedores Estados o individuos pertenecientes a las potencias de la Entente; los detalles para cumplir con este punto serán objeto de un acuerdo especial, como resultado de las propuestas negociaciones.

2.° En vista de la situación difícil por que en el orden financiero atraviesa Rusia, el gobierno de los soviets propone pagar en primeras materias, que serán determinadas en el acuerdo indicado.

3.° En vista del gran interés que siempre ha mostrado el capital extranjero por la explotación de las riquezas naturales de Rusia, el gobierno de la Rusia de los soviets está dispuesto a acordar concesiones de minas, bosques, etc., a los ciudadanos de las potencias de la Entente, bajo condiciones que serán cuidadosamente determinadas, a fin de que el orden social y económico de la Rusia de los soviets no sufra lo más mínimo por el régimen interno de dichas concesiones.

4.° El Gobierno de la Rusia de los soviets negociará con las potencias de la Entente sobre el asunto de las cesiones territoriales.

»8.° El gobierno de la Rusia de los soviets acoge y acepta estas bases, con tal de que se tomen en consideración antes del 15 de Noviembre de 1919. El gobierno de los soviets está deseando contar con una garantía semioficial de los gobiernos americanos y británicos de que harán cuanto esté de su parte para que Francia se adhiera a las condiciones del armisticio.

»El gobierno de los soviets espera que no será necesario transmitir esta propuesta (con las modificaciones que el caso requiera) a las potencias centrales.»

Después de llenar otras formalidades, despedirme de Litvinof, de Chicherin y otros, y de poner en orden mis bártulos, me hallé listo para la marcha, que fué a las once de la noche.

Litvinof nos envió su *auto*, en el que apenas cabíamos, pues los letones eran gente corpulenta. Llovía. En la estación nos encontramos con que habían puesto para nosotros un coche especial. Era un coche pequeño que contenía un departamento con dos literas y un salón. Hubo que ver cómo nos acomodábamos. Éramos, por un lado, tres extranjeros, que nos dirigíamos a nuestros países: Rutgers el alemán, L. y yo; por otro, la Comisión letona, compuesta de tres individuos. Además, nos acompañaban, de escolta, dos soldados bolcheviques. Creo que el alemán L. y yo acerta-

mos al escoger el salón. Aunque teníamos que pasar las noches en un sofá y en tres sillas, por el día gozábamos, en cambio, de mayores comodidades.

Poco antes de partir se cruzaron palabras un poco fuertes entre L. y P. que había venido a despedirnos. Las motivó el haber sido retiradas del equipaje sellado de L.—unas cartas de judíos americanos residentes en Moscú—otra vez la cuestión judía. Los lectores avisados comprenderán de qué se trata.

Salimos de Moscú a las once y cuarto de la noche. Los días siguientes fueron quizá los más desagradables de todo el viaje. No llegamos a Veniki Luki hasta las ocho de la noche del día siguiente.

CAPÍTULO IX

DE REGRESO

Miércoles 15 de Octubre.

El tren era relativamente cómodo. Disponíamos de cierta cantidad de pan moreno y de queso, y nos fué fácil conseguir en varias estaciones la acostumbrada provisión de agua caliente. Había una joven para atender al servicio del coche salón. Debo añadir, para uso del lector malicioso, que era fea y desgarbada. Nos dijo desde el principio que su deber era hacer la limpieza del coche y no servir a la Comisaría. Sin embargo, por lo que pude observar, su trabajo tenía un poco, muy poco, de ésto, y apenas nada de aquéllo.

Llegamos a Ryejitsa a las siete de la mañana del

Jueves 16 de Octubre.

Quedé sorprendido al recibir por la mañana

un telegrama de Moscú. Estaba dirigido al *compañero Malone.*

Coche núm. 2.

Tren leton.

y había sido expedido a media noche del 15. Decía así:

«En sus notas se dice que el primer esfuerzo en pro de la paz fué la labor realizada en colabaración con Bullitt. En realidad, por nuestra parte, ya se habían hecho intentos en tal sentido; la serie de ofrecimientos de paz a la Entente comienzan en Agosto de 1918. El sexto Congreso de los Soviets, de Noviembre de 1918, adoptó la resolución de ofrecer la paz a la Entente, y de acuerdo con esta resolución procedimos nosotros. Una relación completa de los ofrecimientos se contiene en nuestra llamada de 17 de Julio de 1919, a las organizaciones de trabajadores de Francia, Inglaterra e Italia. Este manifiesto se le entregó a usted cuando me visitó la primera vez.

»Un número del periódico *The Times* nos hace, entre otros cargos, el de que en la prensa sovietista se discuten los medios de tortura que deben ser empleados como más eficaces. Le ruego declare en Inglaterra que esto es falso en absoluto. Denikin, con objeto de deshonrarnos, hace imprimir periódicos como si estuvieran impresos en Moscú; el caso presente es un ejemplo de ello.

Chicherin».

Debido, según creo, a alguna confusión habida en las órdenes dadas a las autoridades militares, y también a la oficiosidad de algún jefe local, sufrimos una detención de veinticuatro horas; aprovechamos la ocasión para distender nuestras piernas. Rutgers, L., F. y yo recorrimos la población. Luego fuimos a un restorán, donde hicimos por la primera vez, al cabo de cierto tiempo, una comida caliente.

Esta población, relativamente próxima a la frontera, presentaba un aspecto normal. Sus comercios estaban abiertos y hasta cierto punto bien abastecidos con productos de la región. Anduvimos por sus calles sin ser molestados y, al parecer, inadvertidos.

A la noche tuvimos la suerte de encontrarnos con que salía un tren para la frontera; no lo supimos hasta el mismo momento de partir, así que experimentamos gran contento a eso de las diez y media, cuando sentimos el topetazo de la máquina al ser enganchada a nuestro vagón.

Viernes 17 de Octubre.

El tren llegó cerca de la frontera en las primeras horas de la mañana. A las seis y media nos despertaron y recomendaron estuviésemos preparados. Dejamos el tren a las siete; esperaban por nosotros tres carricoches y una escolta de caballería. Nos hallábamos casi en la

misma frontera, así que nos despedimos de los guardas. En la penumbra gris y fría del crepúsculo matutino abandonábamos la República de los soviets.

¡Qué extraños sentimientos los nuestros; qué extrañas impresiones!

La carretera corría paralela, a una distancia de media milla o cosa así, a la línea férrea, volada por dos sitios y que iba a ser repasada en breve. La mayor parte de la carretera se abría paso a través de un espeso bosque de pinos; era de reciente construcción. Un cuarto vehículo trató de juntársenos. Supongo pertenecía a algún agricultor de las cercanías que creyó que, con el crepúsculo, le sería más fácil encontrar ocasión de cruzar la frontera. Fué, sin embargo, descubierto por nuestra escolta, que le obligó a apartarse de nosotros. En el punto en que la carretera entraba en la zona neutral, había como una docena de soldados ocupados en levantar las alambradas que obstruían el paso. Nos sorprendió grandemente ver a uno de ellos dirigirse a nosotros y romper a hablar de corrido en inglés; según nos dijo, lo había aprendido en una prisión alemana, donde estuvo dos o tres años durante la gran guerra. No fuímos sometidos a ningún examen, como se nos había anticipado. Tuvimos por un momento el temor de que nos quitasen lo que llevábamos en los bol-

sillos, que no había sido sellado. Felizmente no ocurrió así. El largo brazo de Lenin alcanzaba a este remoto extremo de la frontera. Nos dejó la escolta y entramos en la zona neutral, que tiene una anchura de unas seis verstas. Y dejamos atrás el tubo de ensayo de uno de los experimentos sociales más grandes que se hayan realizado en el mundo. Los letones habían atado una gran bandera blanca a un palo y L. sacó una bandera americana por si las circunstancias lo requerían. Nada anormal nos ocurrió. La zona neutral no guardaba ningún parecido con la del frente occidental. No había allí ni los agujeros hechos en la tierra por las balas de cañón. Creo que oí uno o dos tiros de fusil, pero fueron disparados por casualidad, por diversión, más bien que con intenciones belicosas.

En realidad no existe enemistad entre los letones y los rusos. Los aldeanos, todos aquellos con que nos cruzamos en la zona neutral, se hallaban entregados por completo a sus labores agrícolas, que, al parecer realizaban, sin ser molestados en lo más mínimo.

En ciertos lugares de la zona neutral, la carretera había sido destruida, pero en cada sitio de éstos, se construyó después un pequeño camino que bordeaba el terreno hundido: este camino presentaba señales de ser objeto de un continuo tráfico.

Después de seis verstas de marcha aparecieron algunas siluetas sobre la cima de una colina y nos hallamos ante tres soldados letones. El número se duplicó en seguida. Habíamos acordado no seguir con los coches más adelante, por lo cual bajamos los equipajes y emprendimos la marcha a pie—una distancia de un par de verstas—, con dirección a una casa de aldea que debía ser el puesto de un jefe militar subalterno. Nuestros amigos los letones y este oficial entablaron una animada conversación sobre la situación de Livonia, en general, y la de Riga, en particular. También leyeron en voz alta los últimos periódicos. La conversación derivó hacia el problema judío, hasta que se dieron cuenta de la presencia de L.

El jefe telefoneó nuestra llegada a alguna autoridad superior y a las once vino una locomotora con un vagón abierto. La línea del tren estaba próxima. Subimos a aquél incómodo vagón y fuimos llevados a la primera estación, en la cual había un tren dispuesto a salir. Desde el vagón abierto nos trasladamos a otro cerrado destinado a transportar ganado—nos pareció el colmo de la comodidad—.

Creo que íbamos unas treinta y siete personas; el calor que despedían los cuerpos nos compensó de la falta de calefacción.

La mayoría de los viajeros eran gente esca-

pada de Rusia. Entre ellos venía la mujer del ministro de Comunicaciones de Livonia. Espero que haya informado a su esposo de nuestro viaje en los ferrocarriles de su país. Nos acompañó hasta Riga.

Llegamos a Kriesberg a la una y media de la madrugada; es un lugar relativamente civilizado. Se advierte en este lado de la frontera la existencia de más víveres, pero también una lamentable escasez de material móvil ferroviario. Nos acomodamos con nuestros bagajes en un coche de la ambulancia que había en un rincón de la estación. A nuestros amigos los letones los esperaban varias personas ansiosas de saludarles y por razones que son de suponer, no juzgamos conveniente se diera mucha publicidad a nuestra visita. Acampaban en los alrededores cierto número de tropas medio alemanas del Landswehr, y teniendo en cuenta el avance de Von der Goltz, era de temerlo todo de ellas.

A las seis de la tarde, partimos para Shtokmanshof, donde llegamos a las siete y media. Nuestros compañeros los letones celebraron largas conferencias con el jefe militar letón. El obstáculo mayor que se nos presentaba era que la ciudad de Riga estaba siendo bombardeada por Von der Goltz; ciertos informes llegaban a afirmar que la ciudad se había rendido. De un modo u otro no habría comunica-

ción por ferrocarril, y si era verdad que el gobierno se había retirado hacia el norte, tendríamos que emplear probablemente otros dos días, dando un rodeo vía Marienburg y Walk. Había buffet en la estación, el cual se llenaba durante la noche con cincuenta o sesenta soldados, pero donde se podía adquirir té y café a precios exorbitantes. También oímos que era hacedero ir por tren hasta unas 18 millas de la ciudad y verificar el resto del viaje en coche o a caballo. Al fin nos decidimos por ésto, aunque el tiempo era demasiado malo para viajar en tal forma. El desorden y la desorganización reinaban por doquier; nadie mandaba y nadie obedecía. No dejaba yo de pensar cuán diferente era todo esto del orden burocrático de la Rusia de los soviets.

Según supe, sólo había unas diez locomotoras en toda Livonia. Así nos vimos obligados a pasar la noche en una pequeña sala de espera contigua a las oficinas del jefe de estación. Hacía frío; llovía, y a la mañana comenzó a nevar. El jefe de estación, sentado en su pupitre, en una pequeña oficina, no cesó durante toda la noche de escribir. Desde luego no debió de estar haciendo una relación de los trenes que pasaban, pues no pasaba ninguno; acaso escribiría un informe sobre el número de preguntas que gentes idiotas le dirigieran.

Sábado 18 de Octubre.

Alrededor de las ocho de la mañana desayunamos con algunos víveres en conserva que traíamos, residuos de pan moreno de Moscú, y café que conseguimos en el *buffet*. Se entabló una larga discusión entre algunos militares letones y la Comisión; resultaba difícil saber si llegaríamos o no a Riga. Algunos insistían en que el Gobierno había evacuado la ciudad y se retiraba al Norte, y debíamos, para ir a aquella población, dar un rodeo vía Walk.

A las nueve llegó un tren a la estación, compuesto de vagones de ganado. Nos adueñamos de un vagón, y logramos, poniéndonos a la puerta, gesticulando y diciendo que éramos una Comisión especial, que quedara para nosotros solos. A las diez salió el tren de la estación, y después de dejar nuestro vagón junto con otros cuatro en una vía lateral y a media milla de distancia de donde había partido, volvióse al sitio primero. Todo esto nos pareció idiota; ahora nos veíamos obligados a bajarnos a toda prisa, a cargar con nuestros pesados equipajes y a caminar sobre la nieve, espesa, en busca de la otra mitad del tren, a la que estaba enganchada la máquina.

Así lo hicimos, y apenas hubimos montado de nuevo, cuando la locomotora nos deja otra

vez y se dirige a la otra parte. Corrimos tras de ella; por fin logramos acomodarnos definitivamente los tres miembros de la Comisión letona, Rutges, L. y yo; dos soldados letones que nos acompañaban de escolta y algunos individuos con trazas de vagabundos que iban hacia Riga. El tren salió a las diez y media. Pasamos mucho frío durante el viaje.

A las cuatro llegamos a una población o más bien a una aldea situada a unas 14 verstas al Este de Riga. Nos dijeron que el tren no seguía más adelante debido a que la línea por la parte de las riberas del Dwina, caía bajo la observación de las tropas de Von der Goltz y del ejército blanco, que dominaban la orilla Sur. Sin embargo, por mediación del terrible F. que habló por teléfono con las autoridades militares de Riga, conseguimos que la locomotora y nuestro vagón hicieran las 14 verstas restantes. Me alegré mucho de esto, porque me evitaba una larga jornada por la nieve en carricoche abierto, dado el caso que lo encontráramos para alquilar. No fuimos tiroteados por el camino. La línea férrea mostraba las huellas de la gran guerra; casi todos los puentes eran nuevos, construídos provisionalmente de madera al lado de los antiguos de hierro que habían sido volados. A un lado y a otro de la vía se veían los agujeros causados en la tierra por las balas de cañón; se veían

también restos de alambradas, trincheras y otros símbolos de intensa lucha. Ha leído uno tantas veces aquellos breves comunicados titulados: «¡El frente del Dwina», frente que recorría yo ahora por primera vez! ¡Qué terribles combates no habría habido por aquellos alrededores!

No se permitió a nuestro tren llegar hasta la misma estación de Riga (probablemente se hallaba dicha estación bajo el fuego del enemigo); pero pasamos a dos verstas de distancia. Anduvimos a pie por la vía hasta el primer paso a nivel, y subimos a dos carricoches que a la sazón pasaban por allí. A pesar de las protestas de unos viejos aldeanos que venían dentro cargados de productos para el mercado. Cuando llegamos a la ciudad pudimos disponer de otro medio más civilizado; del vulgar *izvoshtchik*. Nos dirigimos a las oficinas de información de las autoridades militares letonas. Fuimos examinados por dos oficiales jóvenes, que no se preocuparon gran cosa de nuestros equipajes, lo digo con alegría. Yo, por lo que hubiera podido ocurrir, había fundido los sellos bolcheviques de mi maleta e impreso en su lugar la efigie del rey Jorge, con un medio penique de cuño reciente. Como dije más arriba, nuestro equipaje había sido sellado para impedir que fuera examinado dentro de la Rusia de los soviets una vez que dejáramos a

Moscú. Informamos a los oficiales letones de que estábamos *en route* para nuestros respectivos países, Inglaterra, América y Holanda. Nos dieron pases para circular por la ciudad, que se hallaba, naturalmente, bajo la ley marcial. Los pases sólo nos valían por veinticuatro horas. Nos dejó la escolta letona y nos despedimos de la Comisión. Preguntamos en las oficinas de información por el mejor hotel. Nos indicaron el de Roma, situado cerca de las riberas del Dwina y frente por frente de donde se hallaban las fuerzas alemanas, lo cual, según me dijeron, era una garantía de seguridad, pues las balas pasaban sobre el edificio. Tal manera de razonar me pareció absurda. Sin embargo, aceptamos el consejo; nos encaminamos al hotel, pero tomamos la precaución de pedir tres habitaciones situadas lo más lejanas posible de la fachada principal. Hicimos, al cabo de muchas semanas, comida de gentes civilizadas; después nos bañamos y nos fuimos a acostar. Sin embargo, todavía no nos era permitido gozar de nuestro bien ganado descanso, pues a media noche comenzó el bombardeo. Se sentía un gran ruido en el hotel y bastante pánico entre el sexo femenino; la mayoría de las gentes se dirigían escaleras abajo. L. se hallaba dormido, así que no le molestamos; pero Rutgers y yo bajamos a ver lo que ocurría. Como el ruido, y creo que el

peligro, apenas si eran mayores que los de un buen raid aéreo de Londres, decidimos no perder la ocasión de pasar una noche de reposo en la cama.

Domingo 19 de Octubre

Nos levantamos a las ocho y media de la mañana. Sabíamos ahora de fijo que no salía de Riga ningún barco.

Rutgers y L. que habían pensado en un principio dirigirse a Holanda y Copenhague por Alemania, desistieron de su idea y decidieron acompañarme a Reval. Me alegré mucho de esto. Como era de esperar, cuando se viaja en las condiciones que yo lo hice y se pasa por semejantes peripecias por las que yo pasé, se entablan relaciones y se adquieren amistades bastante íntimas. Nuestro primer cuidado fué buscar un representante responsable del gobierno estoniano para conseguir un permiso que nos autorizase a cruzar las fronteras de Livonia y Estonia. Tomamos a las diez un *izvoshtchik* tirado por un mal caballejo. Lo primero de todo, nos dirigimos a telégrafos y enviamos telegramas a nuestros respectivos países, con noticias de nuestro estado, para aquellas personas a quienes interesaba nuestra vuelta. Estos telegramas tardaron en llegar dos o tres días a su destino. Supimos que el Cónsul de Estonia había aban-

donado la ciudad y fijado su residencia en Wenden, que dista unos 100 kilómetros de Riga. Nos era manifiestamente imposible ir a Wenden para que fueran revisados nuestros pasaportes y volver luego a Riga a coger el tren. En vista de esto decidimos entrevistarnos con la misión militar estoniana. Se nos dijo que tenía su residencia en la estación del Kaiser Hof. El guía del *izvoshtchik* nos llevó por unos caminos que él creyó conducían a la estación, situada a tres millas de la ciudad. Se equivocó y tuvimos que dar la vuelta y recorrer otras dos millas hasta otra estación, donde, en un tren blindado se hallaba instalada dicha misión. Una de las causas de tantas equivocaciones se debía a que los nombres estaban siendo objeto a cada paso de mil cambios. Por ejemplo, en Riga los nombres de las calles y de los pueblos de la región eran originariamente rusos. Cuando vinieron los alemanes los nombres se convirtieron en alemanes. Ahora, bajo el gobierno letón, los rótulos de las calles, aparecen escritos en dialecto letón. Todo esto es causa de mil confusiones. Aquí nos encontramos con que la misión militar letona había trasladado sus oficinas a la ciudad. Por fin, casi en la puerta inmediata a la del consulado que habíamos dejado tres horas antes, dimos con las ansiadas oficinas. No nos querían visar los pasaportes sin ser

respaldados antes por la misión militar británica. Temí más contratiempos, pues no traía conmigo la documentación necesaria y sólo podía exhibir mi pasaporte visado por los bolcheviques. Pero me determiné a arreglar las cosas por medio de discretas razones y nos encaminamos a la misión militar británica; a la puerta, nos enteramos de que las horas de oficina eran de diez a doce, y ya había dado la una. Sin embargo, no nos detuvo tal inconveniente. Subimos y me ví con el Mayor. Le expliqué mi situación y la de mis dos compañeros de viaje. Con gran amabilidad respaldó nuestros pasaportes y además nos dió víveres para los dos días que duraba el viaje a Reval. Volvimos a las oficinas estonianas, mostramos nuestros pasaportes respaldados, el capitán los visó (un oficial joven), y henos ya preparados para partir. Contábamos con el tiempo preciso para coger el tren a las tres. Discutimos un rato si tendríamos o no tiempo para comer, pero me opuse a esto; la moción fué desechada por dos votos contra uno. Pagamos la cuenta en el hotel de Roma. Durante nuestra ausencia de la mañana, F. (1) había preguntado por nosotros y dejado una nota urgente en la que me rogaba fuese a verle, así que, camino de la estación, nos detuvimos en

(1) De la comisión letona. *(N. del T.)*

su cuarto. Nos mostró las ruinas de su casa que había sido destruída en su mitad por una bala alemana la noche antes de su llegada; su mujer se había salvado milagrosamente. Le dije que contábamos con el tiempo justo para ir a la estación, a donde nos acompañó. El tren partía de la estación de mercancías, pues la otra se hallaba bajo el fuego alemán. F., durante nuestra separación de la noche última había estado en relación con algunas autoridades —sin olvidarse de aquellas personas que actúan en la sombra—y podía darme un resumen de la situación tanto política como militar. Esta ciudad parece ser uno de los focos de intrigas de la Europa Oriental. Se podría llenar un libro que daría al público la clave de las anomalías aparentes de nuestra acción política en Rusia con aludir meramente a la influencia de los varones bálticos, a las concomitancias de Von der Goltz con los jóvenes turcos, a los convenios secretos y declaraciones públicas hechas desde París a Von der Goltz, y a la actuación de las autoridades británicas. Me enseñó un periódico de la mañana que, lo confieso, me dejó admirado. Contenía dos declaraciones: la primera de Von der Goltz al almirante británico en la que aquél preguntaba al jefe naval inglés por qué se había atrevido a romper el fuego, y le amenazaba con informarle de lo ocurrido al

almirante Koltchak. La segunda era una contestación del almirante británico que decía que únicamente había abierto el fuego sobre Von der Goltz a causa de que una bala perdida había caído cerca de su barco: una escena en verdad maravillosa.

En la estación tomamos billete para Walk. El tren era algo mejor que los anteriores. Dimos con dos coches que habían servido en otros tiempos de coches-camas de segunda clase. Nos apropiamos de un departamento y valiéndonos de gestos bruscos conseguimos que no entrase nadie en él; pero más tarde, el número de viajeros, que llenaba materialmente el pasillo, nos obligó a dejar el paso franco. Después de un adios muy cordial a F., partimos a las cuatro de la tarde.

Por el camino entró en nuestro coche un soldado ruso, un joven de unos veintitrés años con una pierna sola. Había caído prisionero de los alemanes en el primer año de guerra: había estado en el hospital y luego en los campos de prisioneros, hasta que recientemente le pusieron en libertad a los trece meses de firmado el armisticio. No tenía idea de dónde podría hallarse su familia, si estaba o no ésta en la Rusia de los soviets; si vivían o habían muerto todos los suyos. No sabía a qué autoridad dirigirse, no se le ofrecía ninguna perspectiva; carecía de dinero. Le dimos unos

cientos de rublos antes de dejarle. Pienso que este joven es como el símbolo de una raza en cuyo favor nadie al presente se interesa.

Llegamos a Stakeln a la una de la mañana, en donde tuvimos transbordo. Esta estación se la considera como la estación fronteriza entre Letonia y Estonia. Sólo nos detuvimos aquí alrededor de una hora; en el otro tren a que nos trasladamos, ocupamos un departamento de tercera clase, que tenía los asientos de madera propios de estos coches. El transbordo de nuestros equipajes presentaba no pequeñas dificultades. Debía quedar en un tren una persona al cuidado del equipaje; otra, permanecer en el otro, y una tercera encargarse del acarreo.

Felizmente éramos tres. Llegamos a Walk a las seis menos cuarto de la mañana siguiente.

Lunes 20 de Octubre

La población de Walk es uno de los pocos puntos en litigio, entre los gobiernos letón y estoniano, pues cada cual quiere incluirla en su territorio.

Aquí nos fué necesario hacer otro transbordo. Habíamos perdido el enlace con el tren que va a Reval y ya comenzábamos a resignarnos con la idea de una espera de veinticuatro horas, cuando nos informaron de que circulaba un tren de vía estrecha entre Walk y Reval,

vía Ruin y Vekhma. En la fonda de la estación, tomamos un poco de té, que pagamos a un precio exorbitante; luego nos encaminamos al otro tren. La máquina había descarrilado; felizmente este percance sólo retrasó la salida en una hora. El tren era de lo peor. No nos hallábamos de muy buen humor en aquella hora de la mañana. Había sólo un coche de segunda y otro de tercera; el de segunda tenía un departamento cerrado, el cual lo acababan de ocupar dos personas, pero nos introdujimos en él empleando la mágica palabra de «comisión». Creo que causamos alguna sospecha; de un modo u otro, incomodamos a los dos ocupantes y se me figura que éstos, a su vez, para devolvernos la molestia, fueron en busca del jefe militar de la estación y le hicieron que nos pidiera los pasaportes. Felizmente estaban en orden y llevábamos nuestros billetes de ferrocarril; pero los dos viajeros se debieron de quedar no poco sorprendidos al advertir que nuestros documentos llevaban la señal de haber sido visados por los bolcheviques. Pude observar que se mostraron más recelosos aún. Sin embargo, el viaje era largo, y el solomillo y los bizcochos acortaron las distancias que había entre ellos y nosotros.

Partimos de Walk a eso de las ocho. Una pequeña vía de unos dos pies y medio de an-

cho, corre a través de tierras de labranza y pastizales, por entre colinas. Fué un viaje cansadísimo, con muchas paradas, lo menos tres por cada una de las indicadas en la guía. El paisaje no era muy interesante: bosques de pinos y tierras trabajadas, lino, hierba y diversos cultivos. Más tarde entraron en nuestro coche otros viajeros. No había luz en el tren y nuestras velas se habían consumido. Adquirimos a un precio enorme una vela de sebo en una de las estaciones, pero se derritió tan pronto como la encendimos, y sólo reteniendo los restos en una caja de cerillas e improvisando un pávilo con un pedazo de bramante logramos conservar un poco de luz. Nuestros compañeros nos dejaron en Fellin.

Llegamos a Reval una hora después de media noche. No había coches de punto en la estación, pero por fin dimos con un hombre que tiraba de una carretilla, y emprendimos con él un paseo por la población en busca de alojamiento. Todos los hoteles estaban llenos. En el cuarto hotel en que preguntamos, decidimos, sin embargo, tomar una determinación desesperada para que nos diesen posada: esgrimiendo una pistola en forma de un manojo de billetes de banco sobre la cabeza del portero, le ordenamos que nos acomodase en la sala. Aproveché la ocasión, cuando buscábamos alojamiento, de mirar las listas de viaje-

ros de los hoteles, para ver si daba con Arturo Ransome; pero en vano.

Ví una de las veces el nombre del general Disino.

Debían de ser alrededor de las dos, pero parecía haber todavía en el hotel bastante gente en pie. Tres señoras rusas daban gusto a la lengua en su habitación particular. No habíamos llegado demasiado tarde para poder cenar, a precio civilizado, no sensacional. Felizmente, antes de acostarnos habíamos hecho indagaciones sobre el buque. Vine en conocimiento que a las diez de la mañana salía un barco para Helsingfors y decidí tomar pasaje en él. Rutgers y L. temían ser detenidos en Finlandia, y esperaron a poner en orden su documentación en sus respectivos Consulados antes de seguir más adelante; abrigaban la esperanza de embarcar directamente para Estocolmo o quizá para Copenhague. A las nueve me encaminé para el barco. Rutgers y L. me acompañaron al muelle. Me dí cuenta de que no había vencido aún todos los obstáculos, pero cierta cantidad de insinuante persuasión me permitió pasar la Aduana sin abrir la maleta.

El barco salió a las diez en punto; llegamos a Helsingfors a las seis y media. No me dejaban saltar a tierra debido a que no había obtenido un certificado del médico, del cual documen-

to no había oído hablar hasta entonces. Había un médico a bordo, quien me dió un pedazo de papel. Preguntóme si padecía de alguna epidemia y luego me entregó el certificado.

Se presentaron otros obstáculos, especialmente en la Aduana y con motivo del examen de mi equipaje, pero fueron allanados. La impresión del medio penique de S. M. británica sobre el sello bolchevique me ayudó no poco y pude pasar, sin necesidad de abrirla, mi pesada maleta, que encerraba valiosos documentos.

No titubeé en abrir el cabás y mostrar diferentes enseres de mi *toilete*.

Desde Helsingfors ya no es necesario insistir en más detalles; la parte de mi viaje que ofrece interés al lector acaba de ser relatada. Desde Helsingfors a Inglaterra nada anormal se presentó. Fuí por tren hasta Albo y por barco desde Albo a Estocolmo, a través de Suecia hasta Gottemburg; desde aquí por barco a Newcastle. Llegué a King's Cross (Londres) a las nueve treinta y cinco de la noche, el lunes 7 de Octubre.

CAPÍTULO X

CONCLUSIONES

La historia de las negociaciones aliadas con Rusia parece haber sido una cadena de catástrofes y errores. Basta leer los documentos publicados concernientes a la ruptura de relaciones entre los aliados y el Gobierno bolchevique. Pero además parece ser que hubo una culpable falta de previsión; no se supo ver las fuerzas que existían detrás de la revolución. Toda clase de esfuerzos fueron hechos por Lenín y Trotsky para llegar a una paz con los aliados. Estaban dispuestos a negarse a firmar el tratado de Brest-Litovski con Alemania y a continuar luchando al lado de la Entente; pero ésta se negó a reconocerlos. Como ha sido citado más atrás, según un periódico inglés, «es preferible hacer la paz con Alemania que reconocer una república socialista».

Dichas negociaciones fueron llevadas directa e indirectamente por varios caminos. Intervinieron en ellas, principalmente, el coronel

Robins, de la misión americana, y el capitán Sadoul, de la francesa. Puede consultarse la correspondencia cruzada con este motivo. Se emprendieron diversos actos intervencionistas, bajo el pretexto de proteger a Rusia contra la invasión alemana, pero en realidad con el fin de defender los intereses capitalistas. Parece increíble que a tan deleznables excusas para intervenir se les haya dado crédito durante tanto tiempo. Muchas proposiciones de paz fueron hechas también. Resulta que los radiogramas del gobierno de los soviets no han sido nunca publicados por ninguno de los gobiernos que los recibieron. Otras proposiciones de paz son las llamadas vulgarmente proposiciones de Prinkipo (1) el proyecto de Bullitt, y los esfuerzos realizados por el doctor Fridthof Nansen (2). Unas y otras cayeron en el vacío, y ahora nos encontramos con que el pueblo británico paga sus impuestos para sostener a los jefes contrarrevolucionarios y proveerles de armas y toda clase de municiones, y nuestro gobierno mantiene un bloqueo inhumano e ilegal contra el pueblo ruso, bloqueo que en el próximo invierno producirá efectos terribles.

Crueldades.—Los partidarios de uno y otro

(1) Véase el apéndice.
(2) Véase el apéndice.

campo tratan de hacer vibrar los sentimientos de aquel aspecto de la naturaleza humana en que confían hacer más impresión. Me refiero a la propaganda y contrapropaganda relativa a las crueldades. Ningún observador despierto que visite la Rusia de los soviets puede cerrar los ojos ante el aspecto negro, por decirlo así, de las cosas. Y desde luego yo no los cerré. Ha habido muchísimas ejecuciones en Rusia, más de las que desea uno que haya en un país civilizado; pero me veo obligado a recordar que el Gobierno ha tenido que hacer frente a una serie de intentos contrarrevolucionarios desesperados y admirablemente organizados que le forzaron a emplear medidas rigurosas para reprimirlos. Me dijeron que aquellas conspiraciones, manifiestas unas y sordas otras, y en particular el atentado contra la vida de Lenín, levantaron tal indignación entre el pueblo, que de no haberse llevado a efecto ciertas ejemplares ejecuciones, habría indudablemente surgido un período de terror rojo. Es posible que la mayor parte del público no tenga noticia de la declaración hecha por Savinkof en *Le Matin* del 30 de Agosto de 1919, en la que se vanagloria de haber organizado el asesinato de Lenín.

En lo que respecta a las crueldades, tengo la convicción de que los relatos anónimos publicados en los manifiestos y periódicos oficia-

les de los blancos y en la prensa en general, presentan un cuadro falseado de las cosas. Piénsese en la vasta extensión de Rusia, en el estado inculto de algunas de sus vastísimas regiones; no se olviden las cosas extrañas que solían suceder en tiempo de los zares y se comprenderá fácilmente que en un país en plena guerra civil, por fuerza tienen que ocurrir tales hechos en los distritos remotos.

Esto de las crueldades es difícil discutirlo con desapasionamiento. Ningún hombre verdaderamente humano y civilizado puede representarse las escenas de tortura y mutilación sin reaccionar violentamente contra ellas.

Para evitarnos tan desagradables impresiones, no permitimos, no dejamos que detalles semejantes de horror sean impresos en letra de molde, y cuando se les descubre bajo la jurisdicción británica, por remoto que sea el lugar del Imperio donde se han realizado, son borrados con mano fuerte e implacable.

Bajo el régimen zarista el látigo era la última razón del gobierno autocrático. Las lágrimas que corrieron ignoradas, los gritos lanzados en vano, ningún hombre que no haya vivido en el Okrama de la vieja Rusia puede imaginárselos. Sin embargo, nadie acusó a los ingleses que vivían en Rusia antes de la guerra, de alternar con los asesinos y verdugos, debido a que la totalidad del pueblo, a la

fuerza o por voluntad, estaba conforme con el régimen; y la actuación personal de los extranjeros no conducía a nada práctico.

Cuando la revolución echó abajo, primero el viejo régimen y después la templada Duna, el armazón de las leyes y del orden saltó en pedazos. El día de los fanáticos, de los criminales, de los depravados había llegado.

Creo que todo inglés que hubiera presenciado una escena cualquiera de esas en que mujeres y niños de la aristocracia fueron expuestos a la furia y a las pasiones de elementos fanáticos, brutales, de bajos instintos, se hubiese puesto sin titubear, sin pensar en su seguridad personal ni en sus ideas políticas, a defender a los débiles.

Aunque se suelen disculpar estos crímenes diciendo que no son otra cosa que actos de venganza provocados por la opresión que han ejercido esas mismas clases sociales, tales escenas cubren para siempre de oprobio a sus autores, los señalan para siempre como fieras y los colocan al margen de la humanidad.

Respecto a la verdad de las contra-crueldades (counter-atrocities) me limitaré a dar una selección de los informes que el gobierno de los soviets ha mandado hacer para contrapesar las acusaciones de sus enemigos. No garantizo lo que en estos informes se dice: lo

que ellos contengan de verdad se impondrá por sí mismo.

Sólo haré constar que antes de la guerra los cosacos eran, en concepto de los ingleses, un instrumento de opresión.

UNA CARTA DE YELETZ

Los cosacos atacaron esta población a las cuatro de la tarde del 31 de Agosto. Cogidos por sorpresa, una parte de los habitantes, compuesta de comunistas y de gentes de humilde condición, huyó del pueblo; otros buscaron refugio en las mismas casas. No hubo piedad para los que intentaron escapar, pues los cosacos los cazaban uno por uno; los mataban a tiros, sin detenerse a someterles al menor interrogatorio. Durante mucho tiempo después, los alrededores de la población permanecieron sembrados de cadáveres, muchos de ellos cortados en pedazos. Habían sido despojados de su calzado y vestidos, y solamente se les dejó la ropa interior. Aquellos desgraciados que habían logrado huir en el primer momento, fueron cazados luego en las carreteras, en los senderos, en las aldeas. Al mismo tiempo, en la población se llevaba a efecto una busca escrupulosa y cuando los escondidos eran descubiertos, se les fusilaba en el mismo sitio o en las afueras de Yeletz. No so-

lamente se asesinó a comunistas y judíos sino también gentes infelices que no eran ni lo uno ni lo otro. Fueron asesinados por el terrible hecho de no llevar consigo una cruz al cuello, por emplear la palabra «compañero», etc., etcétera. Por ejemplo, el 31 de Agosto, los cosacos entraron en la tienda y taller del zapatero Schneker, en la calle de Uspenskaya y comenzaron a llevarse los géneros. Cuando éste les dijo que no tenían derecho a hacerlo, le dieron de latigazos y le condujeron consigo, junto con otros dos trabajadores judíos. Una semana después la mujer de Schneker encontró en el cementerio judío sus cadáveres mutilados. La caballería de Mamentof completó la obra con verdadera saña. Tan pronto como los cosacos hicieron su aparición en Yeletz, el centro de la población era pasto de las llamas: los mejores edificios, destruídos. Aunque «las charreteras doradas» de Mamantof juran y perjuran que ellos sólo combatieron a los judíos, sin embargo, las propiedades de más valor de la población quedaron arrasadas. Las dos estaciones ferroviarias de Yeletz, quedaron reducidas a cenizas. De no haber sido por algunos oficiales, los cosacos se hubieran llevado hasta la última camisa. Hubo uno o dos casos de violación de hijas de la burguesía rusa.

Cuando los cosacos dejaron a Yeletz y avan-

zaron sobre Voronej, fueron sometidos a los tratos más horribles unos cuarenta trabajadores ferroviarios. Bajo la amenaza de ser inmediatamente fusilados si desobedecían, se les obligó a entrar en el campo de fuego de la artillería enemiga y a reparar la vía.

Estando realizando este trabajo fueron muertos algunos por las granadas. Los trataban como a ganado; no les permitían hablar y los tenían hambrientos. Los cosacos saqueaban a los aldeanos de las aldeas por donde pasaban; quitábanles sus caballos, el pan, los víveres todos. Naturalmente, no les pagaban un cuarto, no obstante de que gran parte de lo que les quitaban era vendido luego en la población.

El primer destacamento de la columna proletaria de Yeletz estaba instalado en el edificio de un antiguo Monasterio; los cosacos rodearon las altas paredes del Monasterio por tres lados. Los comunistas, que tenían consigo dos cañones de artillería montada y tres ametralladoras, después de haberse batido muy bien, se vieron forzados a retirarse de la lucha a eso de las ocho de la noche del 31 de Agosto. Temerosos de entrar, los cosacos bombardearon el edificio, en el que causaron grandes desperfectos. A la mañana siguiente, entraron; entonces comenzó el saqueo. Cuanto podían robar, robaron; pero no hubo asesinatos, porque los sitiados habían escapado. Después que

los cosacos abandonaron Yeletz, y cuando los comunistas ocuparon de nuevo el Monasterio, éstos se encontraron conque los frailes habían tomado parte en los robos y saqueos de la población, y habían convertido la capilla en un almacén de géneros. La capilla estaba atestada de objetos, pertenecientes a los bolcheviques; el altar se hallaba rodeado de colchones de pluma, de montones de carbón, colleras y sillas de montar; se veían sobre la mesa de la comunión pantalones y otras prendas de vestir; en la hornacina de uno de los santos aparecieron cinco sacos de trigo y una saca de manzanas, así como numerosos *samovars*, ropas, etc., etc. Esto es sólo una somera descripción de los horrores más salientes, y forma únicamente una parte insignificante de las barbaridades llevadas a cabo en aquella semana sangrienta.

El mismo día, a las dos de la mañana, algunos cosacos forzaron la casa de la ciudadana Zakein, en la calle del Cementerio, e intentaron abusar de dicha mujer. La Zakein logró que la dejasen bajo la condición de que a las ocho de la mañana del siguiente día les entregaría la suma de 1.000 rublos de Nicolás. Accedieron los cosacos. Ella, a la mañana siguiente trató de huir, pero fué capturada en la calle.

El mismo 31 de Agosto, Zarkina, una mu-

chacha de diez y seis años, la cual había logrado escaparse de la lujuria de la soldadesca, fué separada de su padre en la calle de Staroskolsky. A éste, que se había negado a dar la dirección de los principales jefes comunistas, le golpearon con los látigos hasta dejarle cubierto de sangre, en la esquina que forman las calles de Lergovol y Orlovsky. Luego le permitieron marchar a su casa. Pero al día siguiente, sin embargo, le prendieron por la segunda vez; no se volvió a saber más de él. Una semana más tarde se encontró su cadáver, que sólo pudo ser reconocido por las ropas. En una casa habitada por muchos judíos, situada en el camino que siguieron los cosacos cuando entraron en la población, fueron violadas seis muchachas. En la misma calle, después de devastar la casa del judío Feldran, éste y un hijo suyo de corta edad, fueron hechos prisioneros y no volvieron más. Al cabo de indagaciones sin fin, la mujer de Feldran logró dar con los cadáveres de su marido y su hijo. Pudo reconocerlos solamente por los vestidos.

Según el informe del zapatero Kareva, el lunes 1.° de Septiembre, los cosacos se presentaron en la casa del comunista Zelukovsky, que vivía en Sloboda Argamach, fuera de la población. Habiendo, como primera providencia, dádole una tunda de latigazos, hasta que

perdió el sentido, violaron a su mujer; arrancaron los dientes a una de las hijas más pequeñas, de siete años, y golpearon con los sables a otra de trece. En la casa no quedó nada. El mismo día, lunes, se presentaron los cosacos en la lechería de Rappapogt, y llevándose consigo a las afueras de la población al propietario, le asesinaron. Después de saquear la casa pusieron en la puerta este letrero escrito con lápiz encarnado: «Tenga la amabilidad de no abrir la puerta. Korvnjy Popoff.»

En la tarde del mismo día conducían prisionero al médico judío del *Tuberculosis Sanatorium*, situado cerca de Izmalkoff, y le colgaban en un bosque próximo.

Unos cuantos cosacos alojados en una aldea situada a 55 verstas de esta estación, cogieron una joven aldeana, la violaron y luego la estrangularon.

A la mañana siguiente, los aldeanos, que habían sido movilizados, fueron puestos a levantar las vías del tren. Durante toda la mañana los cosacos se dedicaron a quitarles los caballos; primero les cambiaron los buenos por otros peores; luego les llevaron también éstos, juntamente con los carros.

En la población las orgías y el saqueo de las casas de los judíos y comunistas continuaban. Los judíos, según el informe de sus convecinos fueron robados y maltratados por la

única razón de ser judíos. No se les permitía, además, verificar indagaciones y enterrar a sus muertos; hasta el 8 de Septiembre no pudieron celebrar los entierros. Cincuenta y tres cadáveres de hombres y mujeres recibieron sepultura en el cementerio judío. Entre ellos había los de dos muchachas de diez y siete y diez y nueve años, que antes de ser asesinadas habían sido violadas. Los cadáveres permanecían tirados por doquiera: en los bosques, en los barrancos, en los valles y en los ríos. Los había tan desfigurados, tan mutilados, que hubo que enterrarlos sin ser identificados. Además, unas 200 personas figuran como desaparecidas. Se están haciendo trabajos para dar con sus cuerpos.

El mismo día, lunes 1.° de Septiembre, en un suburbio de Yeletz llamado Bugar, se presentaron seis cosacos en casa del comunista Schamanin, y a la vista de su anciana madre, de sesenta y cinco años de edad, le violaron su hija, de diez y siete. Después de esto, a la mujer de Schamanin y a la de un comunista llamado Lutsovosky se las condujo al carro de un aldeano con el pretexto de someterlas a un interrogatorio. Las llevaron a un bosque y las violaron. Las casas de ambos comunistas fueron saqueadas y destruídas.

El 25 de Septiembre, un destacamento de cosacos entró en la aldea de Sukotinofka, del

Volost, de Vozonetzky; cogieron al comunista Psenichnikof, le fusilaron; redujeron a ruinas su casa; le robaron el trigo y vendieron parte de ello a los aldeanos. La mujer de Psnichnikof se hallaba en el lecho enferma de tifoidea; su hija se volvió loca de los horrores que presenció. Al padre de Psenichnikof le sacaron a la calle, le dieron una mortaja «para su entierro».

El mismo día en que se marcharon los cosacos, asaltaron la casa del judío Zeitlin, en la calle de Staro Oskolsky, le llevaron su hijo de seis años, al cual asesinaron en el cementerio judío. Los cosacos preguntaban a todo el mundo los nombres y dirección de los judíos y comunistas, y aquellas personas que se negaban a darlos eran golpeados con los sables.

La caballería de Mamantoff estuvo en la población unos seis días. Cuando se marchó, reinaba un silencio sepulcral por todas partes. Cuando llegaron las tropas rojas, se leía el contento en todos los rostros, no sólo en los pobres sino también en la burguesía judía, que había tenido que presenciar las crueldades ordenadas por Mamantoff.

En la aldea de Cherkassak, la hermana de un comunista fué violada por todo un destacamento. Muchos de los habitantes fueron apaleados brutalmente. En la población, cerca del río Sosny, se encontraron los cadáveres de tres judíos, después de la marcha de los cosa-

cos. Uno de los cadáveres estaba mutilado. Resultó imposible identificarlos. Los limpiabotas griegos tuvieron que esconderse cuidadosamente mientras los cosacos se hallaban en la población; de otro modo, los hubieran confundido con los judíos.

CARTA DE VORONEZH

«Los habitantes de Voronezh recordarán durante mucho tiempo los días 11 y 12 de Septiembre, en que la población se halló a merced de los cosacos. Lo que aquí ocurrió fué repetición literal de lo que ocurría dondequiera que los cosacos entraban. Durante las breves horas en que ejercieron su poder supremo llevaron a cabo su obra de ruina y destrucción en la mayor escala posible. Saqueos, incendios, devastaciones, asesinatos de judíos; todos estos signos evidentes de la presencia de los cosacos se manifestaron plenamente. Casi todas las tiendas de víveres fueron saqueadas. Los resultados de medio año de incesante trabajo por parte de los organismos locales de subsistencias, quedaron anulados... Con el objeto de producir mayor pánico aún y de facilitar la labor del robo, prendieron fuego a varias tiendas. Los judíos fueron objeto de su particular atención. Cerca de 200 personas fueron robadas. Los cosacos tomaban todo lo que caía

bajo sus manos; no despreciaban ni unos botones de camisa. Las sortijas eran arrancadas de los dedos. Dos familias judías quedaron sin nada materialmente. He aquí lo que se cuenta de una de estas familias: cuando los cosacos lo revolvieron todo y preguntaron por el dinero escondido, se le ocurrió a la dueña de la casa hablar en hebreo a su marido, para decirle donde habíalo puesto. Esta «insolencia» de hablar delante de ellos un idioma que no conocían les «ofendió» grandemente. «No queríamos trataros mal—saquearos y luego irnos—pero... arrimaos a aquella pared...» Y de este modo fueron fusiladas cinco personas, entre ellas niños de corta edad.

KHARKOV Y EKATERINOSLAV BAJO EL PODER DE DENIKIN

Poco antes de la ocupación de Kharkov por los cosacos, Denikin lanzó el siguiente desafío a los proletarios: «Prometo acabar con todos vuestros sordeps (1) y con el resto de la escoria revolucionaria. En vez de judíos y escapados de presidio, ocuparán el Poder gentes enteradas de las asuntos públicos, y restauraré el derecho de la propiedad privada. Si esto no os gusta, venid a combatirme en lucha franca;

(1) Soviets.

pero, sabedlo bien, el general Denikin no es amigo de bromas.»

Tales fueron las promesas del general de la Guardia blanca, y debe ser dicho en honor suyo que durante las semanas de la ocupación el proletariado de Kharkov se dió clara cuenta de que a Denikin no le gustaban las bromas.

La Guardia blanca tomó Kharkov el día 15 de Junio. El general May-Maevsky entró en la población a la cabeza de las tropas blancas. La burguesía le recibió en triunfo, y el brillante cortejo desfiló por las calles al son de las campanas de las iglesias. Al frente iban los curas y funcionarios eclesiásticos, con banderas, fanales e iconos. Detrás de ellos venía una litera, en la que aparecía sentado el «héroe», el mismo general Maevsky, a quien seguían una banda militar y las tropas. Rodeaban al héroe, arrojándole flores, muchas «señoras» vestidas de seda y caballeros en traje de etiqueta. No cesaban de dar vivas. La burguesía no cabía en sí de gozo. (Izvestia de 19 de Julio).

El general sonreía, y al mismo tiempo, no olvidándose de las promesas hechas por Denikin, su amo a los trabajadores, daba las órdenes oportunas para que comenzara una terrible matanza de obreros, judíos e intelectuales. Le tocó primero a parte de la guarnición de Kharkof, que no había podido evacuar a tiempo la población. Estas tropas rojas, rodeadas por

los denikistas, fueron brutalmente asesinadas. Aquellos soldados que no habían tenido tiempo para quitarse las gorras con la estrella roja, eran marcados con hierros candentes por la feroz canalla, después de lo cual les decían que ya podían irse a los rincones más apartados del mundo, que ningún comerciante honrado les daría colocación. Las tropas rojas judías fueron formadas en un grupo especial y entregadas luego a los voluntarios, que las ametrallaron en el mismo sitio. Una vez que terminaron con las tropas rojas, los blancos volvieron su atención hacia los obreros. Para éstos habían constituído cuatro prisiones en el centro de la población, en la plaza de Rosa de Luxemburgo. Los desgraciados eran víctimas de las denuncias de los espías blancos, que invadieron Kharkov unos días antes de que las tropas rojas la abandonaran.

Un premio importante ofreció el comandante de la Guardia blanca por la cabeza de cada trabajador sospechoso de haber estado en relaciones con los comunistas. Las cuatro prisiones resultaron insuficientes, en vista de lo cual los trabajadores fueron ahorcados de los aparatos de la luz. A más de 20 obreros se ejecutó de este modo. Pero lo dicho no fueron sino los primeros episodios del programa de Kharkof. Los asesinatos siguieron en aumento hasta adquirir toda su intensidad el 6 de Julio,

noveno día de la ocupación de la población por los blancos. En este día, los denikistas decidieron hacer una gran ejecución pública. No estaban satisfechos con las ejecuciones que habían tenido efecto los primeros días de su reinado. Habían sido demasiado monótonas, pues estuvieron limitadas a las gentes de las prisiones. Llegado el 6 de Julio, los condenados a muerte, que eran unos 32, fueron divididos en dos grupos; los de un grupo estaban sujetos a sufrir distinto suplicio que los del otro. Quince miembros del Sindicato de trabajadores metalúrgicos de la fábrica de municiones de guerra murieron ahorcados. Los otros diez y siete, entre los cuales figuraban los jefes mencheviques Grossman y Balan, obreros muy considerados en los Sindicatos, fusilados. El vecindario de Kharkof quedó sobrecogido de horror. Después de estas ejecuciones públicas, el terror pareció aplacarse, pero no cesó. La Agencia telegráfica de toda la Rusia, en un telegrama de 19 de Julio, dice: «El terror en Kharkov no ha cesado. Diariamente son arrastradas en masa las gentes. Los prisioneros son llevados no se sabe dónde, y jamás vuelven. El terror blanco, ejercido por Denikin es de tal naturaleza, que familias enteras de trabajadores abandonan sus hogares y huyen a escape de la población.» Esto ocurría alrededor de un mes después de la

ocupación de Kharkov por Denikin. De tal manera castigó el general Denikin al proletariado de Kharkov. La «lucha franca», a la que los trabajadores habían sido invitados, no era otra cosa, en realidad, que una ejecución pública.

Después de Kharkov, Denikin consiguió capturar otro importante centro de la cuenca del Don-Ekaterinoslaf. Esta vez no les hizo ninguna promesa a los obreros; sin embargo, no los trató de diferente modo. Como en Kharkov la Guardia blanca fué aquí recibida con grandes muestras de júbilo, por parte de la burguesía. Los generales de la Guardia blanca entraron en triunfo. Se les cubrió de flores y en su honor se celebraron espléndidos banquetes. Después de banquetear, los alegres generales se sintieron muy generosos y dieron permiso a sus «valientes» tropas para que se divirtiesen a su gusto: las diversiones consistieron en «progromos» de obreros. Los cosacos ebrios y los «Inghushees», que se unieron a las tropas de Denikin con el único propósito de saquear, corrieron por toda la población gritando: «¡A muerte los judíos y los intelectuales!». Con esto comenzaron los fusilamientos en masa. El «progromo» duró un día y una noche. Muchas gentes, que se hallaban enfermas o dormidas eran sacadas de sus camas y fusiladas. En un barrio, en Tchechemorka, se arrestó a mil obreros en una noche. No sólo

hombres sino mujeres y niños eran detenidos. Se les conducía a la plaza de Alejandrovsky. Aquí se les separaba en grupos que iban siendo llevados a las gradas del Monasterio, donde se les fusilaba. Tales arrestos y asesinatos se realizaron también en otros barrios obreros. Cientos de cadáveres sin enterrar aparecían junto al Hospital Alejandrovsky. Un doctor de este hospital fué fusilado por haber dado la orden de que se llevasen los cadáveres al cementerio. Durante los dos o tres primeros días perecieron alrededor de unos trescientos obreros. Entre éstos figuran el comisario de la salud pública, Gurzin; el comisario político, Epatzin; el comandante de regimiento, Trupoff, y un oficial del Departamento especial del ejército N. N. Gulkof. No hubo tampoco merced para los mencheviques ni los socialistas revolucionarios, que anteriormente habían combatido contra el soviet. Por ejemplo, el último presidente de la Duma de la ciudad de Ekaterinoslav, el menchevique Padrewsky no escapó de ser detenido y fusilado.

Estas son las noticias fragmentarias que recibimos de las crueldades cometidas por Denikin en Kharkov y Ekaterinoslav, según nos las refirieron unos refugiados que presenciaron algunos hechos. Pero bastan para dar una idea clara del carácter del ejército blanco de cosacos que opera a las órdenes de Denikin.

NOTAS DE LA POBLACIÓN DE TAMBOF, FECHADA EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1920

(Entregados por la Comisaría del pueblo, de Asuntos extranjeros.)

Cumplimentando la orden del presidente del consejo revolucionario de la guerra, compañero Trotsky, el soviet de Ukrania emite el siguiente informe relativo a las víctimas producidas en la población de Tambof, por el raid llevado a cabo por la caballería del general Mamantoff. Fueron muertas las personas cuyos nombres van a continuación:

Rattman, Lubitz (ambos fusilados), Meijerovitch, Telamel, Rahiv, Schulman, Aaron, Drankina, Fikelstein (torturado antes de su muerte, con un ojo fuera), Vaimer, Sarah Vaimer (estos dos fueron enterrados vivos), Yosselson, Bard, Kankeliv, Arnstein, Rizikov, Yermakova, Kamensky, Brokker, Malishkin, Bark, Hirov, Akrem, Hatzkelev, Bank, Pornich, Arnstein, Fankenstein, Ribov, Konstechine, Reich, Petropavlosky, Tihonov (muerto por protestar contra los saqueos), Kisell, Sviatsky, Berntsoff, Gutkovitch, Frankin, Livshits, Lubitch, Kolupaev, Destitch.

Además fué ahorcado un ciudadano y muerta una mujer cuyos nombres no han podido averiguarse. Alrededor de cincuenta mujeres, fueron violadas; todas pertenecían a las cla-

ses más pobres. Los soldados de Mamantoff robaron las casas de las siguientes personas:

Ana Geskovich, Leiziv, Singer, Keldman, Gutkoff, Nadzas, Kellman, Gregoriev, Zazetsewey, Sonos, Sofía Moroz, Zeya Bender, Catalina Netchayeva, Jatoff, Vassar, Laiva, Gavrofov, Netlenova, Golemena, Tzelness, Babina, Maslikoff, Tarasov, Satin, Pein, Kortonin, Kreinburg, Gailin, Horkoff, Trifonov, Rutenburg, Turuyanofskaya y Popova.

Los aldeanos de Povarino, Kalmik, Ulianovka y de otros sitios fueron despojados de sus caballos. Los víveres almacenados para el consumo de la población civil, robados.—El comandante, *Zenkovitch*.—El miembro del soviet, *Shidaref*.

NOTAS DE LA POBLACIÓN DE KOSLOV, FECHADAS EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1919

(*Entregadas por la Comisaría del pueblo, de Asuntos extranjeros.*)

Alrededor de unos ciento veinte judíos fueron asesinados y atormentados en la población de Koslov; de ellos, sólo ochenta y dos han sido enterrados; los restantes permanecen todavía insepultos en diversos lugares de la población, en las afueras y en las aldeas. Antes de ser asesinadas, todas las víctimas eran despojadas de su dinero y de cuantos objetos de valor poseían. Y atormentadas e insultadas por

mil procedimientos. De estos desgraciados, unos murieron ahorcados; otros, fusilados.

Fueron atrozmente atormentados, los siguientes:

1. Garb Hersch, clérigo, de cuarenta y ocho años, con mujer y una hija de diez y ocho: Garb fué muerto, su hija violada en presencia de la madre, y además la cortaron los pechos; la madre, que había perdido la razón, fué muerta también. La muchacha lo fué al día siguiente.
2. Shapiro Neamadev, veinticuatro años. Su novio quiso impedir que la violasen y ambos murieron fusilados, abrazados uno a otro.
3. Nombre dudoso: la víctima apareció con los órganos sexuales cortados.
4. Un padre, una madre y un hijo ciego y otro imbécil: todos muertos.
5. Dobrinsky Mendel: él y su familia, suprimidos: el más joven de ella contaba dos años.
6. Kleinard, muchacha de trece años: muerta.
7. Freedman Gezer: ahorcada.
8. Klug Feiga, setenta y dos años: cortado en pedazos con los sables.
9 Feifer: su madre muerta, tres hijas de diez y ocho, diez y seis y catorce años, respectivamente, cortados en pedazos con los sables.
10. Savalov: retenido en casa por la fiebre fué sacado a la fuerza de la cama; él y su mujer, muertos.
11. Abramson, hermanos, de uno y ocho años, respectivamente: fusilados.
12. Hack, clérigo, sesenta y nueve años

de edad: al impedir que su hija fuese violada, ella y él fueron muertos.

13. Reshansky, estudiante, de veintidos años: fué paseado por toda la población; luego atormentado con el látigo; por último, le cortaron la cabeza.

14. Krasko Mordko, cincuenta y seis años, viejo, ciego: fué muerto.

15. Gurevitch Reinus, obrero, treinta y ocho años: muerto por negarse a dar las señas de las casas de los judíos.

Raquel Taiman, que acababa de dar a luz en una casa de maternidad, fué arrojada a la calle, al tercer día de internamiento, con su recién nacido. El doctor Langberg, con un cinturón atado al cuello, fué conducido al lugar de la ejecución. por toda la ciudad, con orden de no proferir una palabra. Los verdugos le llevaron de nuevo a su casa. Por el camino le apuntaban con revólveres a la cabeza; una vez en la casa, los verdugos se pusieron a beber una botella de aguardiente mientras se repartían el dinero del doctor y cuantos objetos de valor poseía éste. A cada momento le amenazaban con matarle; pero, sin embargo, le dejaron vivo. Unos veinte niños, de dos a cinco años de edad, fueron muertos y mutilados. Muchas jóvenes fueron violadas por cierto número de cosacos, los cuales guardaban turno para cometer este horrible crimen. Por causas que son de suponer, las victimas, así como sus parientes, se niegan a confirmar ésto, pero testigos presenciales y otras personas afirman y prueban la verdad de estos informes. De ciento ochenta familias judías que vivian en Koslov, ciento diez y seis fueron robadas y

arruinadas. Algunas quedaron tan en la miseria que no tenían al día siguiente del «progromo» ni una moneda para comprar un pedazo de pan.

Además de estas muertes de judíos, se han logrado comprobar hasta ahora las de ocho comunistas; tres más han desaparecido. No pudieron ser identificados trece cadáveres de los que se enterraron en la fosa común. Se vió que muchos cadáveres de hombres eran de personas que no habían pertenecido a ningún partido. Doce individuos que no figuraban en política fueron muertos, y tres desaparecieron. También lo fueron diez aldeanos. En la aldea de Ozerky encontraron la muerte tres desgraciados; sus nombres no pudieron averiguarse. En la aldea de Ilovay perecieron las siguientes personas: Rozdesvensky, Kolosvetovy, los hermanos Nicolás y Vassili (no pertenecían a ningún partido), Parushkov Nikita, miembro que fué del comité de los pobres; Guriev, los hermanos Fedor y Semion (no pertenecían a ningún partido). Los asesinaron en las afueras de la población, en varios sitios; solos y por parejas, y en circunstancias que no han podido ser todavía aclaradas. Está para llegar más información, que será enviada.—El presidente del comité militar revolucionario de Koslov, *Artemov*.—El miembro del comité militar revolucionario, *Metelev*.

Además, los comunicados hablan a menudo de que, comisarios rojos, son fusilados.

Todo hombre de Estado debe dolerse de la guerra civil desencadenada en un país cuya

población es de ciento ochenta millones de habitantes. Los sentimientos en una guerra imperial son nobles, elevados; pero la animosidad y encono de una lucha intestina convierten aquellos sentimientos en algo pequeño y mezquino. La propaganda es ahora uno de los instrumentos de la guerra, y la guerra civil no puede ser en esto una excepción. En cuanto a mí, para ser absolutamente imparcial, estoy convencido de que ni los jefes y directores de un lado, ni los del otro, desean ni quieren cometer crueldades de ningún género. Desde luego los jefes del soviet no quieren. Otros países que pasaron por condiciones análogas a las de Rusia dejan ver que el terror blanco es más horrible que el terror rojo, que las consecuencias de la venganza de las clases gobernantes cuando vuelven al poder, empequeñecen, hacen insignificantes los actos sanguinarios que los obreros cometen en su lucha por la libertad.

Véase el caso de Finlandia. Las víctimas del terror rojo vienen a ser de seiscientas a setecientas; los blancos dicen que las víctimas se acercan a mil. En cambio, los mismos blancos admiten que cuando el terror blanco, hubo doce mil muertes de rojos, y los rojos han demostrado después de ciertas investigaciones que aquéllas pasan de diez y ocho mil. Si continúa la guerra civil en Rusia, no es difícil imaginar que

va a producirse allí un terror blanco que eclipsará todos los asesinatos en masa de la historia. La población judía de Rusia se la calcula en una cifra entre seis y siete millones. Yo me pregunto: ¿cuántos de estos judíos quedarían vivos? Aunque en realidad el asesinato de esos judíos constituiría sólo un incidente.

Otra forma de propaganda muy difundida, es referirse a la situación de las mujeres en Rusia. Las revoluciones siempre han producido defensores del «amor libre», en el sentido de que no debe haber ninguna traba legal o social en las relaciones entre los dos sexos. Algunas veces esta libertad se la fundamenta en los principios revolucionarios; otras se la enmascara en un ritual religioso. Ejemplos de uno y otro caso nos ofrecen, de una parte, la historia de los sectarios de Cromwell, y de otra, las orgías del culto de la razón, en Francia.

No sería extraño que un fenómeno similar apareciese en la Revolución rusa. Pero el pueblo ruso es de un carácter demasiado individualista, en general, para admitir tal aberración.

El Gobierno de la República de los soviets repudia oficialmente tal doctrina; niega que ella figure entre los ideales del bolchevismo.

Ví los documentos que dieron origen a la novela. Un individuo, sin cargo oficial alguno, que vivía en el sur de Rusia, escribió un ar-

tículo en un periódico local, en el que hablaba de la nacionalización de las mujeres. La propuesta produjo una repulsa general, y nunca se ocuparon de ella las autoridades. Sería bien estúpido el Gobierno que tratase de introducir una legislación que había de repugnar manifiestamente a la mayoría de los hombres y mujeres. Por lo que pude observar en Rusia, la prostitución no ofrece allí las escenas que en cualquier capital del Occidente.

Para llegar a formarnos un juicio sereno sobre el asunto de las crueldades, debemos dejar a un lado los sucesos de los primeros tiempos de la Revolución. No hay duda de que en aquellos tiempos ocurrieron hechos deplorables; pero fueron debidos a la liberación de los criminales, ocurrida en el período de transición en que el Poder pasó de unas manos a otras. Pero todo tiende a demostrar que los funcionarios hicieron cuanto estuvo en sus medios para restaurar la ley y el orden lo más pronto posible.

Me parece que ha habido dos motivos principales, que dieron origen a los proyectos de intervención. Por una parte la deseaban aquellas personas que por razones de orden social, financiero o de otra índole pretendían restaurar en Rusia el régimen antiguo. Estaban apoyadas por la prensa oficial y particular, que hicieron con todo brío la propaganda interven-

cionista. La historia de las revoluciones demuestra lo difícil que es retroceder en los avances sociales.

Con respecto a las revoluciones, prevenir es mejor que curar. El Gobierno democrático es la mejor de las panaceas para las revoluciones. Ningún país que cuente con unas buenas, honradas y progresivas bases de gobierno puede estar sujeto a trastornos revolucionarios.

La otra causa de la intervención en Rusia es el miedo a que el éxito del gobierno bolchevique motive la difusión y propaganda de los principios comunistas a través del mundo. Si hay cosas aprovechables en el programa socialista, es mejor conocerlas de una vez; si se les encierra dentro del bloqueo, hay el peligro de que un día produzcan una grave explosión. Respecto a lo que haya de malo, nadie puede oponerse, aun desde el punto de vista reaccionario, a que su conocimiento se difunda. No creo que la propaganda pueda ser contenida por medio de un bloqueo. Si las condiciones económicas de un país son malas, el terreno es apropiado para los movimientos revolucionarios, y éstos surgirán por muchas trabas artificiales que les opongáis. El Gobierno, con su legislación, debe seguir paso a paso la evolución social.

Al intentar formarnos una idea, por general

que sea, de la República de los Soviets, tal como es y tal como ha de ser en un futuro próximo, es imposible escapar a las chocantes analogías que ofrece con la Revolución francesa.

La organización social bajo el viejo régimen era inestable, a la manera que lo es un alto explosivo. Resistió fuertes choques, muchas elevaciones de la temperatura política, pero la revolución de Kerensky demostró ser el adecuado detonador para la explosión social más violenta desde la Revolución francesa.

Ahora los elementos políticos han sido reorganizados con arreglo a un orden más naturalmente estable; es absurdo y va contra todo buen sentido político, tratar de reconstruir un cuerpo social de la naturaleza tan inestable como demostró serlo la burocracia rusa.

La historia confirma que cuando las clases privilegiadas se valen de su cultura y organización superiores para absorber una parte tan grande de la producción que acaban por convencer a las masas no privilegiadas de que ellas carecen de firme sostén en su propio país, el régimen es lo que yo he llamado inestable y de fácil combustión.

Lo que quiero decir es que cualquier intento de restaurar la burocracia rusa en su antigua forma, acompañada de la devolución de las tierras a los grandes terratenientes y de la

vuelta de los aldeanos, actualmente propietarios, a su situación de colonos, equivale a obrar contra el sentido político y contra los intereses verdaderos del pueblo ruso.

Se podrá objetar que sólo las grandes ciudades hicieron la revolución; pero si ellas no hubiesen arrastrado tras de sí a las aldeas, la revolución no hubiese pasado del primer invierno.

La propiedad del aldeano es el régimen social más estable de la historia. Sin aquélla, la revolución francesa no habría resistido al choque de la misma revolución y de las guerras napoleónicas, ni la república actual, a la conmoción de la reciente guerra.

El hecho de que la revolución francesa fué la base del poder militar de Napoleón, suscita la cuestión de si debemos temer la aparición de un Napoleón ruso. Antes que Napoleón encontrase un ambiente propicio, la guerra internacional habría sido fomentada por los esfuerzos de los Estados vecinos de Francia para echar abajo las peligrosas doctrinas revolucionarias y restaurar la antigua aristocracia francesa.

Si a los franceses les hubieran dejado arreglar a su antojo sus propios asuntos interiores, es posible que las levas en masa y las luchas en grande escala del período revolucionario no se hubieran realizado, y que los gene-

rales revolucionarios no hubieran aprendido en la práctica el arte de la guerra que llevaron consigo más tarde por toda Europa. Es verdad que al principio los revolucionarios franceses sentían impulsos de extender y propagar sus doctrinas en los países vecinos. Pero después de cierto período de desilusión, es probable que hubieran vuelto a ocuparse en su propio progreso y en aumentar la producción.

Nuestros políticos están enfrentados con un problema que es de un raro parecido, en sus amplias líneas, al de la revolución francesa.

Los ejércitos de Trotsky, están pasando por fases idénticas, que los ejércitos revolucionarios franceses. Han dejado ya muy atrás el período cuando los Consejos de obreros y soldados discutían si el regimiento había de combatir o no.

Están en la fase intermedia en que a la disciplina se la disfraza con el nombre de «compañero» aplicado a una graduación revestida de toda autoridad. Al presente los nuevos reclutas se encontrarán con una disciplina de ningún modo menos férrea que la de cualquier otro ejército. Aceptaránla sin discutir y la primera fase se habrá cumplido.

La guerra extranjera es el requisito para la segunda fase: el adiestramiento de ejércitos y estados mayores.

La tercera es la de la guerra llevada a otras naciones.

¿CUÁL DEBE SER LA ORIENTACIÓN DE NUESTRA POLÍTICA?

Para evitar que surja en Rusia una dictadura militar con espíritu de agresión sobre los demás pueblos, sólo dos políticas me parecen posibles.

La una es hacer la guerra en grande escala de los cuatro últimos años, gastando millones de libras y llevando al campo de operaciones a todo hombre útil para el servicio militar, a fin de acabar con la República de los soviets y restablecer la antigua burocracia. No creo que deba pensarse en tal política.

La otra es hacer todo esfuerzo posible para dar a la República de los soviets la paz interior y exterior, y establecer lazos comerciales con ella, en bien de la humanidad y de la prosperidad de todos los países.

Para terminar, quiero citar aquí el sabio consejo que el general Smuts da a sus compatriotas:

«Dejad sola a Rusia, levantad el bloqueo, »adoptad una política de amistosa neutralidad »e imparcialidad con todos los partidos. Acaso »la única esperanza de Rusia dependa de un

»régimen sovietista purificado, moderado; y »acaso sea éste mucho mejor que el zarismo, »que nuestra política actual parece inevitable- »mente inclinada a favorecer.

»Si es indispensable nuestra actuación en »Rusia, portémonos como amigos benévolos e »imparciales, prestos a ayudarla, no como mi- »litares o políticos partidarios de uno u otro »bando. Tened paciencia con la enferma Rusia, »dadle tiempo y simpatía, y esperad los resul- »tados de su convalecencia.»

APENDICE

PRINKIPO Y NANSEN

No obstante lo que se dijo en notas oficiosas, las proposiciones de Prinkipo, en torno de las cuales se entabló tan amplia discusión, no fueron nunca comunicadas al gobierno de los soviets, que las conoció de un modo indirecto por un radiograma de una Agencia. Lo que va a continuación es una copia de la respuesta del gobierno bolchevique.

(Copia.)

RADIO

«4-2-1919.

Carnarvon, Gobierno británico.
Forsyth, Gobierno británico.
Carnarvon para Washington, Secretario de Estado.
Lyon para Washington, Secretario de Estado.
Karslborg Tekegrafagentur.
Para 11 estaciones.

Los gobiernos de la Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón y los Estados Unidos de América del Norte. *Stop*. El gobierno de los soviets rusos ha tenido noticia, por un radiograma de

una Agencia periodística, de cierta invitación hecha por las potencias de la Entente a todos los gobiernos *de facto*, establecidos en Rusia, para que envíen delegados a una Conferencia que se celebrará en la isla de Prinkipo. *Stop*. No habiendo recibido ninguna invitación, y teniendo conocimiento por los radiogramas de las agencias de que el hecho de no dar ninguna respuesta a dicha invitación se considera como una negativa, el gobierno de los soviets rusos desea disipar en lo que respecta a su línea de conducta todo equívoco. *Stop*. Considerando que sus actos están siendo presentados sistemáticamente por la prensa extranjera bajo una luz falsa, el gobierno de los soviets rusos aprovecha esta ocasión para exponer su actitud clara y abiertamente. *Stop*. Aunque la situación de la Rusia de los soviets es cada día más y más favorable, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista interior, el Gobierno estima en tan alto valor la conclusión de un acuerdo que ponga término a las hostilidades, que está dispuesto a entrar inmediatamente en negociaciones con aquel fin, y aun, como lo ha declarado tantas veces, a pagarlo a buen precio, a costa de serios sacrificios, pero bajo la condición expresa de que no será puesto en peligro el desenvolvimiento futuro de la República de los soviets. *Stop*. Considerando que sus enemigos sacan su fuerza para prolongar la lucha, del apoyo que les dan las potencias de la Entente, y que éstas son, por consecuencia, los únicos adversarios verdaderos con quien debe entenderse el gobierno de los soviets rusos, expone ante las potencias los puntos sobre los cuales cree

poder hacer tales sacrificios. *Stop*. Viendo la importancia que tanto en la prensa como en las declaraciones de los representantes de los gobiernos de la Entente se asigna el asunto de los bonos del Estado ruso, el gobierno de los soviets declara en primer lugar hallarse dispuesto a hacer una concesión sobre este punto a las demandas de los gobiernos de la Entente. *Stop*. No se niega a reconocer sus obligaciones financieras con respecto a sus acreedores, súbditos de las potencias de la Entente, y los detalles para llevar a la práctica este punto serán el objeto de un acuerdo especial, resultado de las negociaciones propuestas. *Stop*. En vista, además, de la difícil situación financiera de la República de los soviets rusos y del estado poco satisfactorio de su crédito en el exterior, el gobierno de los soviets rusos propone garantizar el interés con materias primas, que serán enumeradas en el propuesto convenio. *Stop*. En tercer lugar, en vista del gran interés que siempre ha mostrado el capital extranjero por la explotación de las grandes riquezas naturales de Rusia, el gobierno de los soviets está dispuesto a acordar concesiones de minas, bosques, etc., a los ciudadanos de las potencias de la Entente, bajo condiciones que serán escrupulosamente determinadas en forma que el orden social y económico de Rusia no padezca por el régimen interno de estas concesiones. *Stop*. El cuarto extremo sobre el cual cree posible el gobierno de los soviets rusos entrar en negociaciones con las potencias de la Entente, es la cuestión de las concesiones territoriales, y el gobierno de los soviets rusos no excluirá de estas nego-

ciaciones las anexiones del territorio ruso por las potencias de la Entente. *Stop*. El gobierno de los soviets rusos cree que debe entenderse por anexión el mantenimiento en algunas de las regiones que formaban antes parte del antiguo Imperio ruso, con exclusión de Polonia y Finlandia, de fuerzas armadas de la Entente, o sostenidas a expensas de la Entente, o que gocen del apoyo financiero técnico, militar o de otra clase, de esas mismas potencias. *Stop*. Con respecto a los puntos segundo, tercero y cuarto, la extensión de la concesión que puede esperarse del gobierno de los soviets rusos dependerá de su situación militar, que en el actual período mejora de día en día. *Stop*. En el frente Norte, las tropas de los soviets acaban de reconquistar Chenkoursk; en el frente Oriental, donde perdieron temporalmente la población de Perm, han recapturado Oufa, Sterlitamak, Belsby, Orenburg y Ouralsk; las comunicaciones con el Asia Central se hallan ahora en sus manos. *Stop*. En el frente sur tomaron recientemente las importantes estaciones ferroviarias de Peverine, Alexikeve, Ourieupine, Talovaya, Kalatch, Begutchar; pasando de este modo a su poder los ferrocarriles de la región; entre tanto, en el frente sudeste, las tropas de los soviets de Ukrania, que partieron de la Lougensk están en Krasnoff. *Stop*. En Ukrania, las tropas de los soviets de aquella República han tomado Kharkoff, Ekaterinoslav, Poltava, Krementschoug, Tschernigoff, Ovreutch, así como muchas otras poblaciones de menos importancia. *Stop*. La notable consolidación de la situación interior de la Rusia de los soviets se pone de manifiesto por

las negociaciones comenzadas con el gobierno de la Rusia de los soviets por los miembros de la anterior asamblea constituyente, cuyos representantes Rakitnikoff, presidente de aquel Congreso; Sviatitzky, secretario, Volsky, Chmelov, Bourevoy, Tchernentoff, Antonoff, miembros todos ellos del partido social revolucionario, llegaron ayer 13, a Moscú; estos socialistas revolucionarios hicieron fuertes manifestaciones de protesta contra la intervención de la Entente en Rusia. *Stop*. Que mejoran las relaciones en el gobierno de los soviets y otros elementos de la sociedad rusa, hasta aquí hostiles, se ve claramente por el cambio de actitud de los mencheviques que han protestado también contra las intervenciones, y cuyo periódico el *Vpered* se publica ahora en Moscú. *Stop*. El aumento de la paz interior lo demuestra el hecho de haber sido suprimida la comisión extraordinaria de los distritos. *Stop*. Respecto a las falsas noticias de la prensa, relativas a desórdenes ocurridos en Petrogrado y otros sitios, son, desde el principio hasta el fin, una pura ficción. *Stop*. Haciendo resaltar una vez más que la situación de la Rusia de los soviets influirá sobre el alcance de los sacrificios que está dispuesto a hacer, el gobierno de los soviets rusos mantiene, sin embargo, su propuesta de negociar sobre los puntos arriba enumerados. *Stop*. Respecto a las quejas frecuentes de la prensa de la Entente acerca de la propaganda internacional de la Revolución rusa, el gobierno de los soviets rusos, haciendo constar que él, por su parte, no puede restringir la libertad de la prensa, se declara dispuesto a comprometerse, en caso

necesario, a reprimir toda intromisión en los asuntos interiores de las potencias de la Entente. *Stop*. El gobierno de los soviets rusos está dispuesto a empezar inmediatamente estas negociaciones sobre las indicadas bases, sea en la Isla de los Príncipes, sea en otra parte, y bien con las potencias de la Entente colectivamente o bien por separado. Igualmente negociará con cualquiera de los grupos políticos de Rusia. *Stop*. El gobierno de los soviets rusos pide que se indique sin pérdida de tiempo el lugar a donde deberán ser enviados sus representantes, así como la fecha de la conferencia, etc., etc. *Stop*.—El comisario del pueblo para los asuntos extranjeros, *Chicherin*.

Moscú, 4 de Febrero de 1919.»

Es conveniente al mismo tiempo publicar aquí la respuesta del gobierno de los soviets a las proposiciones del doctor Fridthjof Nansen, que son como siguen:

«*A Mr. Fridthjof Nansen*.

Hotel Continental, París.

7-5-1919.

Señor:

Su cariñoso mensaje de 17 de Abril conteniendo vuestro cambio de cartas con el Consejo de los Cuatro, no llegó a nuestro poder hasta el 4 de Marzo, por la estación radiotelegráfica de Nauen, y fué desde luego enviado a la Comisaría del pueblo de la beneficencia social para su examen. Quiero darle, en nombre del gobierno de los soviets rusos, nues-

tras gracias más cordiales por el caluroso interés que usted manifiesta en favor del pueblo ruso. Grandes son en verdad los sufrimientos y privaciones inflingidas al pueblo ruso por el inhumano bloqueo de las potencias asociadas y que así mismas se llaman neutrales, y por las incesantes guerras a que nos empujan contra nuestra voluntad. Si se la dejase en paz y se la permitiese desenvolverse libremente, la Rusia de los soviets sería capaz de restaurar su producción nacional para conquistar de nuevo su fuerza económica a fin de proveer a sus propias necesidades y ayudar a los otros países. Pero en la situación presente a que ha sido llevada por la política implacable de las potencias asociadas, será bien recibido en Rusia todo socorro de víveres que venga del exterior y el gobierno de los soviets rusos aprecia de todo corazón vuestros sentimientos; y conociendo el respeto universal de que se halla rodeada vuestra persona, entrará con especial contento en relaciones con usted para la realización del proyecto que según hacéis notar sólo se inspira en propósitos puramente humanitarios. Sobre estas bases de una obra humanitaria para socorrer al desgraciado pueblo ruso, estaríamos dispuestos a poner cuanto estuviese de nuestra parte a fin de convertir en un hecho vuestro proyecto. Desgraciadamente los buenos propósitos de usted, que usted mismo declara estar basados sobre cimientos puramente humanitarios, y que según su carta deben ser llevados a efecto por una comisión de un carácter completamente apolítico, han sido desfigurados por los otros, mezclándolos con objetivos políticos. En la

carta que le han dirigido a usted las cuatro potencias, se habla del proyecto como si él envolviera la suspensión de las hostilidades y el traslado de las tropas y del material de guerra.

Sentimos muchísimo que vuestras intenciones hayan sido de este modo desfiguradas en lo fundamental, por los gobiernos y la prensa de las potencias asociadas. No necesitamos explicarle a usted que aquellas operaciones militares que tienen por objeto manifiesto cambiar las condiciones exteriores e interiores de los países, pertenecen totalmente al dominio de la política y que de igual modo la suspensión de las hostilidades, que equivale a impedir que uno de los beligerantes obtenga el éxito que él cree posible obtener, es también un acto puramente político. De este modo sus intenciones sinceramente caritativas han sido aprovechadas por otros, con objeto de encubrir propósitos manifiestamente políticos bajo la apariencia de una acción humanitaria. Aunque estamos dispuestos a prestar todo apoyo a vuestro proyecto, siempre que conserve el carácter que se le da en su carta de usted, no queremos nosotros ser objeto, al mismo tiempo, de una traición, y como sabemos que usted desea tanto como nosotros llegar al fin propuesto, quisiéramos preguntarle si esta mezcla de fines heterogéneos ha sido a la postre adoptada por usted mismo. Nosotros esperamos llegar a hacerle comprender con toda claridad que para llevar a la práctica sus intenciones, debe ser evitada cuidadosamente esa confusión. Sabe usted de sobra que la terminación de las guerras que nos vemos forzados a sostener, es también el objeto de nuestros más ardientes

deseos. Debe usted de saber que nosotros hemos propuesto repetidas veces a los gobiernos asociados, entablar negociaciones para poner fin al bloqueo y que igualmente hemos accedido a tomar parte en la Conferencia de Prinkipo, no obstante las en extremo desfavorables condiciones que se nos proponían, y que también éramos los únicos en Rusia dispuestos a aceptarla. Respondimos con idénticos sentimientos pacifistas a los avances hechos por una de las grandes potencias. La Conferencia de Prinkipo fracasó, no por culpa nuestra, sino por la de los adversarios, los protegidos de los Poderes asociados, los gobiernos contra-revolucionarios de Koltchak, Denikin y otros. Son éstos los instrumentos con que los gobiernos de la Entente nos hacen la guerra y tratan de conseguir destruirnos y dondequiera que esos instrumentos son victoriosos, su victoria significa el triunfo de la barbarie más extrema y bestial, arroyos de sangre y sufrimientos imposibles de narrar, y el triunfo de la reacción más salvaje. Koltchak en el Este, Denikin en el Sur, los rumanos, los polacos y los finlandeses, los barones germanos, las Guardias Blancas estonianas en el Oeste y las partidas de la Guardia Blanca rusa en el Norte. Tales son los enemigos que los gobiernos de la Entente mueven contra la Rusia de los soviets y con los que nosotros sostenemos una lucha desesperada con éxito siempre creciente. Los llamados gobiernos de Koltchak y Denikin son sólo monárquicos, el poder en ellos pertenece a los adherentes más fanáticos del zarismo. Los periódicos zaristas son pagados por ellos; himnos zaristas can-

tan constantemente en sus ceremonias; la llamada constitución de Koltchak es, en realidad, una constitución monárquica; Koltchak reparte entre sus tropas libros y periódicos zaristas; bajo el mando de Denikin los adherentes al Gobierno constitucional de Bytch son perseguidos, y bajo el de Koltchak, los miembros de la asamblea constitucional, son llevados a prisiones o fusilados. Se distribuyen con profusión por esos llamados gobiernos, libros, folletos y hojas que excitan a la matanza de los judíos y cuando éstos caen bajo su dominio se cometen con ellos las bestialidades más horribles. En el Occidente los legionarios polonesses y las tropas contra-revolucionarias de Ukrania, ambas apoyadas y hasta dirigidas por oficiales de la Entente, han perpetrado tales matanzas de judíos que sobrepasan las más horribles cometidas bajo el antiguo zarismo. La Cruz Roja rusa, en su llamada a la Cruz Roja internacional de 28 de Abril, hace constar que aldeas y poblaciones enteras, fueron reducidas a cenizas; ni edades ni sexos son respetados y en numerosos sitios toda la población judía fué literalmente suprimida por estas tropas mandadas por generales y oficiales de la Entente. Durante el mando de Koltchak y Denikin, cuantas ventajas habían obtenido los aldeanos con la revolución, les fueron quitadas. Koltchak declara solemnemente en sus manifiestos que los aldeanos no deben poseer tierras arrancadas por la fuerza a la nobleza: rompe la resistencia de los aldeanos matándolos en masa; en algunas partes de Siberia miles de aldeanos fueron asesinados *en masse*. Para los obreros, su domi-

nación significa persecuciones de toda índole, opresiones, detenciones, y en muchos casos fusilamientos. Así, en muchas poblaciones los trabajadores fueron suprimidos sin más ni más por los oficiales zaristas que están al frente de las tropas de Koltchak. Los horrores perpetrados por esos oficiales desafían toda descripción y sus víctimas son innumerables, y entre ellas figura todo lo que es progresivo, todo lo que en Siberia significa libre pensamiento. Oficiales borrachos, torturan, azotan, atormentan de mil modos a la infortunada población que está bajo su dominio, y ser trabajador significa estar predestinado a ser el objeto de sus brutalidades. Estos son los adversarios con quienes estamos empeñados en una lucha desesperada y a quien los gobiernos asociados ayudan por todos los medios, proveyéndoles de material de guerra, de víveres, de ayuda económica, de jefes militares y de consejeros políticos y hasta enviándoles tropas de refuerzo, como en los frentes norte y oriental. En las manos de estos bárbaros, rifles y cañones de la Entente envían la muerte a los trabajadores rusos, y a los aldeanos que luchan por su vida y libertad. Los mismos gobiernos de la Entente son la fuente de las provisiones militares con las cuales nos atacan los polacos, rumanos, finlandeses y otros adversarios y se declaró oficialmente en la Cámara francesa de diputados y en la de los Comunes, que la acción política de la Entente consistía ahora en enviar contra la Rusia de los soviets los ejércitos de estas nacionalidades. Un radiograma americano del 6 de Mayo dice aún con más énfasis que la Entente alien-

ta el movimiento de las tropas mandadas por el general contra-revolucionario ruso Toudenitch, que amenaza Petrogrado, que la Entente espera que los bolcheviques se vean obligados a abandonar Moscú y que los gobiernos asociados desistan en vista de esto de la idea de reavituallar a Rusia. Al mismo tiempo que ellos declaran que abandonaron la idea de intervenir, los gobiernos asociados llevan a cabo en realidad, la política más descaradamente intervencionista y el mismo Gobierno americano, no obstante las afirmaciones en contrario publicadas en la prensa americana, parece al presente hallarse dominado por la implacable hostilidad que siente contra la Rusia de los soviets el ministerio Clemenceau. Siendo éste el estado de cosas, estamos dispuestos a discutir la suspensión de las hostilidades, solamente si se discute el problema total de nuestras relaciones con nuestros adversarios, es decir, en primer lugar, con los gobiernos asociados. Nosotros siempre estamos dispuestos a entablar negociaciones de paz, lo mismo ahora que antes, y con gusto comenzaríamos a discutir estos asuntos, pero, desde luego, mano a mano con los otros beligerantes, es decir, con los gobiernos asociados o con las personas en quien éstos deleguen. Pero nos es imposible hacer ninguna concesión relativa a los fundamentales problemas de nuestra existencia, bajo el disfraz de una obra que se supone humanitaria. Esta debe ser puramente humanitaria y apolítica y en tal sentido daremos la bienvenida a toda propuesta que venga de usted en la que se refleje el espíritu de la carta que usted envió al

Consejo de los Cuatro, el 5 de Abril. A estas respuestas apolíticas respondemos muy gustosos; os damos las gracias más cordiales por vuestros buenos intentos; estamos dispuestos a daros todas las facilidades para la realización del humanitario proyecto; desde luego sufragaremos los gastos de esta obra y el coste de los víveres, y, si usted lo desea, con géneros rusos; pero en vista de que su plan primitivo ha sido desfigurado tan infortunadamente y considerando que las cuestiones más difíciles y complejas surgidas con este motivo deben, ante todo, quedar resueltas por completo, os proponemos que os reunáis con los delegados de vuestro gobierno y con vuestros colaboradores para discutir estas cuestiones, y os pedimos tengáis la bondad de indicarnos la fecha y el lugar para la Conferencia entre nuestros delegados y los jefes de vuestra comisión, y la clase de garantías que se darán para el viaje de nuestros delegados por países que están bajo la influencia de la Entente.—El Comisario del pueblo para asuntos extranjeros, *Chicherin*.

LB
Soc

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE
LIBRERÍA, PUBLICA-
CIONES Y EDI-
CIONES

Precio: 3 ptas.